HARLEQUIN

JAZMIN



Boda millonaria

Boda millonaria

La joven Savannah solamente estaba tratando de realizar su trabajo cuando pidió una cita al huidizo millonario Dexter Caine para hacerle una entrevista y de repente se vio obligada a hacerse pasar por su prometida. Pero aquella mentira parecía no tener fin y. ahora. Dexter estaba decidido a anunciar que se habían casado.

El matrimonio era lo último que se le había pasado por la cabeza a Dexter pero Savannah cada vez pensaba más en él. ¡Lo único que tenía que hacer para conquistar el corazón de aquel magnate era hacerle creer su propia mentira!

CAPÍTULO 1

Aquella acristalada oficina en la torre Metro, de Chicago, era normalmente un oasis de paz. Pero, en aquel momento, Savannah no estaba disfrutando de la atmósfera. Era curioso cómo las cosas podían cambiar en cuestión de un minuto: un momento antes estaba perfectamente. Entonces, el editor de Mujer Hoy había lanzado una carpeta sobre la mesa diciendo:

-Lo siento, Savannah, pero no sirve.

Y todo había cambiado radicalmente.

Savannah miró al editor y luego a la carpeta sin poder creer lo que oía. Sabía lo que contenía: un artículo para el cual se había pasado semanas investigando. Y ahora el editor le decía que no servía para nada.

Meneó levemente la cabeza como si no oyese bien.

-Me dijiste que querías un artículo sobre Dexter Caine, Brian.

-Te dije que me parecía interesante -la corrigió el editor- Y aún me lo parece. Pero, francamente, tal y como lo has escrito... No cuenta nada nuevo, ¿sabes?

Savannah se mordió el labio y entonces dijo sensatamente:

-Es toda la información que he conseguido encontrar sobre un hombre que nunca ha sido fácil de conocer. He recurrido a fuentes que jamás te imaginarías, Brian.

-No lo dudo, tú siempre investigas meticulosamente. Pero la verdad es que éste no es muy distinto del artículo que escribiste el año pasado para el Tribune.

Sí era distinto, y Savannah podría haberle enseñado una docena de datos nuevos, pero, antes de que le diese tiempo a elegir un ejemplo con que empezar, Brian abrió un cajón y sacó un periodicucho.

Savannah reconoció enseguida los llamativos titulares y la fotografía de mala calidad que hacía parecer un gangster a Dexter Caine. Ella tenía otro ejemplar en su archivo sobre Caine.

«Debería haberme imaginado que ese periódico, si se le puede llamar así, iba a darme problemas», pensó Savannah.

-Tu artículo ni siquiera menciona los últimos rumores -dijo Brian.

-¿Lo de Cassie King?

-Ya has leído el Informant, ¿no?

-No soy idiota, Brian. Sé que incluso una basura como el Informant puede tropezarse con una historia real alguna vez. Pero no hay ninguna prueba de que haya sido así en este caso. Ya he comprobado esa historia y no hay nada que indique que sea verdad.

-¿Puedes probar que es falsa?

-¿Ahora mismo? No, pero el corazón me dice que...

-Bueno, si le hacemos caso a tu corazón y no prestamos atención a los rumores, y para cuando publiquemos el artículo, Dexter Caine se casa con Cassie King vamos a quedar como unos idiotas, ¿no crees?

-Peor vas a quedar si publicas especulaciones sobre su matrimonio y luego no se casan -musitó Savannah-. Brian, te digo yo que lo único que hay son unos comentarios que han hecho Cassie King y su encargada de promoción. Ya sabes cómo son las estrellas: salir en las revistas siempre es mejor que no salir y, si no tienen ninguna historia real que ofrecerles, se la inventan.

-Sí, ya lo sé. Aún así, eso no significa que no haya algo de cierto en todo esto. O sea, que me temo que no podemos usar tu artículo de momento. De aquí a que se imprima, podría pasar cualquier cosa. Lo siento, Savannah, pero a menos que puedas investigar más a fondo y añadir algo nuevo...

-¿Algo nuevo? ¿Como qué? Va a ser muy difícil demostrar que Cassie King miente.

-Podrías intentar conseguir algún comentario de Dexter Caine. Si hace alguna declaración en público sobre su relación con Cassie King, podríamos publicarla. Incluso aunque después cambiase de opinión e hiciese lo contrario, estaríamos cubiertos.

Savannah se pasó una mano por el largo cabello rubio.

-Brian, sé realista. Sabes que ese hombre no ha hablado con un periodista en años. Por lo que yo sé, a lo mejor no lo ha hecho nunca.

-Pues entonces, tenemos un problema, ¿no? Ahora, si me disculpas, tengo que dirigir una revista. Gracias por venir.

Savannah se puso en pie, aunque aún no había dado por terminada la lucha.

-¿Qué pasa con mi adelanto? Me he dejado la piel escribiendo eso.

-Lo siento, lo siento mucho. No puedo darte un centavo a menos que lo publique.

-Porque si los otros que trabajan por libre se enterasen querrían lo mismo... -añadió Savannah, asintiendo cansadamente- Brian...

-No puedo hacer nada, Savannah. Si te interesa, me vendría bien uno sobre el envenenamiento por plomo.

Parece que ha habido problemas con piezas de cerámica de importación.

-Muy emocionante. Y supongo que también dependerá de los resultados, ¿no?

-Preséntame un proyecto dé lo que sería el artículo y quizá lo pueda plantear como un encargo, a pagar cuando esté terminado.

Savannah suspiró. Brian hacía lo que podía. Al fin y al cabo, no le

debía nada y no era culpa suya el que Savannah hubiera contado con el dinero del artículo sobre Caine para pagar el alquiler del mes siguiente. Eso había sido una imprudencia por su parte.

-Me miraré lo del envenenamiento por plomo y te contestaré -le dijo Savannah a Brian.

Siguió sonriendo hasta entrar en el ascensor y entonces, se dejó caer contra la pared de éste hasta llegar a la planta baja.

No era que no estuviera acostumbrada a aquello. Durante los dos últimos años, había aprendido que un periodista autónomo tenía mucho en contra. Por cada artículo que se vendía había al menos otro que no daba un centavo y media docena de ideas que ni siquiera llegaban a plasmarse por escrito.

Pero no creía que le fuese a pasar con Mujer Hoy. Las cuatro últimas cosas que había escrito se habían vendido bien y Brian se había mostrado muy entusiasmado cuando habían hablado de Dexter Caine, un mes antes.

Además, el artículo era bueno. Savannah había trabajado mucho y era una redactora con talento que podía convertir un tema difícil en un artículo de fácil lectura. Y, ciertamente, Dexter Caine era un tema difícil.

Era un perfecto día de septiembre con tan sólo un toque de otoño en el aire y la avenida Michigan estaba tan animada como de costumbre un viernes por la tarde. Se acercaba la hora de cerrar y los compradores se apresuraban de tienda en tienda.

Savannah se cambió el bolso de hombro y se dirigió a un café con terraza que había al otro lado de la calle. Descansaría un rato y luego iría a la biblioteca. Tenía un par de ideas a las que debería dar forma antes de presentárselas a un editor y por eso se había llevado el ordenador portátil al centro aquel día. También podría buscar otra publicación a quien venderle el artículo sobre Dexter Caine. Y, de paso, mirar qué se había publicado últimamente sobre el envenenamiento por plomo. Sospechaba que mucho, y que le costaría enfocarlo desde un ángulo nuevo.

«Maldita Cassie King», pensó Savannah. Si no hubiera escogido precisamente aquel momento para insinuar que, tras cinco años de relaciones, Dexter Caine se iba a casar por fin con ella...

Por supuesto, toda la prensa rosa y algunos de los periódicos serios habían saltado a por la noticia. Cassie King era una estrella de la canción que había conseguido una docena de éxitos en los últimos años y todo lo que hacía era noticia. En cuanto a Dexter Caine, cuando un hombre se las arregla para evitar la atención pública durante tantos años y a pesar de todo su dinero, cualquier pequeña noticia

sobre él recibía tanta atención como la anunciación del Arcángel san Gabriel. Fuese verdad o no.

En este caso, Savannah estaba dispuesta a apostarse el dinero del alquiler a que no había ni una palabra de verdad en todo aquello. No sabía qué era lo que la hacía estar tan segura, excepto que Cassie King tenía cierta tendencia a contar unas sorprendentes historias que luego no resultaban ser como ella las había contado. Además, en opinión de Savannah, si Dexter Caine hubiera querido casarse con aquella mujer, había tenido tiempo de sobra. No era un hombre indeciso. Cuando decidía que quería hacer algo, lo hacía.

Savannah se preguntó qué pensaría él de todo aquel alboroto.

«Podría ahorrarse muchas molestias si hablara con la prensa», pensó ella. No con la prensa en general, claro. Eso sería exagerar. Pero si le daba la exclusiva a un solo periodista, pondría fin a aquellas conjeturas...

«¡ Y te crees que tú serías el periodista que él elegiría!», se dijo Savannah sarcásticamente.

Apuró el café y comenzó a bajar por la avenida hacia la biblioteca. Estuviese lo enfadado que estuviese, Dexter Caine no iba a concederle a nadie la entrevista del año. O sea, que más le valdría volver a la realidad y buscar algún modo de pagar el alquiler.

Además, era posible que ni siquiera estuviese enfadado. Puede que ni siquiera se dignase darle importancia alguna a las especulaciones de la prensa sobre Cassie King y él. En el pasado, había actuado así varias veces.

La biblioteca estaba casi a un kilómetro y la bolsa con el ordenador empezaba a pesarle. Podía llamar un taxi, claro, pero se le ocurrían cosas mejores que hacer con los dólares que le iba a costar. Además, el tráfico empezaba a complicarse. O el atasco diario empezaba más temprano de lo habitual o había habido un accidente en alguna parte. Seguro que llegaba antes andando, pensó.

Se cambió la bolsa de hombro, cruzó el río y continuó andando.

No tardó mucho en descubrir qué era lo que entorpecía el tráfico. Una limusina con los cristales oscuros estaba aparcada en' doble fila en la avenida. Un chofer uniformado estaba apoyado en la puerta del conductor con los brazos cruzados y una expresión impasible, aguantando los insultos de los otros conductores.

«Alguien importante», pensó Savannah. «O al menos alguien que se cree que lo es».

La limusina estaba aparcada ante un edificio que hacía esquina. Un edificio del siglo pasado con molduras de estilo italiano y arcos en las ventanas. No era uno de los más impresionantes de Chicago y, de no

ser porque se fijó en el número, Savannah no le hubiera prestado más atención.

Pero reconoció el número. Aquel edificio era uno de los muchos que poseía Dexter Caine y uno de las más importantes sedes de un imperio que se extendía por todo el país y el resto del mundo.

Recordó que le había sorprendido el que Dexter Caine hubiese escogido aquella vieja edificación como su cuartel general en Estados Unidos. Una torre de cristal y acero en Manhattan le hubiera parecido más adecuada.

Pero no parecía que se hubiera construido ningún monumento a sí mismo. En vez de eso, se dedicaba a comprar sitios como aquél. Era un edificio de terracota y ladrillo de siete pisos, bonito pero no impresionante.

Y no había nada en la fachada que diese una pista de lo que era: ni una placa, ni un logotipo... Sólo el número que Savannah había reconocido.

Y la limusina en la puerta. ¿Significaría aquello que Dexter Caine estaba allí?

¿Qué podía perder con entrar y preguntado?

Puede que quisiese hablar con la prensa, pero seguro que no iba a llamar a Savannah Seabrooke para que lo entrevistase. Por otra parte, si ella apareciese allí y le preguntase si deseaba hacer pública su versión del caso...

La echarían, eso es lo que pasaría.

Bueno, había pasado por cosas peores. Y, al menos, de aquel modo se podría decir a sí misma que lo había intentado todo. ¿Qué clase de periodista era si dejaba escapar una oportunidad así?

Antes de pensárselo dos veces, empujó la pesada puerta de cristal.

El vestíbulo estaba exactamente en el centro y era más grande de lo que cabía esperar dada la antigüedad del edificio. También era muy luminoso: desde la claraboya del techo, siete pisos más arriba, la dorada luz del sol caía en cascada sobre las barandillas de hierro y bronce y le daba cierta calidez al suelo de mármol. Savannah se tomó un momento para admirar el efecto: el bruñido bronce, el oscuro hierro forjado, el mármol gris y negro... Todas eran superficies duras y, sin embargo, el vestíbulo no resultaba frío ni impersonal.

Claro que tampoco se podía decir que fuese acogedor. Había un joven sentado en una mesa octogonal en medio de la sala que parecía estudiarla.

-¿Puedo ayudarla en algo? -le preguntó.

Su tono no era precisamente hostil, pero lo dijo como si tuviera serias dudas de poder sede de alguna ayuda.

Savannah deseó haberse arreglado un poco antes. Debía de tener el pelo revuelto por el viento y llevaba su habitual y cómodo atavío: botas, unos vaqueros de diseño y una chaqueta azul marino. Ojalá hubiera tomado un taxi, ahora tendría mejor aspecto, pensó.

No, lo retiraba. Si hubiera tomado un taxi, no se hubiera dado cuenta de qué número de qué calle era aquel edificio y no estaría donde estaba.

Se acercó a la mesa con una sonrisa confiada. -Vengo a ver al señor Caine.

Su voz resonó un poco en la enorme sala.

El joven no hizo ni un gesto que mostrase que había oído aquel nombre antes.

-Al señor Dexter Caine. Mi nombre es Seabrooke -añadió con tono firme, pero bajando un poco la voz para evitar el eco.

Había aprendido muy rápido que, en situaciones como aquella, daba mejor resultado afirmar que preguntar. Además, tampoco había dicho que tuviera una cita. Si el recepcionista se lo preguntase, no iba a mentir. Pero dejarle suponer cosas era algo completamente distinto.

Él no preguntó nada. Se volvió y descolgó un teléfono. A pesar de todos sus esfuerzos, Savannah sólo consiguió captar un par de palabras. Le pareció escuchar el nombre de Caine, luego el suyo, y decir que era rubia. Muy interesante, pensó. ¿Qué tendría que ver el color de su pelo?

Cuando el joven colgó, ella se preparó para la batería de preguntas. Pero éste dijo únicamente:

-Sexto piso, tome el ascensor ahí al fondo.

A Savannah casi se le abrió la boca del asombro.

Entonces se encaminó al ascensor antes de que el joven cambiase de opinión. Por supuesto, se dijo a sí misma, pasar de la recepción no le garantizaba la entrada a la oficina. Sin duda, tendría que enfrentarse a un par de filtros más. Pero ya le había ido bastante mejor de lo que esperaba.

En el sexto piso no había ni una placa, ni un recepcionista, ninguna pista del hombre al que andaba buscando. «¡Estupendo, ahora seguro que me delato por preguntar simplemente a dónde tengo que ir!»

Sin embargo, ni siquiera parecía haber nadie a quién preguntar. Casi había dado la vuelta a toda la planta cuando vio una oficina con la puerta abierta. Dentro había un hombre hablando por teléfono. No podía ser Dexter Caine, era demasiado joven y rubio, y Savannah lo dudó un instante antes de entrar.

-Un momento, por favor -murmuró el hombre al auricular. Entonces, lo dejó sobre la mesa y se acercó a ella -. Ha tardado en

llegar -le dijo un tanto ofendido.

Savannah no entendió por qué se quejaba. El ascensor había sido sorprendentemente rápido para lo antiguo que era, aunque había perdido algo de tiempo buscando por toda la planta.

-Algún cartel me hubiera ayudado bastante. ¿Han pensado alguna vez en colocar letreros?

-No. La gente que viene aquí normalmente sabe dónde viene.

«¿Por qué no te callas la próxima vez?,» se dijo Savannah.

Él sonrió y las líneas de su frente se borraron.

-En cualquier caso, vamos a dejamos de carteles y a hablar de negocios. Es viernes y todos tenemos prisa, ¿no?

Savannah se cambió la bolsa de hombro.

-Ya que lo menciona...

-Deje que la ayude -le dijo el hombre y tomó la bolsa al tiempo que la introducía en la oficina.

-La verdad es que estoy buscando al señor Caine -dijo con cautela.

-Por supuesto. Yo soy Peter Powell, el ayudante del señor Caine y su nombre es... Me temo que no lo he

apuntado cuando ha llamado el recepcionista.

-Savannah Seabrooke.

-Ah, sí.

Adquirió una expresión pensativa, como si el nombre le sonase de algo. Savannah se preguntó si habría leído su artículo del año pasado en el Tribune. En vez de darle tiempo para pensarlo, le dijo con firmeza:

-Estoy segura de que el señor Caine preferirá verme personalmente.

-Sí, tiene usted razón.

Savannah se quedó helada. No podía ser tan fácil. -De hecho -continuó él- tengo una limusina esperándola abajo.

No era posible. Era evidente que Peter Powell la había confundido con otra persona. Pero si no decía nada y le seguía el juego...

Dexter Caine se enfadaría bastante al ver a Savannah, en vez de a quienquiera que esperase. Se sintió un poco culpable ante la idea de aprovecharse de aquel malentendido. No, no podía hacer eso.

Aunque... ¿Por qué no? No era probable que volviese a tener una oportunidad así en su vida. Podía meterse en,

aquel coche y que la llevasen directamente ante Dexter Caine. Una vez allí; le bastaría con un par de minutos. Algo tendría que contarla, ¿no? Si se presentaba en su mesa del mejor restaurante de la ciudad o en su palco del teatro, no podía echarla sin una palabra. Y lo único que necesitaba era una respuesta a una pregunta. «¿ Qué clase de periodista eres, Seabrooke, que piensa en desperdiciar una ocasión

así?»

-Gracias -le dijo con elegancia-, es muy amable por su parte -añadió recogiendo su bolsa.

-Bajaré con usted y le llevaré eso yo mismo.

Se puso nerviosa. En lo único que pensaba era en salir de allí antes de que Peter Powell se diese cuenta de su error.

-No se moleste, estoy acostumbrada a cargar con ella. Y no quiero entretenerlo mas: tiene usted una llamada pendiente.

-Ah, casi se me había olvidado. Si está usted segura...

Pero ya estaba agarrando el auricular mientras lo decía.

desde que Dexter Caine le dijese algo publicable en los dos minutos que tardaría en reaccionar y echarla. Entonces volvería a la terminal principal y tomaría un autobús de vuelta al centro. Sería sencillísimo, relativamente.

El chofer estaba ahora en el lado del coche que daba a la acera. Miró a Savannah mientras esta se acercaba.

-Disculpe -le dijo ella con firmeza-, creo que me está esperando usted. Soy la invitada del señor Caine.

y contuvo la respiración.

«Prueba número dos», pensó. ¿Se daría cuenta el chofer de que ella no era la persona a la que esperaba?

El se irguió y le abrió la puerta del asiento de atrás. Savannah entró intentando dar la impresión de que hacía aquello todos los días. Un momento después ya se habían mezclado con el tráfico de la hora punta.

«¿ Y ahora qué?», pensó ella. Observó el intercomunicador que había en una de las esquinas. Pero no podía

descolgar y preguntarle al chofer dónde iban.

Enseguida quedó claro que no iban hacia el centro. Aquello dejaba fuera la mayoría de los restaurantes de moda. Mejor, pensó. No se había dado cuenta antes de que en vaqueros no conseguiría pasar de la puerta en ningún restaurante de elite. Al menos así no tendría que sufrir la frustración de llegar tan cerca de Dexter Caine y fracasar justo al final.

Entonces, ¿dónde se dirigían? La limusina giró con suavidad y tomaron un desvío. ¿O'Hare? ¡No podían ir

al aeropuerto!

Pero sí iban. Cuarenta y cinco minutos después la limusina dejó atrás la terminal principal... ¿Atrás?, pensó Savannah, asombrada. Se dio cuenta de que llevaba agarrada el asa de la bolsa como si le fuese la vida en ello y aflojó los dedos.

La limusina se detuvo ante una apartada pista donde esperaba un

reluciente avión azul y blanco. No es que Savannah supiera mucho de aviones, pero enseguida advirtió que era un aparato nuevo, caro y muy potente. Una versión en miniatura de los jets a los que estaba más acostumbrada. Lo observó con atención mientras el chofer daba la vuelta al coche para abrirle la puerta.

En realidad, pensó, las cosas no iban nada mal. Dado el limitado espacio del avión tenía bastantes posibilidades de que Dexter Caine le dijese algo publicable en los dos minutos que tardaría en reaccionar y echarla. Entonces volvería a la terminal principal y tomaría un autobús de vuelta al centro. Sería sencillísimo, relativamente.

Un hombre uniformado apareció en la puerta del avión.

-Buenas tardes, señorita -le dijo educadamente al tiempo que le tendía una mano para ayudarla a subir.

El chofer continuaba en posición de firmes junto a la puerta de la limusina. Savannah lo miró y le conmovió ver que movía levemente los dedos para decide adiós. Ella agitó la mano en respuesta y sintió, absurdamente, que perdía a su único amigo. Entonces, tomó aliento antes de volverse para enfrentarse a Dexter Caine.

El interior del aparato parecía un salón de la era espacial. Tenía mesas bajas, paneles de mando y unos mullidos asientos. Había pocos, aunque hubieran cabido varios más y todos estaban vacíos.

Savannah miró a su alrededor como una loca. Tenía que estar en alguna parte, ¿no? ¿Habría otra cabina en alguna parte?

La puerta se cerró tras ella con un leve chasquido. Se volvió y vio que el tripulante le indicaba que se sentase:

-En cuanto se ponga cómoda y se abroche el cinturón despegaremos, señorita.

-Señor... -tenía la voz ronca y se detuvo para carraspear- ¿Qué hay del señor Caine?

El tripulante levantó un poco las cejas.

-Usted es nuestra única pasajera esta tarde.

-Pero... -dijo ella, tragándose la protesta.

Mejor no decir nada hasta que lo hubiera pensado bien. Aunque un par de minutos más o menos no iban a cambiar nada. Si hubiera dispuesto de una semana entera para pensado, no hubiera conseguido llegar a ninguna conclusión.

Hasta aquel momento no se le había ocurrido que Dexter Caine podía no estar en Chicago. La limusina no lo estaba esperando a él, sino a una invitada suya. Debería haberlo tenido en mente. Y, aunque las reacciones del recepcionista y el ayudante la habían hecho pensar que el jefe estaba cerca, en realidad, eso no había sido más que una suposición suya. Peter Powell le había dicho que había un coche

esperándola...

El rugido de los motores aumentó y Savannah se agarró al brazo de un asiento al notar que el avión se movía.

-Creo que es mejor que me baje -dijo.

El tripulante la observaba con atención.

-Señorita, si le da miedo volar, déjeme asegurarle que el capitán Johnson es muy hábil.

-No, no es que tenga miedo. Es simplemente que...-su voz se perdió.

La mente se le había quedado en blanco.

-Hay bebidas y algo de comer en la nevera. Me temo que no habíamos previsto la cena, ya que pensábamos que llegaría más temprano.

Aquello le recordó a Savannah que estaba sustituyendo a otra persona, a otra mujer que se suponía debía hacer aquel viaje. La mujer que había dejado plantado a Dexter Caine le había causado problemas a mucha gente, eso estaba claro.

¿Por qué no estaría esa mujer en el avión? ¿Y quién sería? Obviamente, no era Cassie King: todo el mundo la conocía. Además, Peter Powell había admitido su nombre sin mostrar duda alguna. Eso debía de significar que aquella mujer era un misterio para él también.

«Me duele la cabeza», pensó Savannah.

-Sólo tardaremos unas horas en llegar -continuó el tripulante-, o sea, que no creo que le resulte demasiado molesto.

-¿Dónde vamos?

Era una pregunta estúpida, pero se le escapó antes de darse cuenta. Esperó con la respiración contenida. Lo peor que podía pasar era que la echasen directamente a la pista de aterrizaje.

Pero aquel hombre no pareció sorprenderse ante un pasajero que no conocía su destino. O bien estaba acostumbrado a ese tipo de cosas o estaba tan bien entrenado que nada lo desorientaba.

-A Las Vegas, señorita.

Bueno, tenía sentido. Dexter Caine tenía negocios allí. Al menos no era Hong Kong, o Sydney o Nueva Delhi o alguno de los otros lugares remotos en que también tenía oficinas.

El avión estaba al final de la pista y a punto de empezar el despegue. Aquel simple hecho le hubiera dicho a Savannah algo sobre su dueño, si hubiera estado en condiciones de pensar con claridad. Los retrasos de aquel aeropuerto eran legendarios y, sin embargo, se diría que la torre de control estaba esperando las órdenes de aquel avión y no al revés.

Con un fatalista suspiro, Savannah se dejó caer en el asiento y se

abrochó el cinturón.

El tripulante pareció quedarse más tranquilo.

-Si necesita algo, no tiene más que pulsar este botón-le dijo antes de desaparecer.

«Allá vamos», pensó Savannah. «Nada como una escapadita a Las Vegas...»

Si se las arreglaba para hablar con Dexter Caine puede que Brian y la revista le pagasen el vuelo de vuelta. Aunque, teniendo en cuenta que Caine iba a encontrarse con ella en vez de la mujer que esperaba, no era probable que estuviese de humor para hacer declaraciones.

Savannah se acomodó y se dedicó a morderse las uñas todo el camino hasta Las Vegas.

El sol se estaba poniendo cuando aterrizaron. Savannah intentó disfrutar del espectáculo que le ofrecía el desierto bajo los últimos rayos de sol. Otra limusina, esta vez blanca, la esperaba en un rincón apartado de la terminal.

Sin pronunciar palabra, otro chofer uniformado la introdujo en el coche. Savannah contuvo la respiración hasta que advirtió que estaba sola y entonces no supo si preocuparse o aliviarse de que Dexter Caine aún no hubiera aparecido. Al menos, la limusina hubiera sido un buen lugar donde hablar, tranquilo y privado, y así se hubiera ahorrado el viaje de vuelta al aeropuerto.

Había pasado casi toda la duración del vuelo repasando mentalmente lo que sabía sobre Dexter Caine y por eso no se sorprendió al ver que la limusina se detenía ante uno de los más antiguos hoteles con casino de Las Vegas, en vez de en uno de los más nuevos y llamativos.

El millonario había adquirido aquel hotel recientemente y había habido especulaciones sobre cómo y por qué lo había comprado. Un hotel era una cosa, pero un casino no parecía el tipo de negocio que le fuese a Dexter Caine. El era de los que preferían apostar a otras cosas y no a dados, cartas y máquinas tragaperras.

«Esa será la segunda pregunta,» se dijo Savannah. Suponiendo que la permitiesen hacer más de una.

En la entrada lateral del hotel el chofer la dejó en manos de un empleado que la guió a través del vestíbulo hacia el montacargas sin asomarse por un instante a la zona del casino o el vestíbulo principal.

-Éste es el procedimiento habitual. -se disculpó el joven mientras le abría la puerta de una suite en el ático-. El señor Caine le da mucha importancia a la intimidad.

A Savannah se le abrieron los ojos como platos al entrar. Jamás había visto tal concentración de objetos art decó, excepto en algún

museo. Pero el modo en que estaba decorada hacía la suite confortable y acogedora, casi hogareña. No como cualquier otra habitación de hotel.

En la clásica chimenea, ardía el fuego y cerca, había dos sofás dispuestos en ángulo para proporcionar la mejor perspectiva de las llamas. Sobre una mesa baja había una cesta de frutas y un plato con bombones. A un lado de la espaciosa sala, había un área para comer decorada con simpleza. Más allá se veía la esquina de una cocina blanca.

Un anciano de pelo blanco salió de la cocina. -Gracias, John -le dijo al otro hombre inclinándose levemente ante Savannah-. Buenas tardes, señorita. Soy Robinson, el mayordomo.

Es decir, que así es como vivía la otra mitad de la población, la mitad rica: en una suite con mayordomo. Savannah no se había cruzado nunca con un personaje así y no tenía ni la menor idea de cómo comportarse. Le reconfortó pensar que sí sabía cómo tratar al botones. Rebuscó en el bolsillo interno de su bolsa, pero para cuando encontró el monedero, el botones ya había desaparecido silenciosamente y ella se quedó con el dinero en la mano.

Obviamente había sido un error, pensó. El mayordomo adoptó un gesto aún más rígido, pero al menos no

hizo ningún comentario.

-Si quiere refrescarse un poco, señorita... -Seabrooke -añadió Savannah con cautela, relajándose al ver que él sencillamente asentía.

Tampoco Robinson sabía quién era la misteriosa invitada, dedujo ella. Empezaba a sentir mucha curiosidad respecto a aquella mujer.

-¿Está el señor Caine en el hotel?

-La verdad es que no podría afirmarlo -le respondió Robinson en un tono absolutamente inexpresivo.

«Lo cual no significa nada», dedujo Savannah.

-Sí, me encantaría poder arreglarme un poco –le dijo.

No es que pudiera hacer mucho, claro. Sólo tenía las pinturas que llevaba en el bolso. Pero al menos así podría esconderse durante unos instantes de la mirada escrutadora del mayordomo.

Dejó que éste le llevara la bolsa y la condujese a una habitación al fondo de la suite. Entonces, cerró la puerta tras ella y dejó escapar un suspiro de alivio.

La habitación era amplia y había una cama de matrimonio cubierta por una colcha de satén. Una puerta acristalada daba a un espacioso balcón y cerca de la ventana había una mesita con dos mesas. Era muy agradable, pero menos que el salón.

El reloj de la mesilla decía que eran sólo las ocho, pero el cuerpo

de Savannah seguía el horario de Chicago y empezaba a sentirse exhausta. Miró a su alrededor en busca de algo confortable en que sentarse, pero no vio nada y, finalmente, se sentó al borde de la cama.

-¿Qué clase de hotel es este? Mucho mayordomo pero ni un sillón en el dormitorio...

El sonido de su propia voz la hizo sentirse un poco mejor, pero aún así sentía aquella angustia en la boca del estómago. ¿Dónde se había metido? ¿Y cómo pensaba salir? ¿Y dónde demonios estaba Dexter Caine?

Mucho después, Savannah recordó haberse quitado las botas y luego, alrededor de la medianoche, haber colocado la almohada mejor para acomodarse a esperar a Dexter Caine. No fue raro que se quedase dormida: le pesaban tanto los párpados que hubiese necesitado unos palillos para mantener los ojos abiertos.

y cuando el sueño comenzó, no le costó mucho imaginarse qué le estaba ocurriendo. Ya había tenido sueños románticos, e incluso eróticos, antes. Le solía pasar cuando estaba nerviosa y con falta de sueño y bien se podía decir que aquélla era su situación en aquel instante. De hecho, el nivel de tensión probablemente explicaba el que aquel sueño en particular se estuviese convirtiendo en algo tan real.

y considerando que cuando se quedó dormida estaba pensando en Dexter Caine, no era tan raro que se le apareciera en sueños.

Sin embargo, jamás había experimentado nada tan realista. Nunca la había besado con tal maestría ni la habían abrazado tan íntimamente, ni...

Desde el fondo de su mente surgió una voz de alarma. «Esto no es realista», le dijo. «Esto es real.»

CAPÍTULO 2

Abrir los ojos le supuso un esfuerzo tal que Savannah casi abandonó el intento antes de lograrlo. Era más sencillo imaginarse que estaba dormida y soñaba despierta, como a veces le sucedía.

Aún así, pensó que era extraño: nunca había tenido un sueño tan gráfico. Por supuesto, la imaginación era algo increíble. Savannah sentía realmente aquella mano que le subía por la espalda, la presión de un cuerpo duro y tibio bajo la suya, la aspereza de una incipiente barba contra la suave piel de su cuello...

Aquello sí que era raro. Jamás antes había soñado con un héroe sin afeitar.

Los ojos se le abrieron de asombro. Justo encima de su cara había una de tamaño superior. Parpadeó y volvió a mirarla.

Le llevó un momento enfocar la mirada y darse cuenta de que la cara no era en realidad tan grande como parecía. Era sólo que estaba muy, muy cerca. Y la luz de la luna que se filtraba por las cortinas incrementaba el efecto. Estaba, de hecho, tan cerca que su respiración hacía aletear las pestañas de Savannah. Tan pegado a ella que el vello de su pecho amenazaba con dejar marcas permanentes en su piel.

Ya no la besaba, aunque el temblor de sus labios le dejó claro que aquello no lo había soñado. Igual que no había imaginado la forma en que sus manos le subían por la espalda. Pero sí le estaba rozando la sien con los labios, con unos labios cálidos.

-¿Qué haces? -en vez de la nota de seguridad en sí misma que quería darle a la pregunta lo que le sali6 fue una vocecita temblona.

-¿Que qué estoy haciendo? -él se apartó unos centímetros- He entrado y he intentado despertarte. Y acto seguido, me encuentro tumbado a tu lado, que me sujetas y me comes a besos. No es que me queje, entiéndeme, pero...

-¡No he podido hacer eso! -exclamó ella.

-Sí, sí lo has hecho. Es más, sigues haciéndolo. No soy yo quien te sujeta a ti.

Savannah levantó un poco la cabeza. Tenía razón: era ella quien estaba sobre él y lo agarraba con ambos brazos. Ella prefirió pensar que en sueños se había agarrado a algo sólido para no perder el equilibrio.

y él era decididamente sólido. Tenía un fuerte pecho y unos músculos firmes. No parecía sobrarle ni un gramo.

Se dio cuenta de que sus manos estaban bajo su camisa y rápidamente las apart6 y se echó al otro lado de la cama. Se tapó los ojos. Quizá si no lo miraba no sentiría tanta vergüenza.

-En fin, supongo que todo lo bueno se acaba alguna vez -dijo incorporándose sobre un codo y encendiendo la luz de la mesilla para observarla-. En cualquier caso, ¿quién eres tú?

Savannah se quedó helada ante la calma que mostraba. Sabía que esperaba a otra mujer. ¿No debería enfadarse? ¿O estar preocupado? Y en vez de eso, solo parecía un tanto curioso. Eso era todo.

Se preguntó cuándo se habría dado cuenta de que ella no era la mujer a que estaba esperando ver. ¿Se habría dado cuenta a la luz de la luna cuando entró? Seguro que no, o no la hubiera saludado tan cariñosamente.

Savannah se negaba a creer su versión de quién había empezado aquel combate de lucha libre. Pero, claro, una vez que la hubiese abrazado tendría que haberse dado cuenta de que era otra persona...

Se preguntó cómo hubiera reaccionado la otra mujer a aquel saludo. Volvió la cabeza para mirarlo y con la primera mirada atenta a Dexter Caine decidió que la respuesta no era difícil de imaginar.

Savannah lo hubiera reconocido en cualquier parte. La luz de la lamparita mostraba los definidos rasgos de su aristocrático perfil, sus perfectas orejas, los grandes ojos oscuros... Todo aquello era evidente en cualquier foto de Dexter Caine. Pero el resto...

Nunca se había dado cuenta al ver las fotos, en las que normalmente tenía un gesto serio, de lo guapo que era. No sabía que no tenía los ojos negros, sino de un castaño profundo. Ni que fuese tan alto, y con tal anchura de hombros. Ni siquiera lo había visto nunca sin chaqueta. Y mucho menos, con el pelo cayéndole sobre la frente como en aquel instante, inclinado sobre ella. .

Por supuesto, nunca había visto una foto de él tumbado. Desde aquella perspectiva...

Savannah reparó súbitamente en que continuar tumbada podría interpretarse como una invitación y entonces, se sentó en la cama con una de las almohadas entre los brazos como armadura protectora.

Él la estudiaba con una mirada tan intensa que la hizo sentirse incómoda y mirar hacia otro lado. Era terriblemente frustrante no saber nada de la otra mujer a la que esperaba.

-¿Hay alguna razón por la que no pueda saber quién eres?

A ella ya se le había olvidado la pregunta. Negó con la cabeza y balbuceó su nombre.

-Savannah Seabrooke -repitió él como una caricia-Me gusta.

La forma en que lo dijo y la mirada de admiración que le lanzó hizo que el color le subiera a las mejillas.

Aquello se le iba de las manos. Cuanto antes le dejase claro que no era un juguete, mejor. .

-No sé a quién esperaba encontrar aquí cuando entró, señor Caine, pero...

-Llámame Dexter. Me imagino que tú valdrás igual.

-Mira, no se qué para qué crees que he venido, pero...

-¿No te contaron nada en absoluto? -dijo sentándose también- ¡Qué incordio!

Savannah se movió un poco más hacia los pies de la cama.

-Pero ya te has vengado, ¿no?

Él alzó las cejas, unas cejas gruesas y negras que lo hacían parecer casi amenazador.

-¿ Vengarme por qué?

-Porque no soy la persona que esperabas.

-Ya te he dicho que no me importaba el cambio. Ella se quedó asombrada.

-¿De verdad?

-No, claro que no.

-Pero... -y sin pensárselo dos veces añadió-

¿A quién esperabas entonces? ¿A alguna chica de compañía de lujo?

Los ojos le brillaron un poco.

-No, no.

Savannah respiró más tranquila.

-No exactamente de lujo. Al fin y al cabo, dicen que todas las mujeres son iguales en la oscuridad.

Se acercó un poco más a ella y el rumor de su cuerpo al rozar la colcha de satén la hizo estremecerse. Savannah se quedó inmóvil, pero lo único que él hizo fue tomar el reloj de la mesilla para mirar la hora. Eran pasadas las tres.

De repente la voz del hombre se volvió más vivaz. -Todo esto es muy divertido, pero mejor lo hablamos

por la mañana. Ha sido un día muy largo, estoy agotado y no estoy de humor para explicártelo todo. Además, creía que eso lo tenía que hacer la agencia.

«¿Qué agencia?» Savannah decidió que no era buen momento para preguntarlo.

-Muy bien, buenas noches entonces.

Dexter Caine le dedicó media sonrisa y se estiró para apagar la lámpara. Colocó una almohada y se tendió con un suspiro.

-¡No pensarás quedarte aquí! -le dijo Savannah, atónita.

Él no se movió.

-¿Por qué no? Es mi dormitorio.

¿ Y el mayordomo la había metido allí? ¿A quién estaba

esperando? ¿Dónde se había metido?

En cuestión de dos minutos, Dexter Caine estaba respirando profunda y rítmicamente. Savannah se sentó a los pies de la cama y consideró las opciones que tenía. En la bolsa tenía veinte dólares en efectivo y una tarjeta de crédito a la que casi no le quedaba crédito. No había manera de que pudiese pagarse una habitación en aquel hotel y además, comprar un billete para Chicago al día siguiente.

Además, si salía de la suite no volvería a entrar y aún no había logrado lo que la había llevado hasta allí. No le había arrancado ni una declaración a Dexter Caine.

No era sorprendente, se dijo a sí misma, que entre toda aquella confusión se hubiera olvidado de su propósito original. Despertarse en brazos de aquel hombre anularía el autocontrol de cualquier mujer.

Había un sofá en el salón, pero, si se trasladaba allí, el mayordomo podía oída y echarla a la calle en medio de la noche.

No, su única opción era quedarse donde estaba y observar de cerca a Dexter Caine. A primera hora de la mañana se presentaría. Hacerle saber que estaba hablando con una periodista era cuestión de ética profesional. Y después, se preocuparía de cómo volver a casa.

Tomó todos los cojines moviéndose con cuidado para no despertarlo y construyó una muralla en el medio de la cama. Entonces se acomodó en su lado con la espalda apoyada en la cabecera a esperar a que llegase la mañana.

No iba a dormirse, por supuesto. Teniendo en cuenta lo que había ocurrido la última vez no le parecía prudente.

Esta vez no tuvo un sueño erótico, sino una agradable fantasía sobre una nube que la acunaba como un bebé. Savannah no quería que se acabase y hundió más la cabeza en la nube. Pero no era tan suave como esperaba y le arañó la cara. Y hacía un ruido...

Aquel ruido era una risa apagada.

-Despierta, cariño -murmuró una voz junto a su oído-. Robinson va a entrar en cualquier momento.

Abrió los ojos y se encontró entre sus brazos con la cara apoyada en su pecho. La sensación de que la estaban acunando se debía a su respiración. Trató de mostrarse digna.

-Debo de haberme quedado dormida un momento -le dijo.

-Sí, algo así -asintió Dexter Caine amablemente.

No era de extrañar que se hubiera sentido como en una nube. Estaba en el centro de la cama, rodeada de cojines. Durante la noche, el frío del desierto le había hecho buscar calor y lo había encontrado en el cuerpo de Dexter Caine. La vergüenza que había sentido la noche anterior no era nada comparada con la que sentía ahora.

-Claro que no me estoy quejando -continuó él.

Se oyó que llamaban a la puerta.

-Adelante, Robinson -contestó Dexter, antes de que ella tuviera tiempo de protestar.

Le hubiera encantado poder esconderse bajo las sábanas. Por otra parte, pensó, aquello sólo empeoraría la impresión que causase.

Robinson se acercó rápidamente y descorrió las cortinas para dejar entrar la luz del sol. No parecía ver a la pareja de la cama.

Dexter se desperezó y soltó a Savannah.

-Buenos días, Robinson.

-Buenos días, señor. Parece que va a hacer un día muy agradable.

«Me parece que voy a fingir que soy invisible», pensó Savannah.

Dexter le dedicó una perezosa sonrisa.

-Por cierto, creo que le debes una disculpa a Robinson, querida.

Savannah sintió que le ardían las mejillas.

-¿Por qué? -dijo dándose cuenta enseguida de que prefería no saberlo.

-Se me olvidó decirte anoche que se quedó muy preocupado. Aún estaba rondando por la puerta cuando llegué, esperando a que salieras para abrir la cama. Se toma muy en serio sus obligaciones, ¿sabes?

-El señor Caine exagera, señorita -dijo el hierático mayordomo-. ¿Quiere el desayuno para dentro de quince minutos, señor?

-Así es, Robinson. ¿Algo en particular que te apetezca, cariño?

-No, gracias -murmuró Savannah, añadiendo con sarcasmo- Puede que a Robinson no le importe, pero yo te agradecería que intentases recordar mi nombre.

No es que importase mucho: tampoco iba a pasar allí mucho tiempo.

-¿Qué te hace pensar que lo he olvidado, Savannah? -le dijo él, reclinándose sobre los cojines y mirándola inquisitivamente.

Incluso a medio vestir y con la ropa arrugada parecía controlar la situación y muy seguro de si mismo. Evidentemente, había olvidado la presencia del mayordomo.

Savannah no lo conseguía. Lo vio recoger la chaqueta y corbata de Dexter de la silla en que estaban y salir en silencio. Sólo entonces se decidió a levantarse de la cama. No había ningún espejo en la habitación pero al ver su reflejo en la plateada base de la lámpara reparó en que debía tener un aspecto penoso.

Quince minutos después, cuando llegaron al comedor, no se sentía mucho mejor. La ducha caliente la había hecho recuperarse un tanto, pero volver a ponerse la misma ropa arrugada del día anterior no le daba exactamente mucha confianza en sí misma. ¡Hubiera dado

cualquier cosa por tener una plancha!

Dexter Caine, por otra parte, parecía recién salido de la sastrería. Llevaba un inmaculado traje gris, una camisa blanca y una corbata roja perfectamente anudada. Se levantó para apartarle la silla de la mesa.

-Robinson está haciendo tortilla -le dijo Dexter-.Espero que te guste.

-Estupendo, me muero de hambre.

-Culpa tuya. Me ha dicho que ayer no quisiste cenar.

La noche antes había sentido algo culpable ante la idea de cenar a su costa cuando estaba allí usurpando la personalidad de alguien. Por la mañana, ya estaba demasiado hambrienta como para tener escrúpulos al respecto.

Robinson depositó una enorme tortilla ante ella y Savannah se deleitó con su aroma antes de tomar un pedazo.

Dexter probó su propio desayuno.

-Savannah, quiero disculparme por lo de anoche.

Ella lo miró sin poder creerlo. Lo último que hubiera esperado de Dexter Caine era algo parecido a una disculpa.

-Estaba muy cansado -continuó él- y tú me recibiste como si volviera de las Cruzadas. Pero eso no era excusa para dejar que mi sentido del humor se desmandase. En vez de burlarme de ti, debería haberte explicado de qué va todo esto. Tal y como están las cosas, tengo la sensación de que te he traído aquí con pistas falsas.

Savannah casi se atragantó con un trozo de tostada. «Ahora te toca a ti», pensó. Después de lo que él había

dicho hubiera sido sencillo sonreír y decirle que ella también tenía algo que confesar. Pero las palabras se le atascaron en la garganta.

-Por supuesto -continuó Dexter-, ni siquiera la agencia sabía mucho del tema, sólo tienen una ligera idea de lo que es el trabajo. En una situación como ésta te puedes imaginar que prefiera que se sepa lo menos posible. Pero estoy seguro de que serás capaz de llevado con...

Robinson apareció a su lado con la cafetera. -Señor, el señor Powell está abajo e insiste en hablar con usted inmediatamente.

Savannah sintió que empalidecía. Y, aunque no estaba mirando a Dexter, notó también que la observaba con interés.

-¿Qué hace aquí? Debería estar en Chicago, ocupándose de... -Savannah lo veía ponerse más y más serio por el rabillo del ojo- Que suba, Robinson.

Savannah se mordió el labio y clavó los ojos en la tostada.

-Savannah -le dijo Dexter en un tono implacable que la hizo mirado aunque no quería-, ¿sabes tú algo de esto?

No hubo tiempo para explicaciones, aunque las hubiera tenido, ya que Peter Powell entró justo en aquel instante. No debía de haber esperado abajo a la respuesta de Dexter.

Peter se quedó parado ante la mesa y miró fijamente a Savannah.

-O sea, que estás aquí.

Tenía un aspecto algo distinto al del día anterior. Parecía que le faltaban cinco kilos, una semana de sueño, y el color de la cara. Claro que, comparado con el tamaño y la piel morena de Dexter, la mayor parte de los hombres parecerían pálidos y debiluchos.

«No te distraigas», se dijo entonces. «Puede que estés en una situación peligrosa.»

-Es evidente que está aquí -le dijo Dexter-. ¿Y qué? ¿Acaso no la has enviado tú?

Peter Powell se movió con nerviosismo.

-Bueno, sí...

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Que es una impostora, señor Caine. No la ha enviado la agencia.

-¿Y no lo comprobaste en su momento, Peter? –le preguntó Dexter en un tono suave.

El ayudante tragó saliva y Dexter suspiró.

-Siéntate, Peter. Tómate una taza de café y cuéntamelo todo desde el principio.

Peter se dejó caer en la silla que había junto a Savannah sin mirada.

-Bien, era ya tarde -empezó- Yo llevaba toda la tarde esperando a la mujer que la agencia nos mandaba y, cuando el recepcionista me dijo que ya había llegado...

-Tú te fiaste de él.

-Bueno, pensé que era obvio. Se parecía mucho a la descripción que me habías dado...

-¿Qué descripción? -intervino Savannah, recordando al tiempo que el recepcionista había comentado que era rubia- O sea, que le gustan las rubias, ¿no, señor Caine?

-De vez en cuando -le contestó Dexter-. En este caso, tenía una persona concreta en mente.

-¡Creía que había dicho que no importaba!

-No te estoy criticando. Sólo pensaba que Muffy lo haría...

-¿Muffy? -casi gritó Savannah- ¿La mujer que estabas esperando anoche se deja llamar Muffy?

Dexter la mató con la mirada.

-En cualquier caso -continuó Peter-, pensé que era la sustituta. Usted le dijo a la agencia que, si ella no podía enviasen a otra.

Además, traía una bolsa y parecía saber lo que hacía.

-De eso estoy seguro -murmuró Dexter-. ¿Sabes que eres muy buena actriz, Savannah? ¿Qué te impulsó a meterte en este lío?

Savannah se encogió de hombros.

-La curiosidad.

Después de todo, era casi la verdad.

Dexter no dijo nada, pero su mirada le dejó claro que su respuesta no había sido la adecuada.

-¿Qué pasó entonces, Peter?

-La metí en la limusina, terminé el trabajo y salí de la oficina. Anoche estaba en una fiesta cuando me llamó el recepcionista diciendo que allí había otra mujer que insistía en hablar conmigo, o sea, que volví a ver qué quería.

-¿ y dejaste la fiesta? -murmuró Dexter- ¡Qué dedicación, Peter!

Peter se tomó un segundo antes de contestar.

-No, esperé a que acabase la fiesta. Cuando descubrí que la agencia la había enviado, y que llevaba varias horas buscándome porque le habían dado malla dirección... Bueno, entonces entendí que esta mujer no era quien había dicho que era -terminó señalando a Savannah.

-Yo no dije nada -se defendió Savannah-. Fueron suposiciones suyas.

Peter se volvió hacia Dexter.

-Traté de hablar con usted enseguida, pero no estaba en el hotel, y me imaginé que preferiría que no le contase los detalles a nadie, ni siquiera a Robinson.

-En eso tenías razón.

-Así que, decidí venir yo mismo y he tomado el primer avión.

Dexter se acomodó más en su silla con la taza de café en la palma de la mano.

-¿Qué has hecho con la otra mujer, Peter?

-Se llama Martha y está abajo.

-¿Por qué?

-¿Por qué? -repitió Peter, alzando la voz como si no creyera lo que oía- Porque sabía que no querría quedarse con ésta cuando supiera que es una impostora.

Savannah se preparó para lo peor, pero Peter se detuvo ahí. Quizá no supiese aún lo peor de todo, pensó. Saber que no la envió la agencia no quería decir que supiera que era periodista. Aquella era una suposición sobre la cual merecería la pena pensar... si tuviera tiempo para pensar.

Dexter Caine tomó la cafetera y se rellenó la taza. -¿Le has hablado a Martha del trabajo?

Peter negó con la cabeza.

-Por supuesto que no. Le he dicho que prefería explicárselo usted mismo y dejé caer algo de que necesitábamos una modelo, pero eso es todo.

¿Una modelo?, se preguntó Savannah. ¿Para qué querría Dexter Caine una modelo?

-A veces, Peter -musitó Dexter-, muestras un asomo, sólo un asomo, de talento.

-Gracias, señor -dijo Peter con un eco de alivio.

-Ya que Martha no se ha enterado de nada –continuó Dexter-, el daño no es irreparable. Puedes volver a llevártela a Chicago, decirle que el trabajo ha fallado, disculparte y pagarle por el tiempo perdido y llamar a la agencia para decir que ya no precisamos sus servicios. Y ya está.

-Pero, entonces, ¿qué va a hacer, señor? ¿Abandonar el plan?

-No, no. Pero Savannah me servirá. Le he estado hablando del trabajo...

-¡Cómo! -exclamó Peter- ¿Le ha hablado de Cassie King y todo lo que se está inventando? Señor Caine... Aquella era la confirmación que necesitaba, pensó , Savannah. Había dado en el clavo y ahora podía volver ante Brian con la historia completa.

Por supuesto que había dejado un tanto de lado la ética profesional al no contarle a Dexter que era periodista antes de que hablase. Por otra parte, ella tampoco le había preguntado nada. Un periodista no tenía por qué identificarse si lo único que estaba haciendo era escuchar una conversación. Y, en cierto sentido...

De repente, todas las piezas encajaron en la cabeza de Savannah y entonces, entendió para qué quería Dexter Caine a una rubia de Chicago. Era un plan extravagante y audaz, pero apropiado. Y digno de Dexter Caine.

-Lo que necesitabas era una actriz, no una modelo, ¿verdad? -dijo ella lentamente- Querías que hiciera un papel, que convenciese al mundo de que, diga lo que diga, no vas a casarte con Cassie King. Así, podrías contradecir todas las declaraciones de Cassie y dejar en ridículo a la prensa sin tener que hacer declaraciones sobre tu vida privada. ¿Me equivoco?

En los ojos de Dexter apareció un asomo de respeto.

-Te has acercado mucho.

-Te vas a complicar mucho la vida. En cuanto les des a los medios una razón para especular sobre...

Dexter Caine no la escuchaba. Se volvió hacia Peter.

-¿ y por qué no va a servimos Savannah? Es lista y convincente,

eso está claro. Y ya sabe de qué va el asunto. ¿Por qué desvelarle el secreto a alguien más si -ella puede hacer el papel?

-Eso me halaga mucho, pero... -dijo Savannah. Peter la interrumpió.

-Pero, señor, es que no es sólo una impostora... Además, es una periodista.

Savannah comprendió entonces que lo había subestimado. Simplemente había estado evitando contarle lo peor a su jefe, esperando por si no era necesario.

Ella le lanzó una mirada al atónito rostro de Dexter Caine.

-¿Es verdad? -le preguntó éste con frialdad.

Ella asintió.

-Aunque no sé por qué Peter lo dice como si fuese una actividad criminal.

-Es la que hizo aquella semblanza de usted en el Tribune el año pasado -añadió el servicial Peter.

-¡Aquella basura! -dijo Dexter con los ojos echándole chispas.

-¡No era mala! -protestó Savannah-. Era un artículo muy halagüeño.

-Yo tengo otra opinión. Has dicho que habías venido por curiosidad -musitó él- Me preguntó cómo no se me habrá ocurrido preguntarte cómo sabías que necesitábamos a alguien. ¿Tienes un espía en la agencia?

-Por supuesto que no. Dio la casualidad de que entré en el edificio en el momento justo. Enseguida me di cuenta de que estaba pasando algo interesante y les seguí el juego. Quería hacerte unas preguntas sobre tu relación con Cassie King. De hecho, aún hay varias cosas que me gustaría saber y, ya que estamos hablando del tema...

-Toda esta conversación es privada -sonó la voz de Dexter como un látigo.

-No se puede decidir que una conversación es privada después de que tenga lugar -le explicó Savannah con paciencia- Eso se tiene que acordar de antemano.

-¿ y cómo lo íbamos a acordar cuando ni siquiera te habías identificado?

-No me has dado la oportunidad. Lo siento, señor Caine, pero la conversación que ha tenido lugar esta mañana puede ser considerada como declaraciones a la prensa.

-Ah... -dijo en un tono súbitamente suave que era aún más atemorizador que los gritos- ¿Estás segura?

Savannah asintió procurando disimular el temblor de la barbilla. No había de que asustarse, ¿no?

-Completamente. Soy libre de escribir todo lo que he oído aquí esta mañana.

Dexter no contestó.

-Peter -dijo con calma-, ¿recuerdas lo que acabo de decir sobre ciertas ocasiones en que muestras algo de talento? Esta no ha sido una de esas ocasiones. Estás despedido.

-Pero eso no es justo, señor Caine –intervino Savannah rápidamente.

-¿Eso quiere decir que admites toda las culpas de este incidente? ¿Acaso embrujaste a Peter, o sólo lo sedujiste?

-Por supuesto que no tengo toda la culpa. Pero creo que se está precipitando. No sé cuánto tiempo lleva Peter trabajando para usted, pero es evidente que es fiel y...

Dexter la miró como si fuese una serpiente venenosa, pero acabó por decir:

-Puede que tengas razón. Puede que me esté precipitando. Peter, baja y llévate a esa mujer de vuelta a Chicago. Después, estás despedido.

Peter bajó la cabeza.

-Sí, señor Caine.

-Un momento -dijo Savannah-. ¿Ya no la necesita? ¿O es que ha anulado todo el plan?

Dexter sonrió sin alegría.

-¿Para qué iba a necesitada? Ya te tengo a ti -dijo al tiempo que le hacía una indicación a Peter para que se fuese.

Savannah rió.

-Vamos, no puede querer que sea yo.

-Eso ya no importa. No puedo dejar que te vayas:sabes demasiado.

Savannah se dijo a sí misma que era absurdo estar asustada, pero aquello no cambió nada.

-¿ Y si prometo no decir nada?

-¡ Y yo te voy a creer! Acabas de decir hace unos minutos que pensabas publicarlo todo.

-No, no he dicho eso exactamente.

-y además, seguro que tienes los dedos cruzados ahora mismo. No, te vas a quedar donde te pueda tener controlada.

Savannah levantó la cabeza y contraatacó.

-¿Cómo sé yo que no ha hecho todo esto a propósito? Que Peter no reconoció mi nombre y usted le dijo que me enviase aquí para poner en entredicho mi ética profesional.. .

Incluso antes de que Dexter empezase a reír, ella se dio cuenta de lo absurdo de su explicación.

-Tú misma has dicho que no quiero que esto lo hagas tú -señaló Dexter-. Pero, ya que las cosas han salido así, voy a seguir con la farsa y tú vas a ser la protagonista.

-¿Ah, sí? ¿Y qué pasa si yo no quiero?

-No tienes elección.

-No puede retenerme aquí. ¡Eso sería un delito!

-En realidad -musitó Dexter- yo lo consideraría una oferta de trabajo. Las condiciones son un tanto irregulares, pero creo que estará de acuerdo conmigo en que los beneficios la compensarán por...

-¡Esto es un secuestro!

-y lo que usted ha intentado se llama fraude –dijo con la voz serena y aún así amenazadora.

Savannah sospechó que tenía razón, pero estaba dispuesta a luchar hasta el final.

-De eso nada. Yo no le he mentido a nadie. Ni siquiera he usado un nombre falso. Lo único que he hecho es omitir detalles.

Él no se molestó en contestarla. Simplemente, la miró como si no pudiera creerlo.

-Le pagaré por el vuelo y todo lo demás -le sugirió ella.

-Por supuesto que lo hará -dijo él, implacable- Empezaremos esta tarde con una breve aparición en el casino para despertar cierta curiosidad.

Se puso en pie.

-No está usted teniendo en cuenta las consecuencias a largo plazo -le dijo Savannah-. Si no me deja ir ahora podría plegarme a sus planes y publicarlo todo después. Incluidos los detalles escabrosos. Y usted sería el hazmerreír de todo el país.

Él la sonrió. Había recuperado el sentido del humor.

-Pero no sería el único. Inténtelo y diré que es usted una antigua novia despechada que quiere vengarse porque la abandoné. Creo que, en este caso, incluso disfrutaría haciendo una excepción y contándole a la prensa esa historia. ¿A cuál de los dos le parece que creerían? Especialmente tras el precedente sentado por Cassie King...

Savannah se lo imaginó llevando a cabo aquella amenaza. y nadie creería su versión de la historia. Ni siquiera las revistas que pudieran querer publicarla.

Y eso sería el fin de su carrera. Un periodista que perdía credibilidad no valía nada.

Comprendió que no le quedaban muchas opciones pero quizá aún podía salvar algo del desastre.

-Muy bien, me quedaré y haré el papel lo mejor posible.

-Ya sabía que al final te avendrías a razones.

-Si me deja escribir su biografía autorizada. Toda la historia de su vida -añadió Savannah casi sin detenerse.

Él entrelazó los dedos y se quedó observándola.

-¿Y aún tienes las agallas de intentar negociar conmigo? Vas a representar esta farsa, y vas a hacerlo bien,

o te acusaré de allanamiento de morada, fraude y hurto.

-¡Eso es una canallada! Yo no he hecho nada de eso.

O por lo menos, no todo. Tenía que admitir que era culpable de allanamiento y quizá de fraude pero...

-¿Qué se supone que le he robado? -añadió para terminar.

-¿De verdad crees que eso importa? Ya se me ocurriría algo.

Todo lo que tenía que hacer era meter en su bolsa algún que otro objeto. Incluso el cuchillo y tenedor con que estaba desayunando valdrían: eran de plata de ley y tenían sus huellas dactilares.

Él se inclinó sobre ella y la tomó por los hombros. -Fue muy gracioso aquello que dijiste anoche sobre

mi venganza por no ser quien yo esperaba –reflexionó él.

-¿Qué lo hace tan gracioso?

El sonrió sobriamente.

-Recuerda esto, Savannah: aún no sabes lo que es una verdadera venganza. Pero lo vas a averiguar muy pronto.

CAPÍTULO 3

Dexter Caine se alejó en dirección al dormitorio, pero Savannah aún sentía la cálida presión de sus manos en los hombros largo rato después.

Se había quedado sentada a la mesa.

Lo que realmente le apetecía hacer era tumbarse y derramar unas cuantas lágrimas, pero estaba decidida a no hacerlo. En aquella ocasión en particular, sabía que lo único que le reportarían las lágrimas sería unos ojos hinchados y otro comentario sarcástico de Dexter Caine. Y aunque así consiguiera convencerlo de su sinceridad, cosa que dudaba mucho, no estaba dispuesta a darle la satisfacción de verla llorar.

Unos minutos después, apareció Robinson, tan silencioso como siempre, y empezó a limpiar la mesa.

-¿Quiere que retire su plato, señorita?

Savannah le echó una mirada a la tortilla que media hora antes le había parecido tan apetitosa.

-Sí, por favor. Creo que ya no voy a poder comer nada más. Pero si hay más café...

-Haré otra cafetera inmediatamente, señorita.

y salió de la habitación antes de que Savannah pudiera explicarle que, en realidad, no importaba, que sólo quería tener algo entre las manos.

Robinson pareció volver inmediatamente con una taza de café recién hecho.

-Tengo entendido que va a pasar usted cierto tiempo aquí, señorita Seabrooke -dijo el mayordomo, aclarándose la garganta.

Savannah no escuchó más que respeto en su voz, lo cual la sorprendió, ya que le había oído decir a Peter que¡ el mayordomo no estaba entre los pocos que conocían¡ los detalles del plan.

«Pues lo siento», pensó. Había accedido a representar su papel en público, pero no le había dicho nada de convencer también al mayordomo. En cualquier caso, seguro que Robinson había oído la discusión y ya lo había comprendido todo.

-Ha entendido usted bien. Cuánto tiempo, sin embargo, es algo que no sabemos -contestó ella con una nota de sarcasmo en la voz.

Él se inclinó levemente.

-¿Hay algo que esté en mi mano para hacer su estancia aquí más agradable?

«Un poco de veneno en la comida de tu jefe», estuvo a punto de decir ella. Pero no tenía sentido inmiscuir a Robinson en la batalla.

-Sí hay algo que me gustaría tener. Un dormitorio propio. Soy muy celosa de mi intimidad, ¿sabe?

Para sorpresa de Savannah, el mayordomo se sonrojó levemente.

-Disculpe, señorita, pero ése es su dormitorio.

Ella hizo un gesto de disgusto. Debía de haber pensado que había sido ella quien invitó a Dexter a pasar la noche allí. Aunque también sabía que habían dormido con la ropa puesta...

Savannah sabía que la gente acostumbrada a tener sirvientes no se solía preocupar de qué pudiesen ver u opinar estos. Pero ella no era así y no se sentía cómoda al pensar en lo que el mayordomo pudiese asumir que estaba ocurriendo allí.

-¿Ah, sí? -exclamó ella- Pues anoche su queridísimo señor Dexter me dijo que era el suyo.

Robinson casi tartamudeó:

-Bueno, puede que haya querido decir que era suyo, en el sentido de que toda la suite, de hecho, todo el hotel, es propiedad suya.

-No se moleste en intentar defenderlo, Robinson. No creo que necesite ayuda alguna. Su señor Caine es un charlatán con mucho encanto, ¿no? -le contestó Savannah con ironía- ¿Qué tal si me consigue un buen cerrojo? Y, ya que estamos en ello, me encantaría tener un sillón cómodo y buena luz para leer. Me temo que no voy a salir mucho de esa habitación.

Robinson había vuelto a adoptar su habitual expresión impenetrable.

-Sí, señorita.

-y soy una adicta a las noticias, o sea, que también me gustaría que me trajeran el periódico por la mañana.

-¿Alguna ciudad o edición en particular, o prefiere una selección?

Savannah lo miró, atónita, durante unos segundos y entonces recordó la taza de café. No estaba acostumbrada a las reacciones tan inmediatas a sus deseos. Tendría que pensar las cosas dos veces antes de expresar en

voz alta un deseo. Aunque sería muy interesante observar la reacción de Dexter si se despertase al día siguiente para encontrarse con el salón inundado de periódicos.

-Lo que te cause menos molestias, Robinson. Y con uno me bastará.

Entonces, vio a Dexter cruzar el salón hacia la puerta de salida y alzó la mano como una colegiala que pidiese permiso para levantarse.

-¡Vigilante! -le gritó- ¡Oiga, vigilante!

Dexter se aproximó y se quedó parado ante ella con los brazos en jarras.

-No estás presa, Savannah. Al menos por el momento -le dijo

haciéndole al tiempo un gesto a Robinson para que desapareciese.

Savannah sonrió con dulzura.

-Tendrá que perdonarme por la confusión, aún no entiendo bien cuál es mi situación.

-Me sorprendes. ¿Quieres hacerme creer que nunca has jugado un poquito sucio? ¿O es simplemente que jamás te han pillado con las manos en la masa?

Savannah prefirió pasar por alto aquel ataque.

-¿Sería posible que le permitiera a su prisionera, perdón, a su humilde huésped salir a buscar una tienda barata donde comprarse algunos artículos de lujo? Ya sabe, cosas del tipo de un cepillo de dientes, algo de ropa interior...

Ella observó una vez más y ella podría haber jurado que él reparó en cada arruga de su ropa.

-¿Qué llevas en esa bolsa?

-El ordenador portátil y material que usted consideraría subversivo, como información sobre los artículos que estoy escribiendo. Cuando salí ayer de casa no pensaba estar fuera durante... ¿Cuánto cree usted que durará esto?

Él sonrió levemente.

-Bueno, puedes decirle a tu jefe que te vas a tomar unas vacaciones.

Era evidente la satisfacción que asomaba a sus ojos al pensar que, además, le iba a hacer perder el empleo.

Savannah no vio ninguna razón para desilusionarlo Si le dejaba pensar que le estaba haciendo aquella faena

quizá no le hiciese alguna otra peor.

-Gracias -masculló ella.

-De nada. De todas formas, tienes razón en una cosa. Ella lo miró con asombro.

-Está usted de broma: no es posible que estemos de acuerdo en algo. Voy a apuntarlo en la agenda para que no se me olvide. ¿Qué es?

-No tendría que haber despedido a Peter. Le tendría que haber obligado a llevarte de compras como penitencia.

-Sabe -le dijo ella reflexivamente-, quizá debiera pensar qué pasaría si él hablase.

-No lo hará.

-¿Cómo puede estar tan seguro? No puede haberle pagado tan bien como para eso. Además, la lealtad comprada suele acabarse el día que se cobra el último cheque.

-Parece que ésa es tu ética, Savannah. ¿Tienes mucha experiencia

en cuanto a lealtades compradas?

Además, ¿por qué quieres que readmita a Peter?

-No es tenga ningún interés en particular, pero creo...

-¿Es porque crees que te podría ser útil? ¿Que te estaría agradecido por haberlo salvado del desempleo?

-Nada de eso. Es sólo que no quiero aparecer como la culpable si llama a algún periodista y se lo cuenta todo.

-No creo que sea Peter de quien tengo que preocuparme en ese aspecto. Eres muy astuta, ¿verdad?

-No lo suficiente, o no estaría aquí. Bueno, ¿qué se supone que voy a hacer respecto a la ropa? Ahora que lo pienso creo que voy a tener que llevar algo que no sean vaqueros si quiere que resulte convincente en el casino esta noche. ¿Qué te parece bien que me ponga? ¿Algo de tafetán rojo fuego con un escote hasta aquí? -dijo señalándose el ombligo.

Dexter no contestó.

-¡Robinson!

-¡Cielos! -murmuró Savannah- ¿No le parece que ya tiene bastante que hacer?

-Desde luego. ¿Por qué lo dices?

-Creía que lo iba a enviar para vigilarme.

-No, no. Robinson es estupendo, pero no valdría para ese trabajo -el mayordomo salió de la cocina con un delantal y Dexter añadió-. Me voy a llevar de compras a la señorita Seabrooke. Llama abajo, a la oficina, de mi parte y diles que cancelen todas las reuniones que tenga esta mañana porque ha surgido algo inevitable.

-¡Fantástico! -exclamó Savannah- Seguro que la secretaria piensa que no puedes ni levantarte de la cama.

Dexter alzó las cejas.

-Mi secretario es algo más listo. Pero si la gente con la que me iba a reunir esta mañana prefiere pensar otra cosa, mejor. ¿No te parece?

Savannah suspiró y fue a buscar las gafas de sol y la cartera.

Dexter llamó al montacargas con una llave y salieron del hotel por una salida en el sótano, cerca de la lavandería. El húmedo aire y el fuerte olor a detergente la hicieron estornudar y aún seguía haciéndolo cuando Dexter abrió la puerta de un todoterreno azul marino y la ayudó a subir al asiento del copiloto.

-¿No vamos en limusina? -consiguió decir ella entre estornudos- Me dejas atónita.

-Claro que no. La limusina va y viene de vez en cuando para despistar, por si alguien trata de vigilarme, pero apenas la uso. Y mientras tanto, hago lo que quiero porque nadie se va a fijar en mí si

llevo un coche como éste. Que es exactamente lo que deseo.

«El señor Caine aprecia mucho su intimidad», le había dicho el botones la noche anterior. ¿Había sido la noche anterior? Sí, y sin embargo, hubiera dicho que habían pasado un millón de años desde que la condujo a la suite. A Savannah no le hubiera sorprendido ver no sólo la limusina y el chofer, sino un equipo completo incluidos dos guardaespaldas y alguna secretaria.

Pero ahora que conocía un poco mejor la vida de aquel hombre, comprendía lo adecuado de la elección del vehículo. No era siquiera uno de los modelos caros y lujosos de todoterreno. Era el tipo de coche en que se puede confiar y además, cómodo.

No como el dueño, que no la hacía sentirse cómoda, ni parecía de confianza.

Savannah lo observó cautelosamente por el rabillo del ojo. Reconocía que conduciendo aquel coche no era probable que llamase la atención por la calle. Pero, ¿cómo se las arreglaba en los lugares cerrados? Era imposible no fijarse en él: parecía abarcar todo el espacio posible e imponer su presencia y voluntad ante cualquiera que estuviese bajo el mismo techo que él.

Quizá por eso procuraba no aparecer públicamente. En ese caso, el haber sido vista en un par de ocasiones con él convencería incluso a los más escépticos de que algo raro estaba ocurriendo y entonces, ella podría volver a Chicago y venderle el artículo a Brian tranquilamente.

Aunque la revista tendría que publicado con una firma falsa. Savannah ya se imaginaba cómo se pondría Dexter Caine cuando leyese ese artículo, incluso aunque no mencionase nada del plan.

-¿Por qué pones esa cara? -le preguntó él- ¿Es que estás preocupada por el periódico?

-¿Qué periódico? -le preguntó Savannah, antes de pararse a pensarlo.

-El periódico para el que trabajas. ¿Aún sigues en el Tribune?

-¿Para qué quiere saberlo?

-Simplemente he pensado que me vendría bien saber algo más de ti.

-No creo que vaya a enviar una nota de prensa. o sea ,que no sé para qué quiere saber más detalles. Si alguien le pilla sin saber qué contarle de mí siempre puede decir que está tan fascinado con mi cuerpo que no se ha interesado mucho por mi mente.

Se pararon en un semáforo y él aprovechó para mirarla. Tuvo mucho tiempo para hacerlo porque era un semáforo de los que duran mucho.

Savannah estuvo a punto de pedirle que pusiese el aire

acondicionado, que empezaba a hacer mucho calor. Entonces, se dio cuenta de que ya estaba en marcha y que el calor que sentía no tenía nada que ver con la temperatura en el interior del coche. ¡Maldita sea, no era justo que aquel hombre la afectase tanto! Claro que ella misma se lo había buscado.

-Ya está en verde -le indicó.

-Gracias. Si tu intención era fascinarme con tu cuerpo, empezaste muy bien anoche. ¿Falta mucho para la segunda parte del plan?

Savannah deseó haber contestado a su pregunta original. El cambio de conversación la había llevado hasta aquel embarazoso punto.

-Ya que estamos hablando de lo de anoche, Robinson me ha comentado que hay más de un dormitorio en la suite. Si resulta que quiere el que yo ocupé anoche no me importa mudarme al otro. Pero no pienso compartirlo -le dijo con firmeza.

Él tuvo la delicadeza de mostrarse ligeramente avergonzado.

-Tendría que habértelo dicho yo.

-Sí.

-A lo largo de los años, he descubierto que es mejor desvelar de antemano la información que finalmente va a salir a la luz igual. Sin embargo, no parecía que quisieras estar sola anoche.

Savannah no iba a darle la oportunidad de seguir por ese camino. Ella tenía todas las de perder.

Pero no era tan fácil detener a Dexter.

-De hecho me pareció que...

-Voy por libre -dijo ella rápidamente.

-¿Qué?

-Que ya no trabajo para ningún periódico. Les vendo artículos a varios, y también a algunas revistas.

Él sonrió, divertido con el cambio de tema.

-Te echaron, ¿eh?

-¡Nada de eso!

El le lanzó una mirada de incredulidad. Savannah se enfadó, pero entonces recordó que aquel tema era mejor que el que él había elegido.

-Mi último trabajo fijo fue como reportera de investigación -continuó ella- Un día me encontré husmeando en un vertedero ilegal de residuos químicos con la lluvia cayéndome encima a cántaros y comprendí que debía de haber una forma más fácil de ganarse la vida.

-¿ y la hay?

Savannah levantó la cabeza con dignidad.

-Por supuesto. Me va muy bien.

Pensó en el alquiler que no había pagado y se propuso llamar al

casero durante el fin de semana. Por suerte, vivía en un edificio pequeño, y no en bloque de pisos, y le había hecho muchos favores al casero últimamente. Seguro que Jack le daba un par de semanas más para pagar.

-En ese caso, no me voy a molestar en pagarte -murmuró Dexter-. ¿Para quién estabas trabajando cuando fuiste a intentar verme?

¿De verdad creía que se lo iba a contar?

-Aún no le he vendido la idea a nadie -le contestó ella, preparándose para otro comentario irónico.

Pero él estaba demasiado ocupado aparcando. Después, rodeó el coche para ayudarla a salir y la guió hacia una tienda.

Savannah le echó una mirada a la fachada y se detuvo súbitamente. No tenía ni nombre en el exterior y en el escaparate había un solo vestido. Un vestido de satén morado, de línea sencilla, que debía de valer, calculó Savannah, su sueldo de tres meses.

-Esto no es exactamente una tienda barata.

-Eres muy observadora, ¿no?

-No puedo permitirme comprar nada aquí.

-¿En serio? Creía que habías dicho que te iba muy bien.

Savannah le lanzó una mirada asesina.

-Es evidente que nuestros baremos son distintos. -¿No te había dicho que este trabajo tenía ciertas ventajas especiales?

-¿Eso quiere decir que va a pagar usted?

-¿No te parece obvio que el tipo de mujer por quien yo me interesaba no iba a comprar en tiendas baratas? Si te presentases vestida con esa clase de ropa...

-Supongo que tiene razón -le contestó Savannah-. Aunque eso le daría más credibilidad a la idea de que está perdidamente enamorado de mí. ¿Dónde compra usted la ropa?

-¿Todavía estás jugando a los periodistas? Ríndete, Savannah.

-No puede usted negarse a hablarme, ¿sabe? El silencio no le resultaría muy convincente al público ante el cual actuaremos. Y el tiempo es un tema que se agotará tras una o dos horas. ¿De qué vamos a hablar si no es de usted?

-Podríamos hablar de ti. Me gustaría saberlo todo sobre los vertederos de residuos químicos.

-Sí, seguro. No pienso decir una palabra más sobre mí a menos que reciba algo a cambio.

-Yo estoy perfectamente dispuesto a contarte cosas. Ya te he confiado que aborrezco las limusinas ostentosas.

-Ah. Muy emocionante.

Dexter rió.

-Y eso es todo hasta que aceptes considerar como privadas nuestras conversaciones.

Savannah se encogió de hombros.

-¿Acaso tengo elección?

-No me basta. Quiero un juramento. De hecho, creo que prefiero una declaración ante notario.

Abrió la puerta de la tienda y una mujer delgada de unos sesenta años se apresuró hacia ellos.

-Buenos días -le dijo- ¿En qué puedo servirle?

Entonces colocó discretamente el cartel de «cerrado» en la puerta.

-Viene mucho por aquí, ¿no?-murmuró Savannah mirando a Dexter.

Aquel fue el último momento de paz que tuvo hasta unas dos horas más tarde. Durante ese tiempo, la vistieron, llenaron de alfileres, y la hicieron desfilar hasta que ya no recordaba todas las prendas que se había probado. La dueña y sus ayudantes le hicieron enseñarle a Dexter cada cosa. Aunque él no mostró el menor interés en ningún caso. Savannah jamás había visto a un hombre aburrirse tanto.

Además debía de estar agotado, pensó ella. Después de todo, no había dormido mucho y era bastante temprano cuando había entrado Robinson...

Lo cual le recordó otras necesidades.

-¿Tienen pijamas también? -le preguntó a la dueña No me refiero a camisones o picardías, sólo quiero un pijama normal y una bata.

La anciana sonrió.

-Como no, señorita -le contestó mientras le mostraba un vestido más-o Veamos si este otro le gusta, ¿le

parece bien?

Savannah reparó en que la mujer no había pronunciado ni una sola vez el nombre de Dexter. ¿Trataría así

a todos los clientes o se tomaba aquellas molestias para proteger la intimidad de Dexter Caine?

-Creo que ya me he probado muchos. No necesito tantos, ¿sabe? Además, a él no parece gustarle nada de lo que ha visto hasta ahora. ¿Para qué vamos a molestamos en enseñarle más?

La dueña de la tienda rió y, de algún modo, el vestido entró por la cabeza de Savannah y fue ajustado rápidamente. Y ella hizo otro viaje a la sala para enseñárselo a Dexter.

-Está medio dormido -protestó al volver al probador y ver que estaban escogiendo otro traje.

Lo que Savannah no dijo, y no quería admitir ni siquiera ante sí misma, era que su mirada soñolienta la hacía sentirse como si

estuviera medio desnuda llevase lo que llevase.

Por fin la propietaria dijo:

-Creo que con esto hemos terminado, señorita Seabrooke.

-La verdad es que me ha dado mucho para elegir -dijo Savannah con un suspiro de alivio.

Le resultaba muy tentador llevárselo todo, pero eso hubiera sido como aceptar un pago por su parte, o sea, que se optó por lo mínimo.

-Me parece que me quedaré con el vestido fucsia y los zapatos a tono y los pantalones crema con el jersey a juego. Eso y el pijama y la bata. Ah, y un par de juegos de ropa interior. Algo sencillo, eso sí, que pueda llevarlo con cualquier cosa.

La anciana asintió.

-Perfecto -le dijo-. Se lo enviaremos todo, a menos que prefiera llevarse puesto el conjunto color crema.

Savannah dejó caer sus vaqueros.

-Buena idea -le contestó-. No sabe lo harta que estoy de llevar esta ropa. Después de dos días sin cambiarme... -se detuvo al darse cuenta de que estaba al punto de decir algo que no debía- En los aeropuertos al veces son muy descuidados con las maletas, ya sabe -añadió esperando que allí nadie supiera nada del avión privado de Dexter.

«Yo no he nacido para este tipo de intrigas», pensó

Estaba deseando volver a dedicarse a localizar incongruencias en las historias de otros en vez de tener que ser ella quien medía las palabras. ¿Cuándo llegaría ese momento? ¿En dos o tres días quizás?

No podía ser mucho más tiempo.

Savannah no habló mucho de vuelta al hotel, consciente de que aquella podía ser una de las pocas ocasiones que tendría de ver Las Vegas. Incluso a pleno sol, los casinos estaban profusamente iluminados y sus, letreros de neón resplandecían atrayendo a todo el que pasase ante ellos.

-No me esperaba que estuviera tan animado -dijo Savannah.

-Esto no es nada comparado con la noche.

-Ya me lo imagino -contestó ella lentamente-, pero pensaba que sería un sitio más normal a esta hora del día.

-Los que están de vacaciones no se preocupan de la hora que es. Y Las Vegas nunca se detiene. Constantemente está corriendo el dinero.

-¿Es eso lo que estuvo haciendo anoche, cerrar algún negocio? O sólo estuvo jugando a las tragaperras o algo así.

Dexter sonrió.

-¿Qué importa?

-No me va a contar nada, ¿verdad?

-Todavía estoy esperando esa declaración ante notario de que no vas a utilizar nada de lo que te cuente -la acompañó hasta la puerta de la suite y le abrió la puerta- Nos vemos esta noche. Me parece que vamos a cenar abajo también. ¿Podrás estar lista a las siete?

-Sólo me quedan ocho horas -le contestó Savannah-, pero creo que conseguiré estar arreglada para entonces.

En la suite reinaba el silencio, aparte del zumbido del aire acondicionado y un rumor que parecía llegar de la calle. No se veía a Robinson por ninguna parte y tenía todo el día para no hacer nada. Dexter no volvería hasta las siete.

Qué reacción tan tonta, pensó. Tenía el ordenador, y disponer de un día entero para trabajar sin interrupciones era un auténtico lujo. Estaba claro que no iba a recibir ninguna llamada.

Se encaminó al dormitorio para sacar el ordenador portátil de la bolsa. Le llevó unos segundos darse cuenta de que en un rincón de la habitación había algo nuevo: un mullido sillón tapizado a juego con la colcha, en plateado. Y junto a él, una lámpara de pie con una potente bombilla.

Se sentó en él y comprobó con alegría que era tan cómodo como parecía. Fue entonces a buscar a Robinson y lo encontró en la cocina probando la temperatura de la plancha con el dedo. En la tabla de planchar

había...

Ella lo miró con asombro.

-¿Qué haces?

-Estoy planchando el periódico, señorita.

-Eso ya lo veo. ¿Por qué? ¿Estaba arrugado?

-No, no. Es que el calor fija la tinta y así no se manchará los dedos.

-¿En serio? Eres un encanto. Ha sido un detalle estupendo que me consiguieras el sillón y la lámpara tan rápido. Te daría un abrazo, pero me da miedo ofender tu dignidad.

Savannah contempló fascinada cómo el mayordomo se sonrojaba y daba un paso atrás, como temiendo que fuese a abrazarlo igual.

-Sólo he hecho lo que usted deseaba, señorita.

-Ya. Eres una especie de genio que consigue cualquier cosa.

El se relajó lo suficiente como para sonreír.

-No tanto, aunque el señor Caine dice a veces... –le dijo deteniéndose discretamente- Claro que no debo hablar de él.

Savannah se apoyó en la mesa y cruzó los brazos.

-No estás hablando de él -lo corrigió-. Estás hablando de ti. ¿Qué dice?

-Ha sido tan amable de comentarme que; ocasionalmente, consigo

cosas que él consideraba imposibles.

-¿Cómo...?

-Cosas muy poco interesantes, me temo. Por ejemplo convencer a un electricista irlandés de que la instalación eléctrica de su mansión en Cork sea americana para que el señor Caine pueda utilizar el equipo electrónico que quiera sin problema cuando esté allí.

-¿Tiene una mansión en Irlanda?

-Sí, señorita. Pero pequeña, debo decir.

-Quieres decir que no tiene su propio mayordomo. Fue obvio que a él no se le escapó la ironía implícita en sus palabras.

-El señor Caine ha decidido tener un solo mayordomo.

-Eso te dará mucho trabajo.

-Me halaga el que haya depositado en mí su confianza. Cada casa tiene sus propios sirvientes, sin embargo, que se ocupan de ella cuando yo no estoy presente.

-Claro -murmuró Savannah.

-En los hoteles es distinto porque hay mucho más personal auxiliar disponible.

-Muy sensato.

-Pero yo considero que mi labor es muy simple. Me ocupo de satisfacer los deseos del señor Caine. Y de sus invitados, por supuesto.

Sonaba muy simple, pero Savannah sospechó que casi nunca debía de serio.

-Me siento abrumada. Si empiezo a excederme con mis deseos me lo harás saber, ¿verdad?

Robinson se permitió esbozar una leve sonrisa.

-Lo dudo mucho, señorita -contestó doblando el periódico y ofreciéndoselo con una inclinación de cabeza- Ya que tiene un momento, ¿me permite preguntarle si hay algo que particular que le gustaría comer?

Savannah pasó un dedo deliberadamente por la cabecera del periódico y luego lo observó. No había ni rastro de tinta.

-A ver... Algo exótico, para que vea tu varita mágica en acción.

-Me temo que si es demasiado exótico simplemente llamaré a un restaurante para que me lo traigan.

-¡Qué desilusión! Mira, pon un par de lonchas de queso entre dos rebanadas y pan y plánchalo todo.

El mayordomo casi perdió la compostura.

-¿Cómo?

-¿No conoces la manera rápida de hacer un sandwich tostado de queso? No entiendo cómo no lo has descubierto, con lo bueno que eres con la plancha. En la universidad, todas las chicas de la residencia lo

sabían.

-Sí, señorita -dijo él débilmente.

Savannah le dedicó una amistosa sonrisa y volvió al dormitorio a por el ordenador. Sería muy interesante ver qué le presentaba a la hora de la comida, pensó.

Un poco después, Robinson llamó a la puerta y cuando Savannah le dio permiso para pasar, entró con una pila de cajas de vestido en los brazos.

Savannah, que estaba repasando un artículo sobre los orfanatos que acababa de escribir, se quitó las gafas de leer y lo miró atentamente.

-¿Qué es todo eso?

-El envío de la boutique, señorita.

-Pero yo no he comprado todo eso.

-Parece ser que el señor Caine sí. Al menos, ha firmado la factura.

Acto seguido volvió al salón para entrar de nuevo con más cajas.

Savannah no sabía qué decir. Hubiera jurado que Dexter no mostraba el menor interés en lo que se probaba. ¿Aquello lo habría elegido él, o la dueña de la tienda? Asombrada, empezó a abrir cajas.

La ropa que ella había escogido estaba allí. Pero también había una docena más de vestidos y un guardarropa completo de faldas y pantalones y jerseys y blusas y ropa interior y zapatos...

Desempaquetarlo todo fue como hacer realidad los, sueños de una niña que juega a disfrazarse. Hasta que se quedó sentada entre aquel mar de hermosas telas con las manos en las sienes.

¿ Cuánta ropa consideraba Dexter Caine que iba a necesitar? Y lo que era más importante, ¿cuánto tiempo creía que iba a durar aquella mascarada?

CAPÍTULO 4

Savanah estaba justo terminando de hacerse un elegante moño italiano cuando Robinson llamó a la puerta del dormitorio.

-El señor Caine la espera, señorita. .

Ella miró el reloj.

-El señor Caine llega demasiado temprano –señaló. Dile que sólo tardaré un minuto. ¿Has encontrado la cinta que te he pedido?

-No, señorita, lo siento.

Lo dijo como si admitir aquel fracaso fuese más de lo que podía soportar.

Savannah se colocó la última horquilla y se miró en el espejo. El vestido fucsia le quedaba como un guante y los zapatos a juego la hacían sentirse diez centímetros más alta y muy elegante. Los pendientes de perla que llevaba desde que salió de Chicago eran demasiada poca cosa para igualar la elegancia del vestido pero, ¿qué iba a hacer? Eran las únicas joyas que tenía a mano. Era una pena que no tuviese allí su collar de oro. Bueno, no era de oro de verdad, pero eso no se notaba más que de cerca, y hubiera lucido mucho en el escote en forma de corazón de aquel vestido.

Por supuesto, no acostumbraba a llevarse a todas partes las joyas. Cuando, media hora antes, se había dado cuenta de lo desnudo que parecía el escote sin ningún adorno, había llamado a Robinson esperando que él pudiese conseguirle una cinta de terciopelo fucsia para ponérsela en el cuello. Se las había arreglado para conseguir el maquillaje, pero eso había sido dos horas antes.

Probablemente, no debería haber especificado que la cinta debía ser fucsia, pensó. El negro también hubiera quedado bien y hubiera sido mucho más fácil de encontrar. Pero ya era demasiado tarde.

Savannah tomó el bolsito de la misma tela que el vestido y se retocó el pelo por última vez. Le temblaban un poco las manos y tenía una sensación rara en la boca del estómago.

«Plantéatelo como una cita a ciegas, pensó, y todo irá bien». La imagen de Dexter como un hombre con el que no le apetecía especialmente estar, pero al que tenía que impresionar como fuese la ayudó a calmar los nervios.

Dexter estaba en el salón leyendo el periódico que ella había dejado allí. El rumor del vestido de seda en el silencio reinante en la habitación lo hizo levantar los ojos y a Savannah casi se le abrió la boca al vedo por primera vez vestido de gala.

Antes ni siquiera lo había visto en fotos con esmoquin y se preguntó por qué los fotógrafos nunca se las habrían arreglado para

captarlo así. El blanco y negro hacían resaltar su oscuro cabello y su bronceada piel y hacían parecer sus ojos aún más grandes. Estaba guapísimo.

¿Qué pensaría él de ella?, se preguntó Savannah.

Aquella mañana en la boutique, se había sentido expuesta, a pesar de la expresión aburrida de él. Pero eso no era nada comparado con aquel otro momento. Hasta entonces, no había reparado en lo bajo que era el escote o en cómo la falda le marcaba las caderas. Cada célula de su cuerpo parecía arder bajo su mirada escrutadora.

«Esto es ridículo», se dijo Savannah. No había nada ni remotamente sensual en la forma en que la estudiaba. Sólo una imaginación desbocada hubiera descubierto en sus ojos otra cosa que no fuera una calmada evaluación.

Sin embargo, aquellos oscuros ojos paseándose de su rubio pelo hasta sus pies la dejaron en un estado que no era exactamente de calma.

Era lógico que la observase. Quería asegurarse de que todo estaba en orden y de que no iba a colocarlo en una situación embarazosa ante un numeroso e interesado público. Si el moño se le caía. o tenía un trozo de papel pegado a la suela del zapato era mejor descubrirlo ahora que abajo en el casino. No podía culparlo por mirarla de aquella manera.

Lo absurdo era la reacción de ella. Era su viva imaginación la que le decía que la mirada de él se había detenido en la base de su cuello, donde el pulso se le aceleraba cada vez más.

¿Qué estaría pensando? ¿Qué iría a decir? Entonces, Dexter apartó el periódico, se puso en pie y dijo calma:

-Servirás. Sabía que servirías para esto.

Tenía razón, pensó Savannah. Aquella inspección no significaba nada. Lo cual era mejor, porque las cosas podrían haberse puesto difíciles si Dexter se hubiera sentido atraído por ella. En ese caso... Bueno, mejor no pensado.

Aun así tenía una sensación que no lograba identificar. No podía estar decepcionada, ¿no? Estaba siendo muy estúpida y lo que tenía que hacer era controlar su imaginación.

-Bien -dijo con acritud-, no me gustaría nada que me enviase de vuelta a Chicago esta noche. Dexter sonrió y en sus ojos apareció un brillo como de ámbar.

-Para serte franco no me hubiera sorprendido mucho que hubieras intentado precisamente eso.

-¿Y perder esta estupenda oportunidad? No creo que me hubiera beneficiado en nada.

-Tienes razón. No te hubiera beneficiado.

-He decidido tratar de disfrutar de estas improvisadas vacaciones, señor Caine.

-Es una forma interesante de llamarlo. Por cierto, ¿no crees que deberías empezar a llamarme por mi nombre?

-En realidad, había pensado saltarme ese paso -le contestó Savannah extendiendo la mano como para que se la besase- Otros apelativos te van mucho mejor, querido.

-Ten cuidado con no exagerar, Savannah -le dijo al tiempo que le enseñaba una caja que había permanecido casi escondida bajo el periódico-. Ésta es la razón de que Robinson no te haya traído la cinta.

-y yo que creía que estaba disgustado porque no le gusta admitir la derrota...

Él levantó la tapa de la caja y la volvió para enseñarle el contenido. La luz se reflejó e hizo destellar un collar de brillantísimas piedras que se asemejaba a una cuerda retorcida.

-No empieces a imaginarte cosas -le dijo Dexter con frialdad- Lo he tomado prestado de la joyería de abajo y mañana volverá a su sitio.

Ella no quería ni tocarlo.

-Espero que hayas contratado un guardaespaldas como complemento.

-Claro que no. Si el collar desaparece, no tendré ninguna dificultad en probar que eres una ladrona y entonces,- todos mis problemas habrán terminado.

El tomó el collar del azul interior de la caja.

El oro estaba frío y los diamantes casi le arañaban la piel. Al sentir aquel peso en el cuello y pensar en el valor del collar, a Savannah le bajó un escalofrío por la espalda. O... ¿No sería aquella la reacción al roce de los dedos de Dexter en la nuca?

-Pero aún tendrías que solucionar lo de Cassie King -le dijo ella.

-Sí.

Le quitó entonces uno de los pendientes de perla para colocar en su lugar un enorme diamante. Savannah lo vio de reojo: era tan grande como una de sus uñas.

-¿No te resultaría más fácil hablar con ella y ya está? Dile que se deje de tonterías en vez de montar todo este número.

Él tomó el otro pendiente.

-¿Es que crees que no lo he intentado ya? Pero Cassie puede llegar a ser muy obtusa.

-Queda la posibilidad de que Cassie sea una excusa y que tu verdadero objetivo sea burlarte de los medios de comunicación para vengarte -murmuró Savannah.

-No estarás pensando que iba a admitir esa teoría ante ti. En cualquier caso, si estás pensando en llamar a Cassie para contarle todo el plan, olvídate. Acaba de empezar una gira.

-¿Ah, sí? ¿Y por eso tienes tanta prisa en llevar a cabo el plan, porque ahora está desprevenida?

-¿Quién ha dicho que tenga prisa alguna?

-Vamos, Dexter... -se apretó los pendientes hasta que le dolieron los lóbulos. Así si alguno se le caía, lo sabría inmediatamente- Estabas dispuesto incluso a aceptar una sustituta en vez de esperar a que la persona que habías escogido estuviese disponible.

-¿ y no ves lo bien que está saliendo? No cualquier mujer sería tan capaz de entretenerse mientras yo trabajo, pero tú no dejas de maquinar cosas ni un minuto, ¿no?

Ella lo observó con cautela. Si él tuviera la menor idea de lo que se le pasaba por la cabeza en aquel momento...

-Aunque -murmuró Dexter- a veces, tu mente avanza por caminos inescrutables. En caso de que estés pensando en sabotear nuestra velada de hoy, no te lo recomiendo.

Ella respiró con alivio.

-No es necesario que me amenaces. Ya me has dejado muy claro esta mañana lo que pasaría si no me comportaba bien.

-Me alegro.

-Además, no se me ocurriría irme antes de tiempo -le dijo con una sonrisa de oreja a oreja- No te olvides de que estoy esperando a poder escribir esa biografía autorizada.

Él le ofreció el brazo.

-y yo estoy esperando esa declaración ante notario.

-¡Qué bien nos entendemos! -murmuró Savannah, tomándole el brazo. Por tocarlo tampoco iba a electrocutarse- ¿Verdad, cariño?

-Perfectamente.

Cruzaron el pequeño descansillo para tomar el ascensor. Aunque el reflejo en las puertas de bronce era difuso se advertía el brillo del collar.

«Supongo que acabas por acostumbrarte a esta vida», pensó Savannah preguntándose de nuevo cuánto tiempo tendría que representar el papel.

-Ah, bajamos en el ascensor y no en el montacargas... --exclamó al tiempo que las puertas se abrían- Por supuesto, es una ocasión especial.

-Estamos celebrando... ¿Tú qué dirías? -le preguntó Dexter mientras bajaban.

Savannah reflexionó.

-¿Que hace un mes que nos conocimos?

-Suena bien. Si dijéramos que fue hace más tiempo la gente se preguntaría por qué no se nos ha visto juntos antes.

-¿Es así como mantienes todas tus relaciones en el anonimato? -le preguntó Savannah inocentemente ¿Limitándolas a treinta días?

Dexter frunció el ceño.

-En absoluto -murmuró-. Lo consigo no haciendo cosas como ésta.

La rodeó con un brazo duro como el acero y Savannah dedujo que debía de hacer pesas en el último segundo de conciencia antes de que él la besase.

y en el instante en que sus labios se encontraron, Savannah tuvo la sensación de que las rodillas se le disolvían. El también debió de notarlo porque era su abrazo lo que la mantenía en pie.

No fue un beso brutal ni insensible, pero sí fue inclemente. La dejó sin aliento, sin poder moverse, sin voluntad. El corazón pareció darle un salto, pero entonces se dio cuenta de que no era el pánico que sentía sino el salto del ascensor al pararse. Ella murmuró algo en los labios de él, una protesta, pero él no la soltó. Lo único que hizo fue limpiarla con el pañuelo la comisura de los labios. A Savannah le asombró que el contacto de su dedo recubierto de aquella tela fuese casi tan íntimo como el beso había sido.

-Te he estropeado el lápiz de labios -susurró-. Y ahora, lo voy a arreglar para que no tengas que ir a hacerlo tú, porque no quiero que te separes de mí ni un momento.

Entonces percibió un movimiento en el exterior del ascensor y comprendió que tenían público, un público fascinado a juzgar por la cantidad de bocas medio abiertas.

Él siguió la dirección de su mirada.

-Lo siento, cariño -dijo en un susurro calculado para que lo oyese la gente-, ya se lo poco que te gustan las escenas en público. Es que no he podido resistirme.

¿Qué se suponía que debía contestar a aquello? ¿Y por qué se distraía pensando en cómo sería cuando besara de verdad, y no estuviera actuando?

-Estamos bloqueando el ascensor.

-Es mi ascensor y haré con él lo que quiera.

Aquello podía haber sonado a niño mimado de no ser porque su voz estaba cargada de deseo. Al menos, eso parecía. Y no cabía duda de que el público que los observaba había quedado convencido. Savannah cerró los ojos, frustrada.

En silencio se dirigieron hacia el comedor a través del vestíbulo. Durante todo el camino, Dexter jugueteó con el pañuelo, sin prestar

ninguna atención a la gente que los observaba.

Al llegar a la entrada se les acercó el maitre para recibirlos. Savannah pensó que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

-¿Su mesa de siempre, señor Caine?

Dexter ni siquiera lo miraba. Seguía observando a Savannah con lo que parecía pasión.

-No -contestó como ausente- Esta noche prefiero algo con una vista mejor. A la señorita le gusta mirar a la gente.

-Gracias por informarme sobre mis particularidades -murmuró Savannah, siguiendo al maitre.

Dexter iba un par de pasos más atrás y ella casi podía sentir su mirada en la espalda.

El maitre se paró junto a una mesa pequeña en el centro exacto de la sala y apartó una silla. De repente, Dexter estaba de nuevo junto a ella, sujetando la silla él mismo e indicándole al otro hombre que se fuese.

Savannah sintió que debía de haber cientos de mujeres allí y que todas la estarían mirando. Él le rozó los hombros levemente antes de dar la vuelta a la mesa y tomar asiento frente a ella.

Savannah tomó la servilleta. Pensó que podría ponérsela por encima de la cabeza, se escabulliría y empezaría a andar hasta llegar a Chicago. Pero no le cabía duda de que Dexter llevaría a cabo sus amenazas. Echarse atrás no era su estilo.

Miró a su alrededor y reparó en que las mesas estaban cuidadosamente dispuestas: con la necesaria distancia entre ellas para que una conversación normal no se escuchase de una a otra. Aquello era una bendición. Le echó una sonrisa de oreja a oreja a Dexter y le preguntó:

-Dime, ¿qué es lo que has intentado demostrar haciendo eso en el ascensor?

-Era una demostración de cómo no evitar ser el centro de atención.

-Bueno, pues no quiero que haya ninguna demostración más. ¡Nunca más!

-¿No te ha gustado? Supongo que tienes derecho a que no te guste, claro. Pero ha sido muy efectivo, ¿no crees?

Savannah no prestó atención a su comentario.

-Si es que alguna vez tienes que volver a hacer eso...

-¿Quieres decir besarte? -dijo Dexter, intentando ayudar- Puedes decido con todas las letras, Savannah. No me voy a escandalizar.

-Quiero que me avises con tiempo y que tengas más cuidado. Me has hecho cardenales con ese trato de troglodita.

El se acercó hasta que sus ojos, que súbitamente parecieron más

oscuros y sinceros, estuvieron a pocos centímetros de los de ella y luego, se centraron en sus labios.

La tenía sujeta por la barbilla y Savannah intentó retirar la cara. Pero no pudo. Creía que estaba dispuesto a besarla otra vez.

-Yo no veo ningún cardenal -murmuró Dexter, soltándole la barbilla y acariciándole el cuello con la yema de los dedos. _

-Ahí no -le dijo ella con la voz rara- Estaba a punto de decirte que me siento como si tuviera las costillas rotas.

-Ah, eso no puedo comprobado aquí -dijo tomándole la mano entre las suyas. Entonces empezó a acariciársela con un ritmo hipnótico mientras la miraba a los ojos y Savannah se sintió algo mareada- ¡Ah, Raoul! ¿Ya estás de vuelta en tu puesto?

-Sí, señor -le contestó el camarero que había aparecido como por encantamiento- Pero he faltado seis semanas, ¿sabe?

-¿Tanto tiempo? No lo digo porque no te haya echado de menos, claro. ¿Cómo está tu niña?

-La terapeuta ha dicho que se recuperará sin problemas. Señor...

-Me alegro de oírlo -Dexter se volvió entonces hacia Savannah-. A la hija de Raoul la atropelló un coche. Por suerte, aquí hay un estupendo centro de rehabilitación y tenían una cama libre, o sea, que está recibiendo la mejor atención posible.

-Señor, quería decirle... -empezó el camarero.

-Creo que la señora tiene hambre, Raoul –murmuró Dexter-. ¿Qué nos recomiendas?

Raoul dejó escapar un pequeño suspiro.

-Como quiera, señor. El chef ha preparado un excelente pato esta noche -murmuró-. Y también un venado digno de un premio. Pero si la señora prefiere marisco u otra cosa como plato principal...

Savannah sólo sabía dos cosas: no tenía idea de qué elegir y además, no veía la carta por ninguna parte. Miró a Dexter en busca de ayuda.

-Elige tú -y como aquello había sonado muy seco añadió enseguida- Siempre consigues complacerme, cariño.

Dexter sonrió, seguro, y le contestó:

-Hago todo lo que puedo... en todos los aspectos.

A Savannah no le sorprendió aquel juego de palabras. Era tan obvio que él debía de haber pensado que ella le había dado pie a propósito. Aun así, no pudo evitar la sensación de que hacía demasiado calor en aquella sala.

-Vamos a tomar el pato, y la cesta de huevos de codorniz y gambas para empezar. Y probablemente, fresas al Cointreau al final -dijo él, dirigiéndose al camarero.

Los curiosos ojos del camarero estaban fijos en Savannah.

-¿Querrá champán con las fresas, señor?

-Por supuesto. Es lo único que se puede tomar en una celebración.

-¿ y en cuanto a los otro vinos?

-El encargado del vino sabe lo que me gusta, que elija él-dijo con un gesto de aburrimiento.

-Eso haré, señor.

-Gracias, Raoul, eres estupendo.

Él empezó a acariciar de nuevo la mano de Savannah, pero ella la apartó para tomar la copa de agua.

-¿Qué es lo que pasaba? -le preguntó.

-¿A qué te refieres?

-A lo de Raoul y su hija. Era evidente que quería decirte algo.

-¿Ah, sí? No tengo ni la menor idea de qué podía ser. Tendré que preguntárselo otro día.

Era la primera vez que Savannah lo veía sentirse un poquito incómodo. Sería interesante averiguar por qué el centro de rehabilitación había tenido una cama libre justo en el momento que la necesitaban. Pero estaba segurísima de que Dexter no iba a contárselo, o sea que cambió de tema.

-¿No sabes de vinos?

-Sé bastante, pero he descubierto que es un error pedir alguno en particular, al menos en los restaurantes que frecuento.

-¿Por qué? -preguntó Savannah, frunciendo el ceño.

-El encargado del vino siempre sabe qué es lo mejor que tienen, lo cuál puede no ser obvio a la vista de la carta. A menudo los mejores ni siquiera están en la carta.

-¿ y para qué iban a hacer eso?

-Porque los acaban de comprar, o ha comprado muy pocas botellas, o le quedan pocas de alguna cosecha especialmente buena y las está reservando para los clientes especiales...

En cualquier caso, he descubierto que es mejor ponerme en sus manos. Después de asegurarme de que sepa que yo soy uno de esos clientes especiales, por supuesto.

El encargado del vino apareció y escanció un poco de vino blanco en la copa de Dexter.

Éste hizo girar la copa, aspiró el aroma, dio un sorbo y asintió con la cabeza.

-Muy bueno -añadió Dexter.

-Es uno de mis favoritos, señor -dijo el otro hombre al tiempo que les llenaba las copas para esfumarse después.

-¿ Ves? -le dijo Dexter a Savannah- Sin más complicaciones que

una interrupción de un segundo en vez de una conferencia sobre el bouquet y el aroma.

-Creía que eran lo mismo.

-No le digas eso o lo tendremos aquí toda la noche-dijo levantando la copa en dirección a Savannah-. ¿Brindamos por el maravilloso mes pasado?

«Estoy completamente de acuerdo», pensó Savannah. Casi todo el mes pasado había estado muy bien. Hasta hacía un par de días, de hecho.

-y por otro maravilloso que está al llegar –musitó añadiendo a media voz-, pronto, espero.

Dexter rió.

-Creía que te habías resignado a quedarte. Ya sabes, por la biografía.

-Resignarse no es la expresión que yo usaría. Es simplemente que tengo que hacer ciertos planes. ¿Cuánto

tiempo calculas que tendré para reunir el material?

-No tengo ni idea -dijo él, encogiéndose de hombros.

-Vamos, debes de saber más o menos cuánto va a durar esto. Me has comprado más ropa de la que he

tenido en toda mi vida.

-¿Cómo sabes que no me la han prestado solamente?

-Porque Robinson me ha dicho que has firmado la factura. A menos que hayas tenido la brillante idea de devolver lo que no use. No está mal: compras más de lo que necesitas y devuelves lo que no utilizas.

-No me gusta perder el tiempo repitiendo las visitas-le explicó él- Aun así creo que lo vas a usar todo.

Savannah tragó saliva.

-¿Todo?

-No creerás que una mujer en la que yo esté interesado va a repetir vestido, ¿no?

Si lo decía en serio, que podía no ser el caso, eran buenas noticias. Sin embargo, al repasar mentalmente toda la ropa que tenía colgada en el armario se dio cuenta de que, incluso así, tenía para tres semanas.

-¿Qué ocurre, Savannah? -le preguntó él amablemente- ¿No te interesa la biografía tanto como pensabas?

Ella le sonrió.

-La verdad es que estoy deseando empezar la investigación.

-¿En serio? -su voz le recordó el tacto del pañuelo de seda en los labios, suave y acariciadora, aunque con un peligro oculto- Quizá

debería saber, entonces, qué clase de investigación tienes en mente..

-No la clase que tú estás pensando -le contestó ella con una sequedad que lo hizo reír.

Savannah se enojó consigo misma. ¿Cuándo iba a dejar de morder el anzuelo?

Aprovechó aquel momento para observar el elegante y clásico comedor lleno de columnas y plantas y reflexionar sobre la competición entre los distintos casinos y hoteles en Las Vegas. Cada año se abría uno nuevo, más exótico y extravagante que los otros para atraer a los clientes.

¿Cómo se las arreglaría un hotel para sobrevivir allí?¿Por qué habría comprado Dexter Caine aquel?

-¿Cómo es que este hotel llegó a tus manos?

-¿Esa pregunta es parte de la investigación, Savannah?

-Se dice que lo ganaste jugando a la ruleta.

El camarero depositó ante ella un plato de porcelana.En él había tres círculos de hoja verde que contenían un diminuto huevo cocido, varias gambas en salsa y algo que sólo podía ser caviar.

«Yo no estoy hecha para esto», pensó Savannah. Nunca había probado el caviar y no sentía ningún deseo de hacerlo.

Dexter untó en un tostada un poco de caviar.

-¿De verdad? No sabía nada de eso.

No había dicho ni que sí ni que no. Savannah insistió, sobre todo porque no tenía nada mejor que hacer.

-¿Qué vas a hacer con él? Es una propiedad que no cuadra contigo.

-Si ésta te parece rara, deberías ver mis otras inversiones.

-Me encantaría. ¿Es eso una invitación para, visitar las todas?

-No seas tonta, Savannah. Sigue, tú lógica me parece fascinante.

-No cabe duda de que es una propiedad de primera línea. Aunque el hotel tiene más de cuarenta años, está...

-¿Sí?

-En un terreno que vale su peso en oro. Vas a demoler el hotel y vas a construir un complejo turístico, ¿no?

-Baja la voz, cariño -le dijo él con suavidad- No quiero que todos los camareros piensen que se van a quedar sin trabajo de la noche a la mañana. Sería una forma muy vulgar de darles la noticia.

-Entonces, ¿tengo razón? -le preguntó ella con los ojos brillantes- ¿Qué vas a construir en su lugar, Dexter?

-No te voy a arruinar la diversión diciéndotelo. Adivínalo.

-Tendrá que ser algo verdaderamente exótico y que llame la atención. ¿Un templo griego? ¿O una recreación de los jardines

colgantes de Babilonia? ¿O quizás la isla de King Kong? Sea lo que sea, será algo de otro mundo.

-¿Cómo lo has adivinado?

Savannah se quedó desorientada. «¿Qué se me habrá escapado?», pensó. Dexter la miraba con una cara de sinceridad absoluta.

-De otro mundo -repitió ella despacio- ¿Quieres decir una estación espacial, o algo así?

-No, no. Lo pensamos, pero el problema de simular la gravedad cero era demasiado complicado para los ingenieros.

-Entonces, ¿qué? ¿La luna?

-Marte. ¿No te parece emocionante? Los clientes podrán circular por los canales...

-Marte no tiene canales. 0, al menos, no de agua.

Dexter se encogió de hombros.

-¿He dicho que fuésemos a utilizar agua?

-Ya, y al bar principal lo vas a llamar el Espacio Exterior. Maldita sea, Dexter, me estás tomando el pelo, ¿no? .

-Bueno, sí -le contestó él con sobriedad- Pero te lo has buscado. ¿Siempre te entregas así en tu trabajo?

Savannah aún tenía el orgullo herido por haberle creído siquiera un instante.

-¿Por qué quieres saberlo? -gruñó.

-Por hablar de algo.

-Eso no es justo. Tú puedes preguntarme lo que quieras y yo a ti no.

El sonrió.

-Preguntar sí puedes. ¿Para qué revistas o periódicos trabajas normalmente?

-¿Lo preguntas por curiosidad o buscas la manera de conseguir que me echen?

-Creía que si trabajabas por libre no te podían echar.

Savannah lo dejó pasar. En aquel instante, apareció el camarero con el pato. Las lonchas estaban cuidadosamente dispuestas a modo de abanico junto a la guarnición de verduras tiernas. Tenía un aspecto delicioso, pero ella había perdido el apetito.

-Sabes -le dijo pensativamente a Dexter-, Robinson tiene talento.

-¿Perdón? -contestó él, alzando las cejas.

-Me ha hecho un glorioso sandwich de queso para comer -dijo Savannah, mientras removía la comida en el plato-. Estoy segura de que esto es estupendo, pero ante la perspectiva de comerme un patito asado estoy considerando hacerme vegetariana.

-Atención -le advirtió Dexter en voz baja. Cámara a la izquierda.

Ella no levantó la cabeza.

-Han tenido bastante tiempo, ¿por qué tienen que aparecer justo cuando empezamos a comer?

-Sospecho que porque así nos podrán sacar más desfavorecidos en las fotos.

Ella pinchó un guisante y se lo ofreció a él.

-¿Quieres que les demos algo mejor que fotografiar?

-¿Por qué no? -le dijo él, acariciándole la muñeca al tiempo que acercaba la boca al tenedor.

-Eso me recuerda que nunca te he visto con esmoquin en ninguna de esas revistas.

-Las lees mucho, ¿eh?

«Vas a tener que medir tus palabras», se recordó Savannah a sí misma.

-¿Tienes idea de cómo evitar verlas? Siempre las tienen junto a la caja en el supermercado.

-No vayas al supermercado.

-Para ti es muy sencillo: tienes a Robinson.

-Anda, come -le dijo mientras rebuscaba entre las verduras de su plato-. ¿Te gusta el pimiento rojo?

-No tanto como para comerme el tuyo además del mío -dijo ella, mientras probaba el pato- No me has contestado a la pregunta de antes. ¿Por qué prefieren sacarte mal en las fotos?

-Porque concuerda con la imagen que quieren dar de mí. Con un esmoquin les parezco demasiado sofisticado y prefieren presentarme como alguien misterioso, oscuro y difícil. Lo de salir frunciendo el ceño lo hago yo adrede. Me divierte. Pero esta noche es una excepción, claro.

La forma en que sonrió hizo que a Savannah se le contrajesen los dedos de los pies. La miraba como si fuese la mujer más fascinante del mundo.

-Savannah, si no quieres comerte el pato...

-De hecho no quiero comer nada. No me apetece salir masticando en la portada del Informant la semana que viene -por el rabillo del ojo vio que el fotógrafo se acercaba más y se acercó, mimosa, a Dexter-. Además, tu compañía es el único alimento que necesito.

Dexter disimuló la risa tomando la mano de ella y llevándosela a los labios. Su respiración le hizo cosquillas en la muñeca y Savannah notó que le subía un escalofrío por el brazo.

El fotógrafo llevaba la cámara en la mano y no les enfocaba directamente a la cara aún. Se detuvo cerca de la mesa. Pero fuera de su alcance. Era un experto, pensó Savannah: no les metía la cámara en

las narices y era muy prudente al mantenerse a cierta distancia, sobre todo, con un personaje tan fuerte y enérgico como Dexter Caine.

Su tono era tan suave que resultaba casi untuoso.

-Estoy seguro de que le gustaría disfrutar de cierta intimidad esta noche, señor Caine.

Dexter lo miró como si acabara de salir de una alcantarilla y aún estuviera cubierto de lodo.

-Tiene usted razón -le dijo con frialdad- Y si no se va inmediatamente...

El fotógrafo sonrió con astucia.

-Estaría encantando de dejarles solos si tuviera la amabilidad de darme cierta información a cambio.

-¿Cuál?

-El nombre de la dama.

Dexter soltó la mano de Savannah con fingida desgana y se apartó un poco de la mesa empujando la silla.

Savannah vio al fotógrafo tragar saliva y dar un discreto paso atrás. No le hubiera sorprendido que hubiera echado a correr directamente.

Pero Dexter no se puso en pie. Levantó la mano y el maitre y otros tres camareros que se estaban acercando se detuvieron justo detrás del fotógrafo.

-Supongo que eso es relativamente razonable -murmuró Dexter-. Muy bien. Su nombre es...

Dirigió los ojos a ella y la dulzura que asomaba a ellos la hizo sentir un nudo en el estómago, aunque sabía que era fingida. Dexter la tomó de nuevo de la mano y dijo suavemente:

-Llámela simplemente señora Caine.

CAPÍTULO 5

La mano de Dexter apretó con más fuerza la de Savannah, aunque la advertencia era innecesaria porque ella no podía ni moverse del asombro.

¡y pensar, se dijo ésta, que un rato antes había considerado la idea de salir de allí tapándose la cara con la servilleta! ¿Y total por qué? Aquello no era nada comparado con la vergüenza que estaba pasando con aquel nuevo disparate. ¿Qué le habría pasado por la cabeza para hacerle decir que estaban casados?

Oyó el clic de la cámara y esperó que en su cara no se notase la sorpresa. Se volvió y fijó los ojos en las rebanadas de pato que se congelaban en el plato. Ya sí que sería incapaz de probar un bocado.

-¿Cómo se conocieron ustedes, señora Caine? –le preguntó el fotógrafo.

-El trato incluía una pregunta -le recordó Dexter-.Y ya le hemos dado la respuesta.

El maitre reaccionó a un movimiento de cabeza de Dexter y se acercó para susurrarle algo al fotógrafo.

Éste sonrió.

-Me iré ya que insiste, señor Caine -murmuro-. Pero no crea que es tan fácil librarse de mí.

Y dicho esto salió de la sala.

Poco a poco, el restaurante recuperó su ritmo habitual y el aire se llenó del ruido de los cubiertos al chocar con los platos y del murmullo de las otras conversaciones. Sin embargo, la mayoría de los clientes estaban aún mirando a Dexter y Savannah.

-¿Qué...? -tuvo que aclararse la garganta para seguir- ¿Qué demonios te ha hecho decirle que estamos casados, Dexter?

-Yo no he dicho eso. Es un detalle técnico, lo admito, pero no he dicho que estemos casados. Puede haber un montón de señoras Caine, es un apellido bastante normal.

-¡Es bastante más que un detalle técnico! ¿A qué otra conclusión pensabas que iba a llegar?

-Bueno, no creo que tenga en cuenta la posibilidad de que seas mi madre -admitió él- Personalmente, creo que ha sido una respuesta muy inspirada.

-¡Podías habérmelo advertido! ¿Qué hubiera pasado si me hubiera caído de la silla de la sorpresa? Hubiera sido una foto estupenda para las revistas.

Dexter adoptó un gesto de interés.

-Sí, hubiera sido una buena foto. Yo te habría tomado en brazos y

le hubiera echado la culpa de tu desmayo al fotógrafo.

-Muy conmovedor -murmuró Savannah-. ¿No hemos hablado de esto antes? Te había dicho que me avisases antes de dar un golpe de efecto.

-No, no me preocupaba que perdieras la calma dijese lo que dijese. ¿Sabes que eres una todoterreno, Savannah?

Parecía muy satisfecho con ella. Y consigo mismo, pensó Savannah entre la confusión que sentía. Se le pasó por la mente la idea de vaciarle el vaso de vino sobre la cabeza, a ver si así lo entendía.

-Dime, ¿has pensado en las consecuencias de semejantes declaraciones o has improvisado según se te iba ocurriendo?

-Pues claro que he pensado en qué podía pasar. Piensa en lo ocupados que van a estar los periodistas buscando el registro de nuestro matrimonio para publicar todos los detalles. Empezarán aquí en Las Vegas, claro, y cuando vean que no encuentran nada, seguirán buscando por todo el país. Como no hay nada que encontrar, tendrán que rebuscar en cada juzgado de cada condado de todo Estados Unidos para poder estar seguros de que han hecho todo lo posible.

Parecía que la perspectiva lo complacía.

Savannah lo miraba sin poder creerlo.

-No es que quiera desilusionarte, Dexter, pero es mucho más probable que se inventen cualquier cosa y digan que procede de una fuente de información que prefiere no identificarse. No me extrañaría que leer en el Informant de la semana que viene que nos ha casado un gurú mientras tú y yo estábamos colgados cabeza abajo en el Monte McKinley.

-Ah... -dijo él con interés- ¿Has investigado mucho sobre los métodos de los periódicos sensacionalistas para obtener sus supuestas noticias?

-¿No te parece que son bastante obvios? -contraatacó Savannah- ¿O es que nunca has leído uno? -y antes de que pudiera contestar añadió rápidamente- O si no se dedicarían a reconstruir tus pasos en las últimas semanas.

Dexter negó con la cabeza.

-Eso no les llevaría a ninguna parte.

-y tampoco les mantendría ocupados mucho tiempo.Si se aseguran de que no hay ninguna licencia de matrimonio a tu nombre en los lugares en que has estado últimamente...

-Puede que te sorprenda, pero no es tan fácil seguir mis pasos. Durante el mes pasado he cruzado el país varias veces.

-A propósito, sin duda. Para preparar esta farsa.

-No, no. Ha sido por negocios. En cualquier caso,¿cuánto tarda uno

en casarse? Lo único que tenía que haber hecho era desaparecer durante un par de horas y nadie sabría dónde había estado. Se pasarán semanas ocupados en buscar una licencia de matrimonio fantasma.

-No tan ocupados como para dejamos en paz –le contestó ella secamente- De eso puedes estar seguro.

Dexter hizo un gesto para quitarle importancia.

-Al fin y al cabo, ésa es mi meta: que tengan los ojos puestos en nosotros. Con lo que le he dicho antes a ese fotógrafo, me he asegurado la portada de cada periódico sensacionalista de Norteamérica la semana que viene. Y ya que no estoy de humor para esperar mucho tiempo a que este plan dé resultados...

-Ya somos dos -le dijo ella, apartando de sí el plato con la cena- De todas formas, ¿por qué haces esto? Eso es lo que me gustaría saber. Han estado sacando malas fotos tuyas en portada durante años y jamás ha parecido importarte. ¿Por qué te quieres vengar ahora? Déjalo, no me lo vas a decir...

Entonces apareció el camarero.

-¿Hay algún problema, madame Caine? ¿No le gusta el pato?

-Es sólo que está disgustada por lo del fotógrafo -contestó Dexter-. ¿Quieres otra cosa, cariño, o sólo las fresas y el champán?

Savannah negó con la cabeza. El oír que la llamaban madame Caine la había dejado sin habla.

-No tienes de que preocuparte, no te molestarán mucho -añadió Dexter para que lo oyese el camarero, pensó Savannah-He hecho planes para evitarlo.

A Savannah .no le sorprendió. Tampoco creía que Dexter le fuese a contar tales planes en aquel momento, ni aunque hubiera estado de humor para hacerlo. En cualquier caso, a juzgar por cómo estaba llevando el juego hasta el momento, no parecía que lo estuviese.

Ella agitó la cabeza.

-Espero que hayas pensado en cómo vamos a salir de este enredo.

-Ya lo arreglaré de alguna manera.

-Eso es lo que más miedo me da.

-Savannah, preciosa, ten fe en mí -le dijo sonriendo-. Ahora que me acuerdo, me he preguntado varias veces por qué tienes ese nombre tan raro.

-Me llamaron así por la ciudad en que nací -dijo como ausente- Mis padres estaban de vacaciones en Georgia y yo nací antes de tiempo y...

-Es muy bonito.

-Gracias -le dijo ella, inclinándose hacia adelante-Sabes, Dexter, había minusvalorado las dificultades que esta situación iba a plantear. Si nos van a hacer preguntas, quizá no sería mala idea ponemos de

acuerdo y preparamos las respuestas. Por ejemplo, ¿cómo nos conocimos? Supongo que podría ser que yo me puse en contacto contigo para escribir tu biografía o algo así y...

-y aunque a mí no me interesaba que escribieses mis memorias, sí me interesaba conocerte mejor. No está mal. Pero creo que sería mejor no responder en absoluto. Incluso una versión alejada de la realidad les daría pistas para empezar a investigar y las mentiras complicadas son muy difíciles de recordar.

-Hablas como alguien acostumbrado a ocultar los hechos -murmuró Savannah-. ¿Has pensado en dedicarte a escribir novelas?

-Ten cuidado, querida. El que nos hayamos librado antes de esa cámara no quiere decir que hayan desaparecido todas.

Aquel comentario le hirió un poco. Debía de haberlo tenido en cuenta.

-Por supuesto. Pero me temo que me llevará un momento volver mirarte con devoción.

Dexter rió un poco.

Raoul les llevó entonces una fuente de cristal llena de fresas en rodajas rodeadas de una pálida salsa de nata y Cointreau. Dexter tomó el tenedor de Savannah y se las fue dando en la boca una a una.

Al menos, se dijo ella esperanzadamente, había muchas probabilidades de que con las declaraciones que le había hecho al fotógrafo el plan se hubiese acelerado bastante. Quizá no hubiera sido una idea tan ridícula, pensándolo mejor. Si los periódicos picaban realmente y corrían a buscar esa inexistente licencia matrimonial...

Ni soñado, se recordó entonces a sí misma. Ese tipo de periódico no funcionaba de esa manera. Y si Dexter creía que podía llevados por el camino que quisiese tan fácilmente iba a llevarse una decepción.

Savannah le había echado una ojeada al casino de pasada al cruzar el vestíbulo y había visto tan sólo lo suficiente para formarse una impresión de ruido, gente y brillo. Después de cenar, mientras Dexter hablaba con el guardia de seguridad, ella se dedicó a observar la sala desde la entrada.

La impresión del brillo era correcta. Había espejos y dorado por todas partes. Pero en cuanto a la gente y al ruido, estaba equivocada. La sala era lo suficientemente espaciosa como para no parecer abarrotada, aunque había bastante gente. Y también le sorprendió observar que, a pesar de eso, no había tanto ruido como esperaba. Se oía más bien un rumor compuesto por el tintineo de las máquinas tragaperras, la voz que salía de los enmascarados altavoces y las escuetas conversaciones de las mesas de juego.

El guardia de seguridad la miró con una mirada que parecía de

sospecha mientras respondía a la pregunta de Dexter, que Savannah no había escuchado.

Las noticias debían de volar en el mentidero del hotel porque Savannah no creía que mirase así a cada cliente

que entraba.

Dexter la tomó del brazo.

-¿Te gustaría probar suerte a la veinitiuna?

-No gracias -le contestó ella dulcemente- Pasearme contigo es el único riesgo que estoy dispuesta a correr

esta noche.

Él rió.

-Al menos puedes ser mi mascota.

Envió a un chico a por fichas y se sentó a una de las mesas.

Savannah se quedó junto a él, con una mano en su hombro, adoptando una pose que esperaba que pareciese de intimidad. El juego era muy rápido, hipnótico, y en vez de hablar se comunicaban con gestos. Ella se acercó aún más a Dexter tratando de entender todas aquellas señas. Él le tomó la mano a Savannah y la retuvo en la suya, junto a su pecho, mientras seguía jugando con un sólo brazo libre.

-¿Esto es lo que estuviste haciendo anoche? -le preguntó al fin- ¿Jugar a las cartas hasta las tantas de la madrugada?

-Pero cariño -murmuró él sin levantar la vista de los naipes-, no vas a empezar tan pronto a ser una esposa agobiante, ¿verdad?

La nota de dulzura en su voz la convertía casi en una caricia.

Al croupier casi se le cayeron las cartas de las manos. Por la forma en que la miró Savannah dedujo que aún no había oído la historia.

-Claro que tienes razón: hay otras formas de entretenerse que merecen atención -murmuró Dexter.

Entonces terminó y al recoger las fichas le dejó algunas al empleado como propina. Esperó a estar a unos metros de la mesa antes de añadir:

-Eso hará que los rumores corran como la pólvora aquí dentro.

-Para servirle, señor -musitó ella.

Se preguntó entonces si el comentario sobre la esposa agobiante era parte del plan a largo plazo. Si pensaba anunciar después que su carácter dominante había arruinado el matrimonio y dejar creer que se divorciarían.

No es que le importase mucho, la verdad. No le importaba nada cómo terminase todo aquello mientras su nombre no se viese perjudicado y pudiese seguir trabajando como periodista.

-¿Te ocurre algo malo? -le preguntó Dexter.

-Claro que no -le contestó ella con una chispa de sarcasmo-. Estaba

admirando tu talento como es debido. No sólo les has dado carnaza a los murmurado res, además sales con más dinero del que tenías al entrar. ¡Un golpe perfecto!

-Sí, es maravilloso. Cuando no me importa perder, suelo acabar ganando.

Muy cerca una ruleta giró y se detuvo lentamente mientras la bola saltaba y acababa por caer en una casilla. Savannah se acercó a mirar.

-¿Tu favorito? -le preguntó Dexter con las cejas alzadas.

-Sí. Si me gustara jugar, que no me gusta, la ruleta me fascinaría.

Dexter agitó la cabeza.

-Por eso los dueños de los casinos adoran a la gente como tú. Créeme, cariño, el único que gana jugando a la ruleta es el dueño.

-Pero eso es igual con todos los juegos, ¿no? La casa siempre gana.

-En general y a la larga sí. Pero las posibilidades del jugador son mayores en unos juegos que en otros y, desde luego, la ruleta: no es para aficionados.

-¿A ti no te gusta?

-Prefiero pasar el tiempo en algo que requiera cierta habilidad -se detuvo en el centro del vestíbulo y la miró pensativo- ¿Te apetece tomar la última en el bar?

-¿ y provocar más rumores? -suspiró ella- Bueno, si es necesario... Aunque la verdad es que ya me siento bastante mareada.

-Deberías haber cenado algo. Supongo que nos podemos retirar, entonces. Ya hemos cumplido con nuestra misión principal e ir aún más lejos podría provocar curiosidad.

Una docena de personas los observaron mientras él la guiaba hacia el ascensor con un ostentoso brazo pasado sobre los hombros. Savannah trató de no prestar atención a los mirones. Al menos, ninguno entró con ellos en el ascensor.

Mientras el ascensor subía hasta el ático, ella se apoyó con los ojos cerrados en el panel de madera y preguntó con desenfado:

-¿O sea que no ganaste el hotel jugando a la ruleta? Dexter no contestó. Cuando ella abrió los ojos, lo vio

apuntándola con el dedo con una expresión amable.

-Estás siendo muy traviesa. ¿De verdad creías que iba a caer en esta trampa y contártelo?

Savannah se encogió de hombros.

-Ya me has contado tu estrategia para ganar.

-Eso no es una estrategia. Ha sido una simple casualidad. Cualquiera que me observase un rato se daría cuenta.

-Es decir, que todavía no me has contado nada sobre ti -le dijo Savannah, sabiendo que la frustración se reflejaba en su voz.

Dexter sonrió y le pasó el dedo por la arista de la nariz.

-Ya sabes lo que tienes que hacer.

Cuando entraron en la suite sólo estaban encendidos los apliques de la pared y el salón estaba a media luz. El silencio y la tranquilidad eran tales que Savannah deseó quitarse los zapatos y tumbarse en el sofá más cercano.

-Yo diría que la velada ha sido todo un éxito -dijo Dexter- ¿Quieres que avise a Robinson para que nos haga café?

Savannah lo miró con asombro.

-¿De verdad lo ibas a molestar a estas horas para que nos preparase un café? ¿Tan inútil eres?

-¿Es ésa otra pregunta capciosa?

-Eres un tipejo desconfiado y desagradable, Caine-le contestó ella con los brazos en jarras-. ¿No se te ha ocurrido que quizás tenga cierto interés personal en ti?

El adoptó un gesto de interés.

-¿Ah, sí?

Savannah deseó haberse mordido la lengua antes.

-No tan personal como estás pensando. Quiero decir, sin intención de publicar nada -entonces vio su cara de escepticismo y añadió-. Bien, ¿tienes una pluma?

El se sacó una del bolsillo de la chaqueta con una sospechosa rapidez y Savannah rasgó un pedazo de papel del periódico, que aún estaba sobre la mesa del salón.

-Quizá si deberías hablar con Robinson al fin y al cabo -murmuró para sí Savannah-, mira que dejar esto tan desordenado...

Entonces escribió una frase en el blanco margen, firmó y le tendió el papel a Dexter.

Dexter lo orientó a la luz y leyó:

-«Prometo que no publicaré la información que Dexter Caine me dé sin su previa autorización»

-No es ante notario -lo interrumpió ella-, pero debería servir.

Dexter levantó la vista del papel y la miró a la cara.

-Sí, servirá -dijo doblando con cuidado el papel y guardándoselo en el bolsillo de la chaqueta- Savannah, ésta es una promesa que siempre llevaré junto al corazón -murmuró.

El asomo de risa en su voz irritó a Savannah. -De eso estoy segura.

-¿ y qué es lo primero que me quieres preguntar?

Docenas de preguntas empezaron a bailarle en la mente y entonces, recordó el tono de risa de su voz y se dio cuenta de que lo que él esperaba era un interrogatorio ávido y apresurado. Estaba convencida de que él lo disfrutaría tanto como ella y de que, además,

le iba a contar sólo lo que le conviniese y ni una palabra más.

Pues no estaba de humor para que jugasen con ella. Alzó la cabeza y dijo:

-En realidad sólo tengo una pregunta.

-¿Sólo una? Me asombras, Savannah.

-¿Puedo usar el teléfono? Normalmente, llamo a mi madre los domingos por la mañana, y si no lo hago, se va a preocupar.

A él la sorpresa lo dejó en blanco.

-¿Eso es lo que querías saber?

-En este momento es la pregunta más importante que se me ocurre. ¿De qué me serviría pasarme la noche escuchando historias tuyas que no puedo usar para nada?

Eso le pondría en su sitio.

La comisuras de la boca de Dexter se curvaron. -Tu madre no trabajará para ninguna agencia de prensa, ¿verdad?

-Mi madre es una encantadora ancianita que vive en Urbana, Illinois, y se dedica a hacer edredones y llevarles comida a lo que ella llama los ancianos, algunos de los cuales son de hecho más jóvenes que ella.

La mueca se había transformado en una auténtica sonrisa.

-El tipo de persona al que odiarías decepcionar.

-Sí, además es una campeona mundial a la hora de hacerte sentir culpable.

-Me recuerda a mi abuela -le dijo Dexter-. Díselo a Robinson por la mañana y él te conseguirá un teléfono.

Si no te apetece un café...

-No, es lo último que necesito.

-Buenas noches entonces.

Savannah advirtió demasiado tarde que le hubiera gustado preguntarle sobre su abuela, pero el tono de la voz de Dexter había dado por zanjada la conversación inapelablemente. Se dirigió hacia el dormitorio sintiéndose tontamente como si la hubieran mandado a la habitación. Todavía acusaba la tensión de la cena, eso era todo.

-Savannah -la llamó él con suavidad-, el collar, por favor. Ella se llevó las manos al broche del collar mientras pensaba en lo rápido que se había acostumbrado a llevarlo. Finalmente lo desabrochó y dejó caer en la mano extendida de Dexter. El metal estaba tibio por el contacto con su piel. Después se quitó también los pendientes y se los entregó.

-Gracias por el préstamo -le dijo-. Probablemente no volveré a llevar nada tan bonito en mi vida -advirtió que había un deje de autocompasión en su voz y esperó que él no lo hubiese notado-. A

menos que mañana me traigas algo aún mejor, claro -añadió en un tono más desenfadado.

-No creo -contestó él en un tono inexpresivo que dejaba claro que el tema de las joyas no le interesaba mucho.

-Buenas noches -dijo Savannah, forzando una sonrisa.

Estaba demasiado tensa como para dormir. Ni siquiera el seguir cada paso de su rutina nocturna consiguió relajarla. Se puso el pijama que la boutique había enviado y agitó la cabeza con sorpresa: era del satén más suave que había visto en su vida.

El ordenador aún estaba sobre la mesa y lo encendió. Podía trabajar un rato, eso la ayudaría a tranquilizarse. Tenía a medias aquel artículo sobre las mujeres maltratadas o aquel otro sobre los orfanatos, que tenía que pulir un poco antes de poder enviarlo.

Pero no entró en ninguno de esos dos archivos. Lo que hizo fue volver a leer el artículo sobre Dexter Caine que había preparado para Mujer Hoy. Aún le parecía un buen trabajo, pero ahora sí era capaz de ver las lagunas que había en él. Carecía de datos fundamentales, datos que sólo Dexter podía facilitarle y que le darían vida al retrato de aquel hombre tan increíblemente interesante.

Había mucho que contar. Había facetas de Dexter Caine que nadie había investigado nunca, muchas más de las que se podían reflejar en las páginas de ninguna revista. Sería necesario escribir un libro, un largo libro, para hacerle justicia. Una biografía en toda regla.

Pero no tenía ningún sentido pensarlo. Dexter jamás se prestaría a algo así y, mientras mantuviese la promesa, Savannah no podía escribir ni una línea.

-En realidad -se dijo a sí misma-, puedo escribir lo que me venga en gana. Lo que dije que no iba a hacer era publicarlo.

Era sólo un matiz, y además, uno que no cambiaba nada. Pero no había nada de malo en soñar.

Abrió un nuevo documento y empezó a escribir la lista de las preguntas que le gustaría hacerle a Dexter Caine. Era una lista muy larga y pasó una hora entera antes de que un pinchazo en la boca del estómago le recordase que las fresas no eran la cena ideal. Dexter tenía razón, debería haberse comido el pato.

Seguro que, en algún rincón de la cocina de Robinson, habría algo para picar. Y si tenía cuidado de no hacer ruido, no tenía por qué despertar a nadie.

En el salón aún estaban encendidos los apliques de la pared. Savannah apuntó mentalmente una pregunta más: ¿había alguna razón por la cuál Dexter necesitara tener alguna luz encendida todo el tiempo? Entonces, escuchó una respiración rítmica y profunda y se dio

cuenta de que no estaba sola.

Dexter estaba tendido en el sofá con un pie en el suelo y otro el respaldo. Se había quitado la chaqueta y la corbata y tenía la camisa abierta. Sobre el pecho tenía un libro, como si se hubiera puesto a leer y se hubiera quedado dormido de repente. Savannah leyó con asombro el título de la portada: se trataba de una novela de misterio llamada Los doce días de la muerte. Lo último que hubiera esperado ver leer a Dexter Caine.

y a pesar de que tenía la ropa revuelta y arrugada y el pelo despeinado, seguía estando extraordinariamente guapo.

No había reparado al entrar en el salón en la lámpara de lectura que había encendida junto al sofá porque ésta tenía una pantalla negra para concentrar el haz completamente en el libro. 0, en este caso, en la cara de Dexter. Era la primera oportunidad que Savannah tenía de observarlo a placer, sin que él se diese cuenta.

Antes, no se había dado cuenta de lo largas que tenía las pestañas. Además, las cejas ya no tenían aquel gesto irónico al que ya se estaba acostumbrando sino que formaban un aristocrático arco. El pelo parecía tan sedoso...

Le entraron ganas de apartarle un mechón de la sien. Justo lo que necesitaba, se dijo a sí misma entonces. Si se despertase y la viese allí en pijama después de lo que había sucedido la noche anterior...

En realidad, a ella no le importaría nada que se despertase y la encontrase inclinada sobre él, mirándolo. Pero lo que quiera que hiciese él después... no estaba segura de que le fuese a importar mucho.

Aquella confesión ante sí misma la chocó un poco, pero no podía negar que era verdad. Por eso, todo su cuerpo había vibrado aquella mañana mientras se probaba ante él los vestidos en la tienda. Incluso en medio de las discusiones que habían tenido, Savannah se había sentido viva y muy consciente, demasiado consciente, de su virilidad. Dexter Caine era un hombre excitante y fascinante y el destino la había, a efectos prácticos, lanzado en sus brazos.

Y ahora, corría el peligro de perder la cabeza. Estaba allí en medio de su salón deseando que se despertase para averiguar qué pasaba después.

«Savannah Seabrooke, estás perdiendo la cabeza,»se dijo.

Él no se movió y su respiración fue convirtiéndose en un ligero ronquido. Tras un momento, el sentido común volvió a imponerse y Savannah volvió al dormitorio. Le pareció muy curioso el que ya no tuviera hambre. De comida., al menos.

Robinson estaba preparando café cuando Savannah entró en el

salón a la mañana siguiente. No se veía a Dexter por ninguna parte y Savannah se dijo que era absurdo sentirse decepcionada ni por un segundo. Al fin y al cabo, era un hombre muy ocupado.

-Buenos días, señorita -le dijo Robinson.

Savannah se preguntó si le habrían llegado ya los rumores, o si no habría creído nada porque había oído la conversación del día anterior, o si Dexter le habría confiado parte del secreto... Pero no había manera de saberlo a partir de la expresión del mayordomo. Las breves muestras de azoramiento que le había dado el día anterior ya eran historia.

Sobre la mesa yacían tres de los periódicos más importantes y Robinson levantó la servilleta que cubría una cesta con bollos mientras Savannah se servía una taza de café.

-Eres una joya -le dijo alegremente-: café, croissants y tres periódicos... Me imagino que los habrás planchado los tres, ¿no? Eres obsesivo, Robinson.

-Hacerle la vida más cómoda es mi función, señorita.

-Vamos, no te pongas tan serio conmigo. La verdad es que eres un encanto y te gusta hacer cosas para complacerme. ¿Hay alguien que te llame algo que no sea Robinson?

-No, señorita.

-Pues me sorprende. A veces actúas más bien como un robot -le dijo riendo al ver la cara de asombro de él.

Savannah tomó un croissant y una servilleta y lo transportó todo sobre el Times hasta la alfombra, dónde se sentó con las piernas cruzadas.

-Por cierto, Robinson, el señor Caine me dio ayer permiso para usar el teléfono esta mañana y como no veo ninguno aquí en la suite...

En la cara del mayordomo apareció una expresión de cierta incredulidad.

-Por supuesto puede preguntarle cuando vuelva -le dijo Savannah en un tono amable- Espero que no haya ido muy lejos porque tengo que hacer esa llamada en las próximas dos horas -añadió hundiendo la nariz en la sección de opinión del periódico.

-¿ y dónde creías que había ido? -le preguntó entonces Dexter.

Savannah levantó la cabeza con tal velocidad que el cuello le hizo un chasquido. Estaba a menos de un metro de ella y, desde aquella perspectiva, parecía que medía tres metros. Llevaba unos pantalones oscuros y un jersey de algodón que hacía parecer sus hombros aún más anchos. Y estaba tan guapo como siempre.

-Te has escabullido -lo acusó Savannah.

Inmediatamente se enojó consigo misma por olvidarse de que

aquello no era una relación sino una obra de teatro.

-¿ Quieres que lleve un cascabel como si fuera un gato?

Ella sonrió de improviso.

-Estoy segura de que los periodistas te lo agradecerían mucho.

En aquel momento, volvió el mayordomo con un teléfono aunque Savannah no había visto a Dexter hacerle ningún tipo de gesto para indicárselo. Lo depositó junto a ella en la alfombra y conectó el cable a una toma muy bien camuflada en la pared.

A Savannah no le hubiera sorprendido que no le dejasen hacer aquella llamada en la intimidad. Si ella hubiera estado en el lugar de Dexter Caine, probablemente hubiera insistido en comprobar que la persona con la que hablaba era su adorada madre y no la redacción de algún periódico., Pero a Dexter no parecía preocuparle la cuestión y, de hecho, se dirigió a la cocina con Robinson.

«Puede que quiera aprender a hacer café», pensó Savannah. Jugueteó con el teléfono mientras consideraba cuánto debía contarle a su madre de aquella increíble historia. El problema era que tenía que ser todo o nada, no se podía explicar sólo a medias. Suspiró. No hubiera sido la primera vez que intentaba ocultarle algo a Connie Seabrooke y sabía que era más fácil decido que hacerlo.

Savannah se preparó y marcó el número. Un momento después, su madre descolgó el teléfono.

-¿ Ya estabas otra vez sentada al lado del teléfono, mamá?

-Bueno, ya va siendo tarde. Normalmente me llamas más temprano. ¿Es que tuviste una cita de las que acaban tarde anoche, o algo así?

Aquella descripción ni siquiera se acercaba a lo que había sido la noche anterior.

-Se podría decir que sí, no estuvo mal.

-¿Lo conozco? ¿O vaya conocerlo pronto?

-Lo dudo mucho. Mira, mamá, quiero que me hagas un favor. ¿Podrías llamar a Jack y darle un recado de mi parte?

-¿Es que no estás en casa, cariño?

-No, estoy fuera, investigando para un artículo que me han encargado.

-¿Ah, has encontrado un trabajo fijo? -le preguntó Connie en un tono esperanzado.

-No, es una cosa temporal. ¿Podrías llamar a Jack y pedirle que me riegue las plantas hasta que vuelva? Dexter acababa de volver al salón.

-¿Quién es Jack?

-¿Savannah, hay un hombre ahí en el apartamento? -le preguntó

Connie. .

-¿Te puedes callar? -le dijo Savannah a Dexter antes de volverse al teléfono otra vez- No, mamá.

-Ah, claro, ni siquiera estás en tu casa. ¿Dónde estás?

Savannah pensó que la mejor manera de evitar responder a esa pregunta era pasar a la ofensiva.

-En cualquier caso, si hubiera un hombre en mi casa no sería la primera vez ni significaría nada. El que un hombre esté en tu casa el domingo por la mañana no quiere decir que también haya pasado la noche del sábado allí.

-Pues es una pena -le dijo Connie con calma-Según de qué hombre se trate, claro.

-¿Quién es Jack? -repitió Dexter.

Era evidente que no pensaba callarse.

-Mi casero -murmuró Savannah.

-Ya sé que es tu casero -le dijo Connie entonces-,Muy bien, le diré que te riegue las plantas. ¿Alguna cosa más?

-Sí. Dile que en cuanto vuelva a casa me encargaré de todo. Y pon énfasis en el «todo», ¿vale?

Con Dexter allí escuchando prefería no contarle a su madre lo del alquiler que debía. Además, a Connie le daría un ataque de nervios y le echaría otro discurso sobre las ventajas de tener un trabajo fijo.

-Lo siento, mamá, pero no puedo hablar mucho rato.Te llamo la semana que viene.

y tras esto, colgó el auricular con un suspiro de alivio.

-¿De verdad te riega las plantas el casero? -le preguntó Dexter- ¿Qué acuerdo tan raro es ése?

Savannah suspiró otra vez.

-Es un edificio pequeño. Jack vive en el apartamento principal y ha alquilado los otros tres. Y todos nos ayudamos los unos a los otros. Yo paseo al perro de Jack, él me riega las plantas... Es un acuerdo de colaboración.

Dexter se sentó en un extremo del sofá.

-¿Por qué no le has contado a tu madre dónde estás?

-Porque ya tengo bastantes problemas como para intentar explicarle todo esto a mi madre.

-¿ y qué piensas hacer cuando te vea en las portadas la semana que viene?

-A lo mejor la foto sale poco clara y no me reconoce-le contestó Savannah.

O puede que Connie se rompiera una pierna y tuviese que quedarse en casa hasta que todo aquel asunto perdiese importancia. Claro que

eso no arreglaría nada, porque seguro que sus amigas la mantenían perfectamente informada.

Savannah se puso en pie para ir a buscar las gafas de leer y poder sumergirse en la lectura de los periódicos durante el resto de la mañana. O al menos, hasta el próximo interrogatorio de Dexter.

Llegó a la puerta del dormitorio y se quedó helada al ver que Robinson estaba metiendo su ropa en una maleta que había a los pies de la cama. Debía de llevar allí un buen rato porque el armario estaba ya casi vacío y, en el lugar que antes ocuparon los hermosos vestidos, no quedaban más que perchas vacías.

Ni siquiera había habido tiempo para que la historia llegase a los periódicos, pensó Savannah. Dexter no podía deshacerse de ella tan pronto, sin saber aún si el plan había funcionado.

Aunque, por otra parte, la noche anterior le había dicho que estaba impaciente por obtener resultados. Y también estaba aquella reacción tan fría cuando ella le hizo la broma acerca de llevar un collar aún más bonito al día siguiente.

Aún así, si todo lo que buscaba era una sola aparición, una sola cena en público, ¿por qué le habría comprado tantos vestidos? ¿Sería como forma de pago? Pero también le había dicho a Savannah que los necesitaría todos. ¿Habría cambiado de opinión la noche anterior? ¿O aquella misma mañana? Sería por algo que ella había dicho o hecho.

Se llevó las manos a las sienes. Empezaba a pensar que sí tenía la capacidad de irritarlo lo suficiente como para que la echase de allí.

-Robinson, ¿qué estás haciendo? -dijo ella.

Su voz sonó chillona y tuvo que detenerse para carraspear y reflexionar. Aunque fuesen a echarla, por lo menos podía intentar mantener la dignidad.

-Lo siento -añadió entonces- No me había dado cuenta de que me fuese ya a casa. No metas todo eso en

la maleta, no es mío. Me iré con lo mismo que llegué.

Robinson no se detuvo.

-Le hará falta en Winter Park, señorita.

De repente, sintió la tibieza de un cuerpo pegado a ella y escuchó a Dexter decirle casi al oído:

-Winter Park, en Colorado. Es una estación de esquí y, como estamos fuera de temporada, será un lugar muy tranquilo. ¿No te parece razonable que queramos hacer una escapadita a algún lugar dónde podamos estar solos, querida?

CAPÍTULO 6

La idea de escaparse juntos a un aislado refugio de montaña le parecía de improviso muy razonable. Ésa era una de las cosas que preocupaban a Savannah.

«Estoy empezando a pensar como Dexter Caine», se dijo sin darse tiempo a analizar por qué aquello la molestaba tanto.

-Robinson dejará fuera de la maleta el vestido que quiero que lleves -dijo Dexter.

-Ah, ¿es que ahora te vas a dedicar a controlar también lo que me pongo? ¿Qué hay de malo en lo que he elegido yo? -dijo Savannah, señalando los pantalones con blusa a juego que llevaba- Ayer parecía gustarte todo.

-No hay nada de malo en esa ropa, pero para esta ocasión creo que necesitamos algo más dramático -le dijo pasando a su lado para abrir más las puertas del armario-. Mira, este otro es perfecto.

Savannah miró el vestido rojo, que era el único que quedaba aún en el armario, y la pamela a juego que estaba en la estantería sobre las perchas.

-De todas las cosas que compraste ayer, ésa es la única que odio, Dexter.

-¿Ah, sí? ¿Y eso?

Savannah hizo un gesto indeterminado. Le costaba explicar por qué le desagradaba aquel vestido. El tejido era estupendo y el corte excelente, y le quedaba como un guante. Incluso admitía que aquel rojo sandía le favorecía a pesar de las reservas que había mostrado a llevar algo de ese tono. Era simplemente que le parecía que era demasiado rojo sin un sólo detalle de otro color para romper el efecto un poco.

-Es demasiado llamativo -le dijo.

-Ya lo sé. Por eso quiero que lo lleves hoy –Dexter tomó el sombrero y se lo puso sobre la cabeza- Con el velo sobre los ojos, exactamente así.

Savannah lo miró a través de la roja niebla del velo.

-Si el sombrero fuese verde en vez de rojo, parecería un tomate andante -musitó.

La vista de Dexter se paseó por sus curvas como si las viera por primera vez.

-No -hizo una pausa que creó una extraña sensación en el estómago de Savannah y añadió con calma- Por lo que yo sé, nunca ha habido un tomate que tuviese unas formas parecidas a las tuyas.

Ella le sacó la lengua y él se alejó hacia su habitación riendo.

Esta vez abandonaron el hotel por la puerta principal. Dexter se había cambiado y llevaba un traje oscuro. Las finas rayas de la corbata eran del mismo tono que el vestido de Savannah. Era una detalle muy sutil en el cuál los periódicos sensacionalistas probablemente ni repararían, aunque no se molestó en decírselo a Dexter.

La limusina que la había recogido en el aeropuerto al llegar estaba aparcada frente al toldo del hotel y el chófer permanecía en pie junto a la abierta puerta de atrás.

Dexter se detuvo a saludarlo posando, Savannah estaba segura, para las cámaras que les apuntaban. Se preguntó cuántas de ellas pertenecerían a simples turistas y cuántas a enviados de los periódicos.

Se puso de puntillas para hablarle al oído.

-¿No crees que les extrañará que te muestres tan cooperativo?

-Probablemente.

Le pasó a Savannah el brazo por la cintura y le sonrió mirándola a los ojos. Una turista cercana dejó escapar un suspiro de envidia. Dexter no le prestó ninguna atención.

-Pero también es poco habitual que me deje ver con una mujer de rojo tan sexy. Seguro que achacan mi nueva actitud a tu influencia.

Savannah ya se imaginaba los titulares: Una misteriosa esposa domestica a Dexter Caine. Lo último que necesitaba.

Dexter miró a su alrededor buscando a Robinson, que se acercaba corriendo con una gran caja plana de color blanco.

-Acaban de entregarlo, señor -dijo este lo bastante alto para que lo escuchase la gente.

Dexter tomó la caja y se la tendió a Savannah.

-Toma, cariño, te hará falta en las montañas.

El grupo de gente, que había aumentado, se acercó un poco más.

Savannah lo miró con incredulidad y le dijo, casi sin mover los labios:

-¿De verdad quieres que lo abra aquí mismo?

-Por supuesto.

-Ya. Cualquier mujer en la que tu pudieras estar seriamente interesado no esperaría para abrir un regalo. Él aún sujetaba la caja y ella levantó la tapa.

No hubo nada premeditado en la exclamación de Savannah. Ninguna mujer podría haber visto aquel lujoso abrigo de visón negro sin reaccionar de algún modo. Pero la mirada que le dirigió entonces a Dexter era de desánimo.

-Es prestado -le dijo él a media voz.

Savannah se puso de puntillas para rozarle con los labios la mejilla

en lo que esperaba que pareciese cariñoso agradecimiento, tratando al tiempo de ignorar la corriente que la recorrió al sentir su piel.

-Eso ya me lo imaginaba -murmuró-. Pero no me importa que sea prestado: yo no llevo pieles.

Dexter no parecía haberlo oído.

-Me alegro mucho de que te guste -contestó con claridad-, pero no es más que un detalle.

La gente murmuró. Evidentemente, no estaban de acuerdo.

-Pero si quieres expresar tu agradecimiento como es debido, cariño... -dijo Dexter, quitándole la tapa de las manos y dándole la caja al chófer.

Dexter abrazó a Savannah, que sólo tuvo un momento para prepararse para el impacto de aquel beso.

. Cada mujer presente suspiró. «Deben de estar poniéndose en mi lugar», pensó Savannah. Pues ella se cambiaría por cualquiera de ellas felizmente. Pero lo único que podía hacer por el momento era caer en sus brazos y recordarse a sí misma que sólo estaba representando un papel y que no le gustaba que la exhibiesen así...

Desde la boca del estómago empezó a subirle por el cuerpo una sensación de satisfacción que se iba extendiendo a medida que él alargaba el beso.

Ella volvió la cabeza para apretar los labios con más fuerza a los de él y, aunque notó que el sombrero se le caía, no hizo nada por evitarlo. Dexter tuvo más reflejos. Se lo sujetó y volvió a colocarlo en su lugar. Entonces, la miró con una sensual sonrisa y le dijo:

-Lo siento, cariño, creo que me he dejado llevar un poco.

Le sonó tan convincente que, por una décima de segundo, Savannah se preguntó si lo decía en serio.

. Enseguida advirtió un brillo de desorientación en los ojos de él, como si se estuviese preguntando por qué ella lo miraba con tal intensidad. Savannah parpadeó y apartó los ojos de él recordándose a si misma que se trataba de alguien que podría hacer un papel en Broadway. Si Dexter de verdad se hubiera dejado llevar, no se hubiera preocupado ni por un segundo del sombrero, como ella.

Claro que a ella sí le había importado, añadió rápidamente. Lo que ocurría es que se había metido mucho en el papel y había fingido que no se daba ni cuenta.

Dexter la ayudó a entrar en el coche y tan pronto como estuvo dentro, se sentó rígidamente en el otro extremo del asiento. Sabía que los cristales ahumados no dejaban ver nada desde fuera. Robinson tomó la caja del visón de manos del chofer y se sentó en el asiento del

copiloto. La limusina se puso en marcha. Dexter se recostó en el asiento de cuero y miró a Savannah, pensativo.

Savannah se enderezó el sombrero y sacó del bolso un espejito para mirarse los labios.

-Buena actuación -le dijo secamente- El mundo del espectáculo perdió un talento cuando decidiste dedicarte a los negocios.

-Gracias -le contestó él en un tono relajado- Tú también eres toda una campeona.

Ella se quedó parada con el lápiz de labios en la mano preguntándose si habría algún mensaje oculto en aquella frase. Finalmente, llegó a la conclusión de que no. Cerró bruscamente el estuche del espejito y lo metió en el bolso.

-¿Me vas a dar algún extra? Dexter sonrió.

-Depende. ¿Qué tienes en mente?

-Lo voy a pensar y ya te lo diré.

Se dio un tironcito del bajo de la falda y apuntó mentalmente que la próxima vez que se probase ropa se sentaría con ella para comprobar que era posible. Aquel vestido en particular estaba cortado de modo que era imposible mantener la falda en su sitio. Especialmente en un asiento tan mullido como aquél.

A Dexter no le había pasado inadvertida la maniobra y Savannah se sorprendió al ver que no hacía ningún comentario. En vez de eso, se había vuelto a mirar el hotel que se perdía en la distancia a medida que avanzaban por el desierto hacia el aeropuerto.

-¿Es que crees que no lo vas a volver a ver? -le preguntó ella.

-¿Qué? Pues claro que voy a volver a verlo -dijo él,

volviéndose hacia adelante- ¿O es que aún estás convencida de que lo voy a derribar para construir en su lugar algo extravagante? ¿Quizá un templo maya con sacrificios de vírgenes y todo?

-No, no -murmuró ella- Te sería imposible encontrar el número suficiente de vírgenes para tres sesiones diarias.

Dexter rió.

-Sí, ahora que lo pienso, eso sería un problema. Lo cual me recuerda que le has dicho algo a tu madre sobre hombres que se quedaban a dormir en tu apartamento. ¿Hay alguno en particular del que quieras hablarme o se trata de más bien de algo que ocurre de vez en cuando?

Savannah clavó los ojos en él.

-Esa es la pregunta más capciosa que he oído en mi vida. Conteste lo que conteste voy a quedar mal,

-Lo único que quería decir...

-¡Lo que querías decir es obvio.! No, no hay nadie en

particular. Y no, no tengo la costumbre de dejar que nadie se quede a pasar la noche. Ni siquiera de vez en cuando. ¿Te ha quedado claro o quieres que te lo deletree?

-Pero a tu madre le has dicho...

-Lo que le he dicho a mi madre es que alguien que está por la mañana no tiene necesariamente que haberse quedado la noche anterior -le recordó ella.

-Ya. Claro. Eso es lo que uno esperaría que le dijeses. No estaría bien escandalizar a una encantadora ancianita que hace edredones y obras de caridad...

-Si crees que se iba a escandalizar es que no sabes cómo piensa una madre. Antes siempre me hablaba de casarme, pero en los dos últimos años lo único que hace es decir con tristeza que se está haciendo mayor y le gustaría tener nietos -le explicó Savannah, al tiempo que le daba otro enérgico tirón al bajo del vestido.

La mirada de Dexter se deslizó hasta sus rodillas y se quedó fija allí.

-Además, no creo que eso te interese y estás evitando mi pregunta sobre el hotel.

Por un momento, creyó que iba a pasar por alto sus palabras, lo cual no sería nada nuevo.

Entonces, él respondió lentamente:

-Estás en lo cierto en cuanto a que el terreno vale su peso en oro y, si alguien estuviera lo suficientemente loco como para pagarme lo que vale, no dudes que lo vendería. Pero mientras tanto... Bueno, digamos simplemente que las imitaciones de templos mayas o un planeta Marte de cartón piedra no son mi idea de una buena inversión.

-O sea, que no tienes intención de demoler el hotel. -No. Estoy convencido de que a largo plazo la elegancia, la calidad y el buen servicio le sobrevivirán a toda esa feria.

Savannah adoptó un gesto de interés.

-Pero, ¿considerarías la posibilidad de venderlo? No lo entiendo.

-Mira, Savannah, cada negocio que se abre en esta ciudad tiene que rentabilizarse antes de que el próximo le robe el público, lo cuál cada vez es más difícil, por cierto. Yo prefiero no jugármela. Prefiero tener unos ingresos regulares y no correr ningún riesgo mientras espero a que llegue alguien que esté dispuesto a comprar ese terreno y apostar por construir un nuevo casino en él.

El vehículo se detuvo tan suavemente que, por un momento, Savannah no se dio cuenta de que ya habían llegado. Estaba concentrada en el razonamiento de Dexter. Era lógico y, sin embargo,

había algo que no encajaba.

El chofer abrió la puerta. Savannah vio que Robinson ya estaba subiendo al avión con la caja del abrigo entre los brazos.

-No tenemos por qué llevamos el abrigo -le dijo a Dexter-. No me lo voy a poner.

-Hace mucho frío en las Montañas Rocosas incluso en septiembre. Puede que más adelante cambies de opinión.

Savannah se encogió de hombros.

-Lo dudo, pero si llevamos el abrigo te hace feliz, haz lo que quieras.

Los ojos de Dexter chispearon.

-Suelo hacerlo. De todas formas, ¿por qué es tan grave usar abrigos de piel? Ahora mismo llevas puestos unos zapatos de piel de serpiente.

Ella se miró los zapatos rojos de tacón.

-No es lo mismo.

-Sí, sí es lo mismo. A menos te bases en la idea de que las serpientes no son un animal adorable y los visones sí. En cuyo caso, estás muy equivocada.

-¿No querrás decir que te gustan las serpientes? –le dijo ella con los ojos muy abiertos.

-¿Y por qué no iban a gustarme? Más de lo que me gustan los visones, al menos. Esos animalitos son muy crueles.

Savannah se estremeció levemente.

-Me imagino que tenías serpientes cuando eras pequeño.

-¿Qué te hace pensar que no tengo unas cuantas ahora?

Savannah lo observó. Aquel brillo que tenía en los ojos era un brillo travieso, ¿o no? En cualquier caso, incluso aunque aquel hombre se hubiera dedicado a criar serpientes pitón, no ella podía hacer nada al respecto.

Dos empleados empezaron a trasladar el equipaje del; coche al avión. Savannah detectó la bolsa en que iba el ordenador y la recuperó antes de que la metiesen en la bodega. Dexter se la llevó hasta que estuvieron a bordo. ;

-No creo que tengas mucho tiempo para trabajar -le dijo-. El vuelo no durará más de dos horas.

-Me gusta tener el ordenador a mano.

-¿Incluso cuando no puedes escribir nada?

-¿Quién ha dicho eso? No creerás que eres el único tema posible, ¿verdad?

-Eso me ha puesto en mi sitio -le dijo Dexter con un gesto de encajar el golpe.

Entonces dejó la bolsa en una especie de armario y extendió el

brazo señalando hacia los asientos.

-Elige.

Savannah advirtió que, aunque la caja del visón estaba sobre uno de los asientos delanteros, no se veía al

mayordomo por ninguna parte.

-¿No viene Robinson con nosotros?

-Ah, estará en la cocina -le dijo señalando hacia una puertecita que Savannah había pensado que sería otro

armario.

-¿Hay una cocina en este aparato?

-Sí, no era parte del diseño original, pero me gusta rodearme de comodidades y la hice instalar.

-¿ y qué está haciendo? ¿Preparando una cena de alta cocina para entretenemos durante una hora mientras volamos?

-No, claro que no. Pero le gusta gozar de cierta intimidad.

-De eso estoy segura -murmuró ella.

No dejarte ver cuando no te necesitaban parecía ser la regla de oro de los empleados de Dexter Caine.

Se oyó el golpe de la puerta de la bodega al cerrarse y enseguida empezaron a rugir los motores. Ella se sentó y él hizo lo propio en el asiento de enfrente y se ajustó el cinturón de seguridad.

El avión empezó a deslizarse por la pista. Dexter abrió un cajón y sacó una caja de bombones. Savannah negó con la cabeza cuando él se los ofreció.

El tomó uno relleno de crema de fresa y le preguntó indolentemente:

-¿Por qué estás tan seria? ¿Te sigue dando miedo volar?

-¿Quién te ha dicho que me daba miedo? -le dijo

ella al tiempo que se quitaba el sombrero y lo depositaba con cuidado sobre la mesa.

-La tripulación.

-Ah -exclamó ella, preguntándose cuándo habrían tenido ocasión de contárselo-, no tenía miedo.

-Qué pena -murmuró él-, hay maneras muy divertidas de sobreponerse al miedo á volar.

Savannah creyó más sensato no preguntarle en qué estaba pensando.

-Simplemente estaba disgustada al ver que me llevaban a Las Vegas -prosiguió ella- cuando todo lo que yo pretendía era hacerte un par de preguntas y salir del avión para volver a casa.

-¿Te decepcionó el que yo no estuviera a bordo? Qué pena, si lo hubiera sabido...

-¿Te hubieras asegurado de estar aquí? Pues siento que no fuera así, porque me hubieras ahorrado muchos problemas.

La pista se desdibujó y entonces, la ciudad empezó a quedar cada vez más abajo. Savannah observó cómo se iba convirtiendo en una ciudad de juguete y, finalmente, desaparecía cuando cruzaron las montañas. Se preguntó por qué tendría aquella sensación en el estómago. Debía de ser por la velocidad. No podía ser que le diese pena dejar Las Vegas.

Dexter sonrió un poco.

-Pues si no es volar lo que te aflige, ¿por qué tienes esa cara? ¿Acaso porque tienes información sobre mí que no puedes usar?

Savannah negó con la cabeza.

-No, es por el hotel. No entiendo tu prudencia, Dexter. Tu razonamiento es muy lógico pero...

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Que no puedes haber hecho tanto dinero así. Tienes que haber corrido grandes riesgos en estos años. ¿Por qué ibas a ser tan cauteloso ahora?

-Por supuesto que he corrido riesgos. Aún lo hago, pero en áreas en las que sé por dónde ando.

Ella se quedó pensándolo.

-¿Como jugar a la veintiuna en vez de a la ruleta, por ejemplo?

-Exactamente. Prefiero apostar a mí mismo que confiar en la suerte, que es lo que estaría haciendo si me la

jugase y construyese un complejo de juego nuevo.

-¿Cómo conseguiste el hotel? ¿Por qué?

-Porque es un terreno muy valioso y me lo ofrecieron como pago de una deuda muy antigua. Ves, en eso también tenías razón: un casino es una propiedad que no cuadra conmigo -dijo extendiendo las piernas- ¿Sabes que esto de que te entrevisten es muy interesante? ¿Qué más preguntas tienes?

-Me estás contando todo esto sólo porque he prometido no utilizarlo, ¿verdad?

-Exactamente.

-Creo que no voy a volver a hablar contigo -le dijo ella con frialdad- Si más tarde consiguiera la información por otras fuentes, no podría usarla tampoco porque tú declararías que me la diste tú mismo.

-¿De verdad? -dijo él con inocencia- ¿Ésas son las reglas no escritas?

Ella lo mató con la mirada.

-Haz lo que quieras -murmuró él- Si no quieres hablar de mí, cuéntame al menos algo sobre ti. ¿Qué otras cosas divertidas has

hecho para ganarte la vida además de rebuscar en los vertederos?

Aquel truco no la había llevado a ninguna parte y aún tenían que matar el tiempo durante un par de horas.

-Una vez cubrí la información policial en una ciudad pequeña.

-Suena muy emocionante.

-Pues no lo era. Se trataba casi siempre de accidentes de coche y conductores borrachos. Y tenía que estar siempre disponible en caso de que ocurriese algo importante. Eran muchas horas de trabajo por poco dinero... De hecho, este trabajo se le parece.

-No, en absoluto. En este trabajo vas a sufrir la humillación de tener que ponerte un abrigo de visón -dijo Dexter con dulzura.

Ella levantó la cabeza.

-Trata de obligarme.

-No lances retos si no estás preparada para que los acepten, Savannah.

Su tono había sido suave, pero ella creyó detectar en él una nota de advertencia.

-¿Qué preguntas querías hacerme?

Ella recordó la lista que había archivado en el ordenador. Pero prefería no exponérselas a Dexter.

-¿A qué te refieres? -le preguntó ella finalmente.

-Has dicho que el otro día querías entrar en el avión para hacerme un par de preguntas y desaparecer.

-Ah, eso. Ya no importa. De todas formas, ya me has dado la respuesta a la más importante.

-¿Cómo llegó el hotel a mis manos?

-No -Savannah se quedó un instante dudando y entonces prosiguió-. ¿No te lo había dicho? Quería preguntarte sobre Cassie King.

-Me decepcionas. ¿O sea que eres uno de esos que grita preguntando cuándo es la boda cada vez cada vez que me dejo ver?

-Claro que no. Yo sabía que la verdad era que no habría boda. Sólo quería que me lo confirmases.

Ella miró con tal intensidad que ella se sintió incómoda.

-¿Qué ocurre? -le preguntó al fin.

-¿Cómo lo sabías?

Ella se encogió de hombros.

-Hace un par de años, Cassie reconoció en un programa de la televisión que una vez le había salvado la vida a una mujer antes de un concierto, ¿te acuerdas?

Dexter negó con la cabeza.

-Nunca veo ese tipo de programa. Mienten tanto como la prensa

amarilla y ambos se merecen... -se detuvo como si hubiera hablado más de lo debido.

-¡Es decir, que sí estás haciendo esto para vengarte de la prensa! -exclamó Savannah, tratando de moderar el tono de triunfo de su voz.

Dexter se acomodó más en el asiento y sonrió.

-No me digas que te sorprende. Esas campañas de publicidad a base de mentiras de Cassie son un incordio y ya le he dicho varias veces, sin ningún éxito, que no lo haga. Pero tengo que admitir que lo que verdaderamente me divertía de este plan era la idea de llevarme la prensa al huerto.

-y después podrías demandarlos.

-No, eso no. Sólo les daría más de qué hablar. De este modo, soy yo quien elige el tema. Y lo mejor de todo, es que nunca sabrán que les he tomado el pelo.

-¿Es una venganza secreta?

-Es el tipo de venganza más satisfactoria. Al menos con esta clase de adversarios. Anda, cuéntame esa historia de Cassie y la mujer a la que salvó.

Savannah no estaba satisfecha, pero era evidente que él no iba a decir más por el momento.

-Bueno, investigué un poco y encontré a un testigo. Aquella mujer sufrió un ataque al corazón, eso era verdad, pero Cassie no ayudó en absoluto. De hecho, el equipo de la ambulancia tuvo que reanimarla: se había desmayado de miedo.

-No veo qué relación tiene eso conmigo.

-Que no sería la primera vez que las historias de Cassie resultan no ser como ella las cuenta. Pensé que era probable que esta fuese otra de sus mentiras porque si hubieras querido casarte con ella, lo hubieras hecho hace mucho tiempo.

-Puede que ella estuviese demasiado entregada a su trabajo.

-¿El trabajo que tú le facilitaste al presentarla al presidente de la compañía discográfica? No creo que eso te hubiese detenido.

-Me das miedo, Savannah.

-Entonces, ¿estoy en lo cierto?

-Yo no he dicho eso. Pero empiezo a alegrarme de tenerte aquí y te pueda controlar en vez de que estés por ahí fuera haciendo especulaciones.

-¿Quién ha dicho que haya dejado de hacer especulaciones sólo por estar aquí? Puede que, cuando todo esto acabe, llame a Cassie King. Nunca he prometido no escribir su biografía y mira todo la información que estoy consiguiendo.

El sonrió poco a poco.

-Te la presentaré yo.

-¿Cómo? No te va a dirigir la palabra -en los próximos cien años.

-Supongo que eso es un problema, ¿no?

Pero no parecía importarle mucho.

Savannah nunca había visto las Rocosas desde el cielo. Los vuelos que había hecho en otras ocasiones para atravesar el país habían sido a mayor altura y las nubes las ocultaban. O sea, que se pasó la mayor parte de la segunda hora de vuelo con la nariz pegada a la ventana admirando las ásperas cumbres, los verdes valles y las grises carreteras que serpenteaban por ellas. No se daba cuenta de que Dexter la estaba observando.

-¿Es que nunca has visto las montañas? -le preguntó al fin.

Ella se negó a avergonzarse ante su tono de burla.

-Hace mucho, de niña. Y nunca desde esta perspectiva -le contestó sin volver la cara.

-Estamos muy lejos del sur de Chicago -dijo Dexter esta vez con un tono comprensivo y no de burla.

-En más de un aspecto -contestó ella preguntándose si Dexter habría recorrido el mismo camino.

¿Habrían sido modestos sus orígenes? ¿O habría construido su imperio sobre el dinero de su' familia? Estaba segura de que no había nacido rico, porque eso lo hubiera descubierto enseguida al investigar sobre su vida. Pero eso no quería decir tampoco que hubiera sido pobre.

Antes de que pudiera enunciar la pregunta él añadió:

-Entonces, te van a encantar. Las Rocosas son prácticamente tan bonitas como los Alpes.

Entonces se levantó para sentarse al lado de ella. Cuando se inclinó hacia adelante para ir señalándole lo más llamativo del paisaje, su brazo rodeó los hombros de Savannah, que se vio envuelta en su calor y su fuerza igual que en el suave aroma de su colonia.

Savannah sintió un deseo casi irreprimible de recostarse en él y tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver a la realidad.

La suave lana de su manga le rozaba la mejilla cuando él movía la mano para enseñarle la nieve temprana sobre la cima de un pico. Parecía azúcar espolvoreada en un pastel, pero él le dijo que, en algunas zonas, la capa probablemente tenía varios metros de profundidad.

-¿Qué pasa si la nieve te deja aislado? -le preguntó ella.

-Nunca me ha pasado. O, si me ha pasado, no me he enterado.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Había una expresión

distante en sus ojos al observar las cumbres, como si aquel panorama le diese fuerza.

-Es curioso, ¿verdad? -le dijo él- Llevo el negocio por teléfono y fax sobre todo, o sea que, esté donde esté, el tiempo no me impide trabajar. Además, me gusta la nieve.

-¿Por qué vamos a Winter Park y no a Aspen o a Vail? Son estaciones más famosas.

Dexter sonrió.

-Por eso precisamente. Winter Park es uno de los pocos lugares en que puedo ser yo mismo.

-y quién eres tú? -pensó Savannah.

Él había vuelto a fijar su atención en el paisaje y ella pensó que no se había dado ni cuenta de que su mejilla descansaba sobre el pelo de ella. Sería que desde ese ángulo veía mejor por la diminuta ventana.

Ella se quedó muy quieta, casi sin respirar, intentando no sacado de sus pensamientos. Dos días atrás, había creído que sabía mucho acerca de Dexter Caine. Ahora comprendía que había una enorme diferencia entre tener información y conocer realmente a una persona. Ahora pensaba que toda una vida no bastaría para descubrir quién era...

Pero no tenía toda la vida para recopilar información sobre Dexter Caine. Por suerte, pensó con sarcasmo, porque, ¿qué iba a hacer con tantos datos si no podía publicar nada?

-¿Pasas mucho tiempo aquí, entonces?

-Siempre que puedo vengo. Estas montañas son uno de mis lugares favoritos del mundo -el ruido de los motores cambió levemente- Mira, ahí está la pista.

-¿La pista? -preguntó Savannah al ver una pequeña tira de cemento en la lejanía- ¿Quieres decir que ni siquiera hay un aeropuerto?

-No necesito un aeropuerto entero, ¿para qué iba a construirlo? -le respondió él con paciencia.

-¿La pista es tuya?

Savannah no sabía por qué se asombraba. Tendría que ir adaptando su forma de pensar a esa vida.

-Venir conduciendo desde Denver cada vez que tengo unos días libres no es mi idea de la diversión. Y no me gustan los helicópteros, no me preguntes por qué. No puedo explicarlo -volvió a sentarse en el asiento que estaba al principio y se ajustó el cinturón- O sea, que construir una pista resultó ser la mejor solución.

La repentina ausencia a sus espaldas dejó a Savannah con una sensación de frío.

Había dos vehículos esperando al final de la pista. Uno era un

deportivo azul marino y el otro un jeep. La tripulación se dispuso enseguida a descargar el equipaje en el jeep. Dexter se dirigió directamente al deportivo.

-¿No hay ningún periodista? -le preguntó Savannah.

-¿Acaso ya los echo de menos? No te preocupes, no tardarán en aparecer. Esa es otra ventaja de tener una pista de aterrizaje privada: incluso aunque estuvieran por aquí, no podrían entrar en una propiedad privada y molestamos.

Dexter tenía razón en cuanto al frío aire de la montaña. El calor del sol no parecía llegar hasta el valle. Savannah empezó a temblar y decidió reprimir el temblor antes que tener que explicarle otra vez a Dexter por qué no iba a ceder y ponerse el abrigo de visón.

En el coche sí hacía calor, sin embargo, y ella se relajó y se dedicó a admirar el paisaje, el valle que se estrechaba, los picos que se alzaban orgullosos a ambos

lados, las pistas de esquí, aún verdes...

En cuestión de minutos, habían alcanzado los alrededores de la ciudad. En el primer cruce, Dexter giró y empezaron a subir por la ladera dejando atrás hoteles y chalés.

La calle se hizo más estrecha y empinada y Dexter volvió a girar. Savannah estaba pensando cómo se podía conducir por allí en invierno cuando, detrás de un grupo de pinos apareció un enorme edificio blanco de líneas modernas que contrastaban con el verdor de la montaña.

Era lo suficientemente grande para ser un edificio de apartamentos, pero no había más que un tramo de escaleras que conducían a una entrada principal y había un sólo número en un poste junto al sendero de entrada.

Savannah observó la construcción sin pronunciar palabra.

Lo que Dexter Caine llamaba un pequeño refugio en las montañas no era exactamente la sencilla cabaña que ella había esperado. Era una mansión en toda regla.

CAPÍTULO 7

Savannah recordó la conversación que había tenido con Robinson el día anterior, que ya le parecía tan lejano, acerca del modo de vida de Dexter.

El mayordomo había comentado que cada casa tenía su propia plantilla, lo cual indicaba que había más de una. Pero ella se había distraído con la mención de la mansión en Irlanda y no le había escuchado con atención.

-Tengo que dejar de pensar como una campesina-se dijo a si misma a media voz.

Dexter le dedicó una sonrisa.

-Impone un poco, ¿no? Sin embargo, en invierno, cuando está todo nevado, se mezcla muy bien con el paisaje.

Marcó un código en un panel que había junto a las puertas y éstas se abrieron con un leve toque de sus dedos.

Al entrar, Savannah se quedó parada observando el interior. Se encontraba en medio de un patio cubierto bañado por el sol. En la pared opuesta, una serie de enormes ventanas triangulares enmarcaban una gloriosa vista del valle y las montañas.

No se dio cuenta del gritito de sorpresa que había dado hasta que Dexter le preguntó:

-No está mal como obra de arte, ¿eh? Y, a diferencia de una pintura, no puedes cansarte de ella porque nunca tiene el mismo aspecto dos días seguidos. Pasa, vamos a tomar algo antes de comer. ¿Te apetece un jerez, o prefieres otra cosa?

-¿Podría ser una taza de te? -le dijo Savannah, mientras lo seguía tratando de mirado todo a un tiempo.

En el centro de aquel espacio abierto se alzaba una escalera de caracol, que también bajaba a otro nivel

inferior. A través de las hojas de los árboles que lo decoraban le pareció ver una piscina.

Pasaron por el impresionante comedor y por el salón, que tenía ya la chimenea encendida. Savannah se acercó a calentarse las manos mientras Dexter pasaba a la siguiente habitación, más oscura y pequeña. Cuando ella entró, comprendió el porqué de la oscuridad: en una de las paredes había una gigantesca pantalla de televisión.

-Ya entiendo por qué no te preocupa que la nieve te aísle. Aquí tienes suficientes juguetitos para entretenerte. Siempre que la corriente no se vaya, claro.

-Para eso tengo los libros.

La luz era tan escasa que Savannah no había reparado en las

estanterías que cubrían la pared opuesta a la pantalla. Casi se le iban las manos de impaciencia por ver qué libros eran. Tenía la convicción de que la selección de lecturas de alguien decía mucho sobre su personalidad y quería saber qué le revelaban los libros de Dexter.

Él pulsó un botón escondido bajo la circular mesita de mármol negro y una suave melodía inundó la habitación.

Unos minutos después, una mujer de pelo gris con un vestido negro y un delantal blanco apareció silenciosamente.

-Bienvenido a casa, señor. Buenas tardes, señorita.

El ama de llaves, dedujo Savannah. Bueno, era un alivio ver que allí sí tenían las cosas claras.

-¿O debería decir señora? Siento sacar el tema, señor, pero corren rumores de que se ha casado usted.

-Sí, parece haber un malentendido al respecto –le contestó Dexter como ausente- No entiendo por qué.

Savannah se quedó con la boca abierta.

Él prosiguió con calma.

-A mi... A la señorita le gustaría tomar una taza de te, señora Newell.

-Como no, señorita -el ama de llaves adoptó una expresión confusa y añadió, para guardarse las espaldas- Señora. ¿Hay alguna variedad en particular que prefiera?

Evidentemente la señora Newell era una alumna aventajada de Robinson.

-Earl Grey, si lo hay. Si no sírvame lo que haya, no importa. ¿Y por qué no me llama Savannah? -añadió

mirando fijamente a Dexter- Sería mucho más fácil.

El ama de llaves pareció aliviada.

-Por supuesto, señorita Savannah. Es un nombre precioso. ¿Usted que va a tomar, señor?

- Tráeme otra taza de lo mismo. Y vamos a comer en media hora.

La señora Newell asintió y salió en silencio. Savannah se volvió para encararse con él.

-¡No me puedo creer que no se lo dijeras!

-¿Decirle qué? -contestó él, mientras rebuscaba entre una serie de discos compactos.

Savannah se golpeó los costados con los puños. Si no quizás lo hubiera golpeado a él.

-Que no estamos casados, ¿qué iba a ser? Si acabamos durmiendo en la misma habitación otra vez...

-Ah, si eso es lo que te preocupa, quédate tranquila.

Ella lo miró con asombro mientras él colocaba el disco en el

aparato. Entonces comprendió a qué se refería y se relajó un poco.

-Claro. Me había olvidado de Robinson. Él pondrá las cosas en su sitio.

Se sentó en el sofá de cuero negro y el sombrero, que aún llevaba puesto, cayó al suelo cuando ella apoyó la cabeza en el respaldo. No se molestó en recogerlo.

-No quería decir eso -le dijo él tranquilamente- Hay una suite principal con dos habitaciones, o sea que no hay ningún problema.

Savannah trató de incorporarse, pero no le era fácil. El sofá era enorme y mullido, diseñado especialmente para acunar un cuerpo cómodamente durante toda una película, fuese lo larga que fuese.

-¿No se lo vas a explicar a tus propios empleados? ¿Es que haces esto a menudo, traer mujeres misteriosas aquí?

-Claro que no. ¿No te has dado cuenta de que la señora Newell no tenía ni idea de qué hacer?

-He pensado que eso era porque yo podría resultar ser la esposa.

-Deja de darle vueltas a lo mismo, Savannah. Robinson habrá metido tus vaqueros en la maleta. ¿no?

-Supongo. Hasta se molestó en plancharlos cuando los trajeron de la lavandería... ¿Por qué?

-Podíamos ir a dar un paseo después de comer.

-Sí, me vendrá bien hacer algo de ejercicio. Y si hay algún precipicio a mano, puede que te empuje.

Dexter rió.

-No, no lo vas a hacer. Te estás divirtiendo con todo esto.

-Para ser un secuestro, no está mal -admitió ella- Pero no bajes la guardia: aún no he renunciado a escribir tu biografía. De hecho, ya estoy planeando la estructura, para cuando cambies de opinión.

El se llevó la mano al bolsillo de la pechera.

-No te olvides de que todavía tengo tu promesa por escrito. Que, por cierto, he fotocopiado y depositado en una caja fuerte en Las Vegas y además, enviado por fax a mi banco de Suiza. Por si acaso se te había ocurrido meterte en mi dormitorio de noche y quitármela.

-Eso sería muy poco ético.

Los ojos de Dexter brillaron, traviesos.

-He pensado que sería mejor advertírtelo. Así, si te encuentro una noche entrando en mi habitación, sabré

que no vas buscando ese trozo de papel.

-Estás soñando, Caine.

-¿Estás segura de que esos son mis sueños, y no los tuyos? A juzgar por cómo me recibiste la primera noche...

-Yo no empecé -le dijo Savannah con firmeza.

Él la miró con una sonrisa sensual.

-Sí lo hiciste, cariño. Me besaste como si nadie te hubiera tocado en un año.

Savannah tuvo la sensación de que se estaba sonrojando, pero antes de que pudiera encontrar la respuesta adecuada entró de nuevo la señora Newell. En esta ocasión, la acompañaba una doncella que llevaba la bandeja con el juego de te de porcelana. Un juego de te muy poco común: las piezas eran triangulares.

Tras irse estas tan silenciosamente como habían llegado, Savannah dejó caer un terrón de azúcar en la taza y probó el' te. Era Earl Grey, por supuesto.

-Ahora que lo pienso, nunca he prometido no escribir una novela sobre ti.

-Tratas de cambiar de conversación, ¿no?

Ella pasó aquel comentario por alto.

-Eso es. Escribiré un relato sobre tu vida con algunos toques de ficción y...

-Nadie se lo creerá.

Probablemente tenía razón, pensó Savannah. Incluso la ficción tenía que ser creíble.

-Entonces, tendrá que ser la vida de Cassie. Tal y como se la ha contado a Savannah Seabrooke. Será todo un éxito de ventas.

-¿Por qué te interesaba tanto Cassie que investigaste esa historia sobre la mujer a la que supuestamente salvó? Ni siquiera la publicaste. Creo recordar que sólo los periódicos de cotilleos comentaron aquel incidente.

Savannah casi se atragantó con el te.

-¿O sea que sí los lees? Bueno, me interesaba por que era información adicional sobre ti.

-Eso fue hace dos años, Savannah. ¿Ya te interesaba escribir sobre mí?

-Sí, claro, eres un buen tema.

Recordó entonces cómo en el avión había reflexionado sobre el tiempo que podría tardar en llegar a conocerlo, y la misma sensación de vacío y tristeza la invadió.

-Eso me halaga.

Ella mostró una débil sonrisa.

-Eso es mi trabajo -lo corrigió ella- ¿Cómo empezaste en los negocios, Dexter? Nadie parece saberlo.

-Es una historia muy larga y aburrida.

-Me parece que tenemos una o dos semanas de tiempo que matar -le dijo ella con sequedad- Ah, por cierto: tengo un par de artículos

preparados para enviar por correo. Nada interesante, lo juro. ¿Se los doy a Robinson para que lo haga él?

La boca de Dexter se curvó un poco.

-No, déjame leerlos antes, por favor. Me sentiré muy honrado si me permites admirar tu trabajo.

-Eso se llama censura, ¿lo sabías?

-No, se llama prudencia. No creo que te sorprenda mucho.

-Más o menos me lo esperaba. Así que, ¿cómo empezaste?

-Pero, ¿nunca te rindes?

-No, especialmente cuando una pregunta en particular le molesta a la persona a la que estoy entrevistando y ahora que sé que no quieres contestarme...

-Verás, no es que no quiera contestar, pero hablar de mí mismo me da acidez de estómago. Si no te importa esperar hasta después de la comida... -le dijo poniéndose en pie y tendiéndole una mano para ayudarle a hacer lo propio.

-Después de comer, estaré demasiado ocupada buscando un precipicio -le recordó ella.

Dexter dio un paso al frente al tirar de ella, de manera que, al ponerse en pie, Savannah casi chocó contra su pecho. Durante un largo instante, se quedó observándolo y sintió que le costaba respirar, como si tuviese la garganta alfombrada de papel de lija. Él la miraba a los labios.

Un movimiento junto a la puerta le llamó la atención y Savannah volvió la cabeza para ver al ama de llaves

esperando.

-La comida está servida, señor.

Dexter no se movió.

-Gracias, señora Newell.

O sea, que él sabía que los había estado observando, pensó Savannah con una extraña mezcla de enfado y alivio. No tenía de qué preocuparse: él había hecho aquella escena para la galería y no tenía ningún otro motivo. Pero el enfado era por otra razón: no le gustaba que la pusieran en evidencia simplemente para hacerle comprender algo a un sirviente.

¿O también estaba enfadada porque no había habido nada de verdad en aquella escena?

Se mordió el labio y alejó de su mente aquellos pensamientos. Estaba segura de que era mejor no darle más vueltas a aquella posibilidad.

Robinson revoloteaba alrededor de la mesa del comedor que estaba puesta, observó Savannah, igual que la de Las Vegas: con su cubierto a

la derecha de Dexter y no enfrente. Aquello se podía interpretar como un deseo de tenerla cerca, aunque también era el lugar que ocupaba normalmente el invitado de honor. Otra forma de crear ambigüedad de cara a los empleados, reflexionó Savannah. Dexter Caine era un maestro en aquellas lides.

Ella le sonrió a Robinson mientras éste le llenaba la copa de vino y él le respondió con una breve y respetuosa inclinación de cabeza.

«Ya está otra vez tenso», pensó Savannah. «Claro que aquí es el jefe y tiene que dar ejemplo a los demás empleados.» No sería adecuado comportarse demasiado amistosamente con... Con quienquiera que Savannah fuese. Suspiró. Aquella aventura empezaba a hacerle plantearse su identidad. En cuestión de un mes, seguro que le parecía que todo había sido un sueño.

Tras la comida, Dexter condujo a Savannah arriba y le mostró la suite principal, que ocupaba casi la mitad del piso. El dormitorio que le mostró era enorme y luminoso, con un balcón que daba al valle.

-¡Qué acogedor! -exclamó Savannah- Si quitásemos la cama, podríamos jugar al béisbol aquí.

-Buena idea -murmuró Dexter-. Y una forma muy original de sugerir que preferirías dormir en la otra habitación, conmigo, esta noche. Savannah, estoy halagado, conmovido, estoy...

-Estás loco.

Él sonrió.

-Tienes media hora para cambiarte. Te espero.

Savannah cerró la puerta tras él y miró a su alrededor. Los colores claros y el escaso mobiliario hacían parecer la habitación aún más grande. Siguió explorando y descubrió un lujoso vestidor y un cuarto de baño muy exótico, con una gran bañera de mármol rosa rodeada de delicados productos de baño. Le tentó probarlos, pero no tenía mucho tiempo.

Encontró los vaqueros colgados en el vestidor. Abrió todos los armarios y reparó en que no había en ellos más que lo que Robinson había empaquetado aquella misma mañana en Las Vegas. No le sorprendió: unos empleados tan eficientes jamás dejarían huellas del paso de una mujer para que las viese otra.

¿O sería verdad que no solía llevar mujeres allí?

La sensación de ponerse de nuevo los vaqueros le resultó muy agradable, aunque sospechó que Robinson,

además de plancharlos, los había almidonado un poco. Flexionó varias veces las rodillas para que perdieran la

rigidez y se puso un jersey bajo la chaqueta azul. Aquello sería suficiente: hacía sol y no tendría frío.

Cuando salió del vestidor, lo primero que vio fue a Dexter en el balcón, de espaldas. Debía de dar también a su habitación, pensó Savannah.

Al oírla se volvió y, en aquel instante, un golpe de brisa le alborotó el pelo y sonrió. Fue un auténtica sonrisa, ni burlona ni contenida, como era habitual. Como si de verdad se alegrase de verla.

Si en anteriores ocasiones, cuando llevaba el esmoquin o iba de traje, le había parecido que estaba atractivo ahora, con unos vaqueros y una cazadora a juego, estaba más atractivo que nunca. Ahora sí parecía alguien de verdad y no un personaje de ensueño. Y aquello aumentaba el peligro.

Él le tendió una mano.

-Ven aquí, quiero enseñarte una cosa.

«Guarda las distancias, Savannah», se dijo para sí. «Es lo más sensato.»

Pero no prestó atención a su propio sentido común y se acercó a él como si la inexorable fuerza de gravedad actuase de improviso en horizontal y no en vertical.

Él le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

Señaló una cornisa a unos metros bajo ellos en la cual un animalito con una llamativa franja en el lomo se alzaba sobre las patas traseras mirándolos con desconfianza.

-¡Una ardilla! ¿Cómo ha subido hasta ahí?

-Trepan por las paredes si tienen una buena razón. Y la tiene -le dijo él al tiempo que le tiraba al animal un cacahuete- Mira que avariciosa, ya lleva seis. ¿Es que no me vas a dejar guardar ninguno para tus compañeras de la montaña?

El camino que tomaron comenzaba cerca, a espaldas de la casa, y subía por la empinada ladera. En pocos minutos, Savannah ya estaba jadeando.

-¿Qué te pasa? ¿Es que no estás acostumbrada a caminar? -dijo él deteniéndose.

-Sí -le contestó ella, dejándose caer sobre un tronco que había junto al sendero-. Pero, por si no te has dado cuenta, la avenida Michigan es plana como una tabla comparada con este agradable paseo.

-Supongo que no es lo mismo, claro -admitió él sentándose junto a ella, aunque no daba ninguna muestra de cansancio.

-Te encanta esto, ¿verdad? -le dijo ella en tono acusador- La altura, el frío y todo.

Dexter asintió. Desde donde estaban, ya no se veía la casa, sólo la hermosa extensión del valle verde y los pinos y abetos que les

rodeaban. Algún lejano y ocasional claxon de coche o el ruido de algún camión era lo único que les recordaba que no estaban solos en el mundo.

-y especialmente la tranquilidad -comentó Dexter-. Aunque eso se acaba cuando empieza la temporada de

esquí.

-¿ y dónde te vas entonces? ¿A la Costa Azul?

Él sonrió levemente.

-A veces me gusta tumbarme en la playa, por supuesto. Y hay un par en Hawai que me gustan especialmente pero...

-Seguro que son privadas.

-¿Que si son mías? No, sólo ciertos tramos.

-Lo sabía -dijo Savannah, al tiempo que se ponía en pie- En cualquier caso, ¿a dónde nos dirigíamos? ¿A la cima?

-No, el camino sigue subiendo otros cien metros y luego tuerce y vuelve a bajar a Winter Park.

-¿Sólo tenemos que subir otros cien metros? ¡Qué alivio!

Él aflojó el paso el resto de la subida y, cuando el terreno se hizo finalmente llano, Savannah pudo volver a conversar.

-¿Cuánto tiempo piensas prolongar esta farsa de que quizá estemos casados?

-El tiempo que sea necesario. Y dado que la prensa amarilla suele ser semanal...

-No estaba pensando en la prensa sino en tus empleados. ¿Por qué no les has dicho la verdad ni siquiera a ellos?

-Porque cuanta menos gente conozca un secreto, menos posibilidades hay de que a alguien se le escape. Podría aparecer por aquí algún periodista y enredar a una de las doncellas, por ejemplo, diciéndole que hay rumores de tú no eres la mujer adecuada para mí o algo así. Y a ésta se le podría escapar algo así como «no hay de qué preocuparse, ni siquiera es verdad que estén casados» sin darse cuenta. Mis trabajadores tienden a defenderme y, a veces, eso es contraproducente.

Savannah se puso más seria.

-Supongo que tienes razón pero... ¿Vas a contarles la verdad alguna vez o no?

-Sí, cuando todo acabe. ¿Por qué? ¿Te preocupa que eche a perder tu reputación?

Ella sonrió.

-Habrá gente que piense que esto la habría beneficiado, sin embargo.

-La modestia me impide opinar al respecto. Éste es el punto más

alto del camino y ahora vamos a empezar a bajar. Es un paseo muy agradable, ¿no te parece? Un kilómetro y medio más o menos.

-¿Un kilómetro y medio de subida o en total? -murmuró ella.

Más tarde, descubrió que bajar exigía casi tanto esfuerzo como subir. Acabaron por dolerle los músculos posteriores de los muslos pero, aún así, tuvo que admitir que merecía la pena por la belleza del paisaje. Y si Dexter valía como ejemplo, estaba claro que haciéndolo con regularidad cada vez costaba menos.

Sin embargo, ella no tendría tiempo de comprobarlo. Ponerse en forma le hubiera llevado más de un par de semanas y para entonces, ya estaría en casa.

Mejor que no lo olvidase.

A la vuelta, Robinson les estaba esperando con varios mensajes telefónicos.

-Mitchell ha llamado desde Australia, señor. Varias veces.

Savannah le dijo entonces dulcemente.

-Estoy segura de que preferirás que no esté merodeando por aquí mientras hablas de negocios, cariño, o sea que voy a inspeccionar esa bañera de burbujas que has tenido el detalle de instalar en mi cuarto de baño.

-No es muy amable por tu parte comentarme que vas a disfrutar de la vida un rato mientras yo trabajo -le dijo Dexter cuando ya se alejaba.

Savannah se inclinó sobre la barandilla de la escalera de caracol.

-Pero querido, te dije que no despidieses al pobre Peter. Piénsalo, si estuviera aquí...

Dexter puso un pie en el primer escalón.

-Podría ocuparse de todo esto y yo te haría compañía en la bañera.

Savannah tragó saliva para calmarse ante el torbellino de sensaciones que aquellas palabras provocaron.

Dexter rió.

-No, no he vuelto a contratarlo. Pero me estás dando muchas ideas, cariño.

Savannah cerró la puerta del baño con cerrojo. Disfrutó mucho de aquel largo baño, seguido de una siesta y para la hora de la cena, estaba como nueva.

La deliciosa carne y la tarta de frambuesa como toque final también hicieron mucho por su buen humor.

-De hecho -le confió a Dexter al levantarse de la mesa-, si tuvieras por ahí una cafetera para hacerme cappuccino esto sería el paraíso.

-No tengo ni idea de si la habrá -le respondió él, mientras la guiaba hacia el cuarto de la televisión de nuevo.

Él estaba todavía mirando los discos y preguntándole a ella qué prefería cuando apareció Robinson con dos cappuccinos.

«Qué poco me costaría acostumbrarme a esto», pensó Savannah. Parecía magia. Los aviones y los coches se materializaban cuando eran necesarios y luego, desaparecían sin más complicaciones. La ropa limpia aparecía en el armario sin que ella hubiera visto siquiera quién la había llevado allí. Había hecho un comentario sobre un café y un minuto después allí estaba, cremoso y perfecto como una foto de anuncio.

-Creo que esto será todo por hoy, Robinson -le dijo Dexter al mayordomo.

Tras salir el mayordomo, se acercó a sentarse junto a Savannah en el mullido sofá y, al hacerlo, le pasó un brazo por los hombros.

-Me ha parecido oír un suspiro de satisfacción. Ella se puso un tanto tensa.

-Es por el café.

Él la besó con delicadeza, siguiendo la línea de los labios con la punta de la lengua.

-Sabe muy bien. Pero tú sabes mejor.

Parecía imposible que algo tan suave y delicado tuviese el poder de desatar un terremoto en su interior.

-¿Por qué has hecho eso? -susurró Savannah- No hay nadie aquí ante quien fingir.

Él le besó la comisura de los labios y no parecía dispuesto a responder. Finalmente murmuró:

-Nunca he dicho que no me gustara jugar con fuego de vez en cuando, Savannah.

Repentinamente, sus labios tomaron los de ella con energía. Él no le exigía ni le pedía nada con aquel beso,

simplemente esperaba que ella reaccionase a él. Que fue exactamente lo que ella hizo. Sin poderlo evitar, tomó su cabeza entre las manos y deslizó los dedos entre su cabello para atraerlo más hacia sí.

Él le mordisqueo la oreja y susurró:

-Me he pasado toda la tarde pensando en ti metida en la bañera. Que es justo lo que tú pretendías. Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

Ella apartó la boca cuanto pudo, que no era mucho porque él la mantenía abrazada, y negó con la cabeza.

-No.

-Entonces, ¿por qué lo has dicho? -dijo él, haciéndole levantar la cara para que lo mirase- Porque a ti también te gusta jugar con fuego, Savannah. Si no fuera así, jamás hubieras entrado en la oficina de

Peter ni hubieras subido al avión en Chicago.

Ella bajó los ojos. Probablemente tenía razón en aquel punto.

-y ahora, ¿qué? -sus dedos acariciaron el cuello de Savannah hasta llegar al punto en que su pulso se agitaba- No veo ninguna razón para que no encendamos alguna cerilla, ¿y tú?

-¿Quieres decir tener una aventura? -le dijo ella en un tono inexpresivo.

-Es una forma muy burda de decido tratándose de alguien con tu dominio del lenguaje, cariño. ¿Por qué no decir que vamos a disfrutar el uno del otro y ya veremos que pasa después?

Sus labios siguieron el camino que los dedos habían trazado y Savannah sintió que el deseo despertaba en ella. Quería volver a probar su sabor, quería...

Entonces fue cuando empezó a preguntarse qué había sido de su cordura.

Apartó bruscamente la cabeza y se separó de él hasta llegar casi al otro extremo del sofá. Se quedó sentada muy rígida sin atreverse a mirarlo ni a moverse, aunque sabía que él la observaba. La sensación de sus ojos recorriéndola era casi física, casi como una caricia.

-Cuando cambies de opinión -le dijo él en un tono sensual-, házmelo saber.

Aquellas palabras rompieron el hechizo. Savannah corrió escaleras arriba a refugiarse en el dormitorio sin mirarlo siquiera.

Ahora que el sol se había ocultado, la habitación, le resultaba muy fría. No por la temperatura, que era suficientemente cálida, sino por el frío fruto de la soledad. Como si a pesar de toda su belleza aquella habitación no hubiera sido habitada nunca y no hubiera adquirido personalidad ninguna.

Como si, pensó Savannah, aún estuviera esperando a la mujer que le diese algo de vida.

«¿ Y tú crees que puedes ser esa mujer?», se dijo burlándose de sí misma.

Era una idiota si lo creía siquiera por un minuto. Jugar con fuego, eso era todo lo que Dexter estaba haciendo. Era parte de su naturaleza el que le gustase correr riesgos como lo era de la de Savannah. En eso tenía razón él. Pero, aunque había visto las semejanzas, se le habían escapado las diferencias.

Dexter se aseguraría de no quemarse pero, ¿qué sería de Savannah?

La precaución de él era innata y la de ella no era parte de su carácter. El apostaba por sí mismo y confiaba en su habilidad para aumentar las posibilidades de ganar. Ella jugaba a todo o nada, sin

término medio y, a veces, sin pensar mucho en el resultado. Si Dexter estaba jugando con fuego, ella estaba jugando con una explosión nuclear.

Y, quizás, era demasiado tarde para detenerse.

CAPÍTULO 8

Savannah durmió mal aquella noche. Aunque la cama era confortable, la formalidad del dosel y la sensación de soledad que aquella habitación le transmitía le hicieron sentir frío y ni siquiera las mantas extra que encontró en el armario sirvieron de nada. Al fin, consiguió dormirse profundamente cuando los primeros rayos de luz entraban por las finas cortinas.

Se despertó muy tarde, pero al descorrer las cortinas comprendió por qué había dormido tanto: la niebla cubría el valle llenando cada rincón de un húmedo gris.

Desde la ventana de su habitación no se veía nada y, al mirar por las del vestíbulo, se dio cuenta de que la hermosa vista se había esfumado. Era como si hubiesen envuelto la casa con papel de seda.

Desde el comedor le llegó la desesperada voz de Dexter.

-Porque la niebla me tiene atrapado, por eso. Tardaría horas en llegar en coche a Denver.

No se oyó ninguna respuesta y Savannah dedujo que debía de estar al teléfono.

-¿Para qué crees que te pago si no? -continuó en tono impaciente- Si hay alguna razón por la que no te puedas ocupar tú mismo de esto, quizás debiéramos reconsiderar las condiciones de tu contrato -hizo una pausa y luego añadió-. ¡Si sólo estuvieras jugando con mi dinero no estaría tan enfadado!

Savannah dio un silbido y remoloneó por el patio cubierto hasta que oyó el inconfundible sonido de un auricular que colgaban violentamente. Incluso entonces dudó entre volver a la habitación y llamar desde allí a Robinson o aventurarse a entrar en el comedor.

Claro que podía ser interesante ver al imperturbable Dexter Caine en pleno ataque de furia. Por lo que había leído, incluso sus empleados lo consideraban algo poco habitual, ya que normalmente cuando se enojaba se volvía aún más distante y cortés y, consecuentemente, más peligroso.

Cuando entró, Savannah, apenas se levantó de la silla y a su saludo respondió con un gruñido. Ella se sirvió una taza de café mientras lo observaba con cautela.

Aquella mañana estaba vestido informalmente, con unos pantalones de pana y un jersey azul oscuro de ochos. Había varios periódicos esparcidos por la mesa y a un lado yacía apartado un plato con un gofre a medio comer. En su lugar, frente a él, estaban el teléfono y un documento que parecía un contrato. Puso las páginas en

orden, lo arrojó sobre el desordenado montón del interior de su maletín y apoyó el puente de la nariz en los dedos, cerrando los ojos.

-Siéntate.

-No puedo -le explicó Savannah-. Tu maletín está en mi silla y no me atrevo a tocarlo por temor a que me acuses de espionaje además de todos los demás delitos que supuestamente he cometido.

Miró el contrato. Leer al revés era un talento que había intentado cultivar con poco éxito. Pero hubiera jurado que decía algo de una fundación, un instituto y viviendas...

-Lo siento -le dijo él, poniéndose en pie para cambiar de sitio el maletín y ayudarla a sentarse- Aunque tampoco podrías utilizar contra mí lo que descubrieses. Has hecho una promesa.

-Sabes, creo que te equivocas en eso -le dijo ella, removiendo el café-. Una promesa hecha bajo coacción no tiene validez. Además, yo sólo he prometido no utilizar lo que me contases y no dije nada respecto a lo que pudiese leer si lo encontraba por la casa. Aunque puede que no esté en lo cierto. Como no tengo ni una copia del papel que te firmé, ni siquiera lo puedo releer para asegurarme.

Los ojos de él brillaban.

-Supongo que quieres que vaya a buscarlo para que puedas buscar algún punto ambiguo.

-Sólo si me dejas a solas con tu maletín mientras tanto. Bonita vista -dijo Savannah, mientras señalaba hacia las ventanas.

-Es como estar flotando entre las nubes.

-y estar en medio de un merengue. Y yo que pensaba que la nieve sería el mayor problema de este lugar...

-Normalmente las niebla cubre las cumbres. Entonces no puedes volar, pero al menos puedes salir de aquí por carretera. Con tanta niebla como hoy, ni siquiera eso es posible -Dexter tomó entonces uno de los periódicos y lo lanzó hacia ella- Mira lo que cuentan los ecos de sociedad.

-¿Quieres decir que hasta los periódicos serios han sacado la noticia? .

Mientras sorbía el café leyó el pequeño recuadro con la diminuta foto en que aparecían los dos.

-La foto no está mal -admitió entonces.

-Ni siquiera pareces tú -le contestó Dexter, alzando las cejas.

-A eso me refería. Peor sería que sí se me reconociese -Savannah dobló entonces el periódico para manejarlo mejor y leyó en voz alta- «El multimillonario Dexter Caine sorprendió a Las Vegas cuando pareció anunciar que la misteriosa dama con la cual estaba cenando era su esposa. Sin embargo, los periodistas especializados afirman no

haberla visto nunca y comentaron además que ninguno de los dos lucía el anillo de casado...»

Acto seguido dejó a un lado el periódico y meneó la cabeza tristemente.

-Debería habérseme ocurrido que alguien tan inexperto como tú en cuestiones matrimoniales iba a pasar

por alto algo tan obvio como el anillo de casado -añadió Savannah.

-¡Maldita sea! ¿Quién iba a pensar que iban a fijarse en un detalle tan tonto?

-Mi querido Dexter, cuando se trata de este tipo de periodistas ningún detalle carece de importancia. Habrán aumentado la foto tanto para fijarse en todo que si alguno de los dos necesitase un empaste, ellos lo sabrían antes que nosotros.

-¿Cómo sabes tanto de la forma en que trabajan? ¿Es que has hecho alguna vez un reportaje sobre el tema? Savannah se quedó sin respiración un instante. -Algo así.

Pero Dexter no la estaba escuchando. Estaba mirando de nuevo el periódico.

-Supongo que tendremos que aparecer con anillo a partir de ahora. O mejor dicho, con dos: el de compromiso y el de casados.

-¿No crees que hacer eso de repente les parecería sospechoso? Quizá fuese mejor idea que dejases caer en público que estás muy disgustado porque no quiero llevar anillo de casada.

-¿Tienes algo en contra de los anillos, Savannah?

-La cuestión no es ésa. Muchos hombres se niegan a llevarlo y a nadie parece importarle. ¿Por qué iba a ser tan grave que una mujer no quisiera hacerlo?

-¿Qué clase de anillo prefieres?

-No te rindes, ¿eh? Por cierto, ¿dónde está Robinson? Si tenemos que discutir esto, prefiero que sea con el estómago lleno.

Como respuesta, apareció el mayordomo con dos platos. En cada uno de ellos había un enorme gofre recién hecho cubierto de trozos de fruta.

-Si quiere tomar algo más, señorita Savannah...-empezó a decir.

-No, no. Esto es perfecto dijo tomando un trozo de melón mientras Robinson depositaba el otro plato ante Dexter y se llevaba el usado-. Te tiene muy mimado, ¿sabes?

-Sin duda -replicó él- ¿Cómo quieres el anillo, Savannah?

Ella se quedó pensándolo. Aquella le parecía una idea pésima, no sabía por qué. O sea, que decidió pedirle un anillo que fuese imposible, o al menos muy difícil, de encontrar. Algo extravagante, algo que ningún joyero en su sano juicio pudiera concebir...

-Un ópalo -respondió al fin- con diamantes y esmeraldas, ah, y un racimo de perlas rodeándolo.

Dexter estuvo a punto de sonreír, como si supiera qué le pasaba a Savannah por la mente.

-Robinson, en el ático hay una caja de joyas, una que tiene la tapa de madera con incrustaciones. Tráemela, por favor.

Ella suspiró.

-No tendrás de verdad un anillo con un ópalo escondido ahí arriba, ¿verdad?

-No lo sé, pero ahora lo averiguaremos. Si no quizá podamos encontrar otra cosa que puedas soportar lucir en el dedo -hizo una pausa y comenzó a comer- ¿Has perdido el apetito, cariño? Mira, no podemos bajar al centro a comprarlo. Si estás en lo cierto respecto a los métodos de esos periódicos, seguro que hay periodistas vigilando las joyerías. ¿No decías que sabías cómo funcionaban?

-Sí, una vez leí un artículo sobre eso. A veces, tienen buenas ideas sobre cómo investigar sobre un tema.

Dexter sonrió.

-¿ y así es cómo aprendiste a colarte en las oficinas? Ah, gracias, Robinson.

La bellísima caja de madera contenía joyas de hacía dos generaciones: broches, adornos para el pelo, pulseras. Había un alfiler con un leopardo de oro en el que relucían unos malévolos ojos verdes. Y había collares de todos los colores y estilos.

Savannah se probó algunas de las alhajas y se las mostró a Dexter.

-¡Qué divertido! Hubiera dado el brazo derecho por tener este surtido a mano cuando era pequeña y jugaba a disfrazarme.

-Sí, ya me lo imagino -le contestó él con una media sonrisa, mientras rebuscaba y sacaba un anillo-. Esto es un ópalo, según creo -le dijo mostrándoselo-. A menos que hayas cambiado de opinión... No tiene perlas ni esmeraldas, pero sí suficientes diamantes como para compensarlo, creo.

Savannah observó la hilera de diamantes. Habían acumulado suciedad, pero estaba claro que eran diamantes auténticos. Entonces, observó con más atención el brillante amasijo que había en la caja y se quitó uno de los pendientes que se había puesto para verlo mejor. Era de rubíes y de un tamaño que jamás hubiera soñado que existiese. Le temblaron los dedos y lo arrojó dentro de la caja como si le quemase.

-¿Qué ocurre? -le preguntó Dexter.

-¡Es todo auténtico!

-Pues claro. Mi abuela se hubiese disgustado mucho si la gente

hubiera creído otra cosa.

¿Su abuela? Entonces sí que había tenido una fortuna familiar respaldándolo cuando empezó en los negocios. Y cuantiosa, porque de lo contrario hubieran tenido que vender las joyas para hacer las primeras inversiones.

Savannah se imaginaba a una aristocrática dama cubierta de valiosas joyas y a Dexter sentado en sus rodillas aprendiendo cómo manejar el dinero; y la posición social, y a los sirvientes...

Dexter seguía revolviendo en la caja mientras hablaba.

-Mira, pruébate este junto al del ópalo -le dijo enseñándole un gran anillo de oro con diamantes.

-Dexter, no puedo explicarte por qué, pero esto me parece una idea muy mala.

-Me parece que te estás poniendo nerviosa. Te quedan perfectamente -le dijo al tiempo que le colocaba los dos anillos en el dedo.

-¿Y tú qué? ¿No deberías llevar uno?

-Tú misma lo has dicho: hay muchos hombres casados que no lo llevan -se puso en pie y añadió-. Tengo que irme. Dile a Robinson que limpie esas piedras, estarían mucho más bonitas.

-¿ y por qué no se las mandamos a un joyero profesional para que lo haga? Así se extendería el rumor de que me has regalado las joyas de la familia y por eso no las he llevado antes, porque estaban aquí y hemos tenido que venir a por ellas...

Y, si tenía suerte, tardarían en limpiarlas y no tendría que llevar los anillos. ¿Por qué le molestaría tanto la idea de ponérselos?

-¿Sabes? Cuando te dejas llevar, se te ocurren unas ideas fantásticas -le dijo Dexter, volviendo al comedor- Llevaremos a limpiar los anillos esta tarde y esperaremos allí hasta que estén listos. Ahora que por fin los tienes no querrás separarte de ellos por mucho tiempo, ¿no?

Sus labios le rozaron la mejilla tan suavemente como si fuera un sueño y desapareció de nuevo.

Savannah se miró la mano. ¿Cómo se sentiría la abuela de Dexter si supiera que lo iban a usar para tal farsa? Seguro que no le hubiera complacido mucho. ¿No había comentado Dexter algo sobre la capacidad de su abuela de hacerle sentirse culpable?

Savannah se dio cuenta de que le estaban un poco grandes. Se los pondría sólo cuando fuese imprescindible, ya que sería fácil que los perdiese. También sería fácil que se acostumbrase a llevarlos y que se olvidase de que sólo eran un préstamo. Sin duda, sus reservas a la hora de usarlos procedían de los últimos vestigios de su sentido

común.

Movió levemente la mano para ver cómo destelleaban los diamantes. ¡Qué hermosos serían cuando estuvieran limpios!

y qué hermoso sería todo aquello si fuese verdad. Se mordió el labio y el dolor enmascaró el que sentía

en el corazón. Pero ya no había manera de enmascarar la verdad.

En el plazo de pocos días en aquel ambiente irreal, mientras fingía ser la mujer a la cual Dexter Caine amaba, había llegado a desear ser esa mujer. La noche anterior se había preguntado si no sería tarde para parar aquel peligroso juego. Ahora, sabía que su instinto no estaba equivocado: era muy tarde, demasiado tarde.

Dexter Caine había invadido su vida, lo cual era un fenómeno provisional que acabaría tarde o temprano. Pero Savannah también había dejado que entrase en su corazón. Se había enamorado de él y eso, esa complicación, no acabaría ni tarde ni temprano.

No fueron juntos a la joyería porque a la hora de comer en vez de volver Dexter le envió una nota con Robinson.

Savannah estaba en el salón esperándolo y leyendo una revista cuando entró el mayordomo con el sobre. Ella se preocupó al verlo y después de leer el mensaje, tampoco se sentía más tranquila. Los problemas de trabajo de Dexter se habían agravado desde la hora del desayuno y requerían su presencia, o sea, que había aprovechado un rato en que el tiempo se había mostrado más clemente para volar a...

-¿Se ha ido a Newark? -dijo mirando a Robinson con desánimo- ¿A Newark de New Jersey? ¡Con esta niebla!

-Sí, señorita. Me pidió que le dijese que no tenía tiempo de llevarla a usted. El avión tenía que despegar justo en cierto momento o quizá ya no tuviese oportunidad de hacerlo. Volar por entre estas montañas ya sería bastante arriesgado incluso si no hubiera niebla.

-Ya, ya lo sé. Estoy preocupada por él -dijo añadiendo rápidamente- y por la tripulación, claro.

«y lo echo de menos. ¿Cómo voy a resistido cuando pasen estos días y no vuelva a verlo nunca más?»

-Pero no me siento excluida. Esta vez ni siquiera te ha llevado a ti -añadió con firmeza.

-No es un destino muy apetecible, señorita.

-¿Allí no tiene una mansión?

Robinson se permitió una sonrisita.

-No, en Newark no. El señor Caine ni siquiera dispone de una suite de hotel allí, me temo.

-Creo que está más interesado en otro tipo de vivienda en Newark -musitó Savannah-. De hecho, este no es un viaje de negocios, ¿verdad,

Robinson?

El mayordomo adoptó una expresión de asombro. -¿Perdón, señorita...?

-Quiero decir que la fundación del señor Caine no es exactamente con ánimo de lucro. ¿Tengo razón? Robinson se relajó un poco.

-Eso es cierto. Pero el instituto ha hecho mucho bien en la áreas menos privilegiadas de la ciudad, señorita.

Savannah esperaba que al menos hubiera dejado escapar el nombre de la fundación. Si se hubiera llamado Caine lo hubiera descubierto hace tiempo. Se preguntó entonces cómo la hubiera mantenido al margen si la niebla no le hubiera dado una buena excusa para dejarla en casa.

En casa... ¡Qué sencillo le resultaría pensar en aquel lugar como su casa! Y qué peligroso.

-¿Cuándo estará de vuelta? -dijo esperando que la pregunta no sonase a mujer abandonada.

-Lo esperamos el miércoles por la tarde. Desde luego, a tiempo para la fiesta.

Savannah dejó caer la revista de sus manos.

-¿Qué fiesta?

A Robinson no pareció chocarle su reacción.

-El señor Caine dio orden de que se organizase el miércoles por la noche un pequeño cóctel para los vecinos. ¿Tiene usted alguna petición o sugerencia?

«Que la cancelen», pensó Savannah. ¿Qué estaría tramando Dexter ahora?

-No, nada en absoluto, Robinson. Estoy segura de que tú te ocuparás de todo a la perfección.

-Sí, señorita Savannah. Si se le ocurre algo respecto al menú o la organización...

-No dudes que te lo haré saber -murmuró ella.

Tras comer y retirarse a su habitación a trabajar un rato, Savannah salió a buscar a Robinson. Quería que se encargara de enviar los artículos que acababa de terminar a las revistas que se los habían encargado. Tras recorrer la enorme casa, que parecía completamente deshabitada, se dirigió a la enorme cocina de acero inoxidable.

Empujó la puerta y oyó la voz de un joven diciendo: -¿De verdad creéis que se ha casado con ella?

A Savannah le pareció reconocer la voz. Aquel joven le había encendido la chimenea aquella misma mañana.

-A ti no te corresponde hacer esas especulaciones –le contestó la señora Newell.

-Pero no parece probable -intervino otra voz masculina, esta vez con acento extranjero-. Nadie de las otras casas la ha visto antes ni sabía que existiese. ¿Y ahora vamos a creer que de repente se ha casado con ella?

Savannah abrió un poco más la puerta. El chef y el joven estaban de espaldas junto a la mesa de trabajo, una joven picaba verduras junto a la pila y la señora Newell estaba sentada frente a una taza de té.

El chef continuó hablando.

-Yo creo que sólo se está entreteniendo un poco. Y, desde luego, ella debe de ser muy entretenida. Tiene...

Savannah supo que la joven la había visto cuando ésta le chistó al chef para que se callase. La señora Newell la miró horrorizada. El chef se volvió tan rápido que una gota de nata salió volando de la espátula que tenía en la mano y fue a parar directamente al labio superior de Savannah. Ésta se alegró de que no le diese en un ojo: hubiera sentido mucho perderse la cara del chef.

Todos se quedaron helados durante unos segundos.Entonces, Savannah se llevó la nata a la boca con un

dedo.

-No está mal-le dijo-. Puede que tengas que ponerle más azúcar. Depende de qué vayas a hacer con ella.

-Adornar la gelatina, señorita Savannah. Señora -repuso éste tragando saliva.

-Señorita Savannah es suficiente. No tienes por qué tener miedo. No voy a echarte, no sabría cómo explicarle al señor Caine por qué tiene sopa de sobre para cenar -metió el dedo en el cuenco de la nata, le sonrió al chef y le dibujó un blanco bigote sobre los labios- Ya estamos en paz. Y, si de verdad quieres caerme en gracia, me gustaría cenar una salchicha alemana con ensalada de col como guarnición. ¿Sabe alguien dónde está Robinson?

La señora Newell pareció volver a la vida.

-En su apartamento, señorita Savannah. Yo lo llamaré.

-No lo moleste. Cuando aparezca por aquí, dígale que tengo algo que preguntarle, eso es todo.

El silencio en la cocina era absoluto, pero en el momento en que la puerta se cerró tras ella, Savannah oyó un murmullo y una voz con acento que se distinguía entre las otras.

-Esa mujer es una verdadera dama -dijo el chef- Y si no se ha casado con ella espero que lo haga. Savannah sonrió, pero los ojos le picaban.

-No creo -susurró para sí misma.

Puede que Dexter la encontrase entretenida. Incluso el chef se había dado cuenta. Pero le había dicho muchas veces, directa o indirectamente, que no era el tipo de mujer que le interesaba. El tipo de mujer que a él le podía interesar no se volvería loca por las salchichas alemanas, ni se mostraría amistosa con el mayordomo, ni intercambiaría bigotes de nata con el chef...

De hecho no se imaginaba a Dexter haciendo nada parecido, intercambiando historias picantes con el piloto del avión, o preguntándole a la señora Newell qué tal iba su artritis. Por más que lo intentaba no lo veía en ese papel. Crear una fundación o ayudar a darle a una niñita accidentada la terapia que necesitaba eran otra cosa.

No es que fuese una persona fría o indiferente ante los demás. Simplemente veía las cosas de manera distinta a ella.

y si era lista, se dijo Savannah, recordaría en todo momento que no tenían nada en común.

La casa estaba terriblemente vacía sin él y, después de cenar, Savannah volvió a su habitación para seguir trabajando. Pero ahora que había enviado los otros dos artículos sólo le quedaba un tema en que centrarse. Finalmente se rindió y sacó en la pantalla del ordenador la lista de preguntas pendientes para Dexter.

Tras hacerlo, se quedó largo rato mirándolas y mirando los anillos que, tras limpiarlos con agua y jabón, resplandecían en su dedo. Y comprendió con total claridad que, desde el principio, se había sentido desesperadamente atraída hacia él y que si se había quedado a su lado, no había sido por las amenazas que éste le hizo.

También entendió que si quería conservar la cordura, no debía permitirse soñar con llevar aquellos anillos el resto de su vida. Con tener a Dexter Caine junto a ella el resto de su vida.

¿ Y él? Sus fines eran distintos. Él hablaba de divertirse, de jugar con fuego...

Robinson llamó en aquel instante a la puerta.

-Señorita Savannah, el señor Caine al teléfono. Ella se precipitó a descolgar el auricular y, al darse cuenta de su impaciencia, trató de que no se reflejara en su voz.

-Hola -la voz de Dexter sonaba ronca, como si estuviera cansado-. ¿Me echas de menos, Savannah?

-No -dijo ella también un tanto ronca- Éste es el mejor alojamiento del que he disfrutado en mi vida. ¿Quién necesita compañía?

-Robinson me ha dicho que has enviado por correo unas cosas.

-Exactamente -dijo dejando que se notase un asomo de sorpresa en su voz- ¿No es lo que esperabas que hiciese en cuando te dieses la

vuelta? De hecho, me ha decepcionado mucho que Robinson ni siquiera se haya molestado en leer los artículos. ¿Es que te fuiste tan aprisa que no te dio tiempo a advertirlo?

-Con eso contabas tú, ¿no?

-Por supuesto que no -le contestó ella con alegría-Me he pasado horas pasándolo todo a un código secreto. Por eso estoy tan decepcionada: ha sido trabajo perdido. Pero no te preocupes, te he guardado copias.

-¿De qué versión? ¿De la normal o de la codificada?

-De la que prefieras. Me sorprende que corrieses el riesgo de volar con este tiempo, ¿sabes? ¿Qué hay en Newark que sea tan importante? Creía que lo podías resolver todo por teléfono o fax.

-Este es un problema con los empleados y tengo que negociarlo con ellos. Pero volveré lo antes posible.

No le dio ningún detalle más. A ella le hubiera asombrado que hubiera actuado de otro modo.

-Más te vale estar de vuelta el miércoles. No me vas a cargar con esa fiesta y luego no aparecer.

-¿Ya te lo ha contado Robinson? ¿Y qué aportaciones has hecho?

-Ninguna. Él está perfectamente preparado y a mí no me corresponde esa labor.

-Sí te corresponde: eres la anfitriona.

«Ojalá lo fuese de verdad», pensó ella.

-De todas maneras, ¿por qué se hace esta fiesta?

-Para presentarte a los vecinos. Seguro que los periodistas han estado preguntándoles y así les daremos algo que contar. Piénsalo, Savannah, esto hará feliz a todo el mundo: los vecinos, los periodistas, nosotros...

-Mira, Dexter, no me lo estás poniendo nada fácil-le advirtió Savannah.

-Mi filosofía de la vida es disfrutar de las cosas mientras pueda. No está mal, ¿sabes?

Aquellas palabras se le grabaron en la mente y siguió pensando en ellas incluso después de colgar el teléfono.

¿Cómo encajaba aquello con la forma de vida de Savannah?

Más tarde, añadió una última pregunta a la lista y se quedó contemplándola largo rato. Entonces, empezó a borrar todas las demás poco a poco. Ya no tenían importancia. La única que importaba era aquella última pregunta. Entonces apagó el ordenador y se metió en la cama.

Pero aquella pregunta estaba grabada en su mente igual que lo estaba en la memoria del ordenador.

«¿ Crees que alguna vez llegarás a quererme tanto como yo a ti?»

CAPÍTULO 9

La casa seguía siendo igual de cómoda y las vistas tan espectaculares como antes. Pero sin Dexter allí, aquel lugar parecía haber perdido la vida.

Cuando llegó el miércoles, Savannah se encontró vagando de habitación en habitación y volviéndose loca tratando de encontrar algo que le distrajese e impidiese pensar en él.

Las cosas serían distintas cuando estuviese de vuelta en Chicago. Allí estaban sus amigos, sus contactos de trabajo, su trabajo. Estaría más ocupada y no tendría tiempo para soñar con Dexter Caine. Pronto recobraría la cordura. Si era lo bastante sabia como para no ceder a una o dos semanas de placer a las que seguirían años de recuerdos y dolor...

Pero de momento no tenía nada que hacer en las largas horas más que pensar en él.

Los empleados estaban muy ocupados con los preparativos de la fiesta y, aunque ella trató de ayudar, todos eran tan eficientes que no era necesario. Cuando se ofreció a limpiar, la señora Newell la miró espantada y una sola ojeada a los sofisticados canapés del chef le. bastó para entender que en ese campo no podría ser de mucha ayuda.

Pensó en salir, pero se imaginaba que Dexter habría dado órdenes de que no se lo permitieran y no estaba dispuesta a pasar por la humillación de que le negasen el permiso al llegar a la puerta.

Se probó el vestido que llevaría en la fiesta y trató de imaginarse qué impresión le causaría a Dexter. Era un ceñido vestido negro de crepe con el escote bajo y la espalda abierta. Aquello tenía que impresionarlo. Claro que ya lo había visto en la tienda de Las Vegas cuando se lo probó...

Finalmente, al borde de la desesperación por el aburrimiento, se sentó junto a la chimenea y llamó a su madre. Connie Seabrooke le contó que el casero había llamado el día antes y había dejado un mensaje para ella.

-Espera, voy a buscar el papel donde lo apunté -le dijo Connie-. Creía que no me ibas a llamar hasta el domingo y lo he guardado para que no se me perdiese... Ah, aquí está. Ha escuchado tu contestador automático y dice que la mayoría de los mensajes son de tus amigos preguntando dónde te has metido pero...

-Fantástico -murmuró Savannah.

A ver cómo les explicaba aquella ausencia de dos semanas. Su madre sí se había creído lo del trabajo temporal, pero seguro que sus amigos no. Además, iba a volver aún más arruinada de lo que se fue. Y

tampoco podía decir que había estado de vacaciones: volvía igual de blanca y sin un sólo regalo...

Por otra parte, si las fotos de los semanarios eran mejores que la que salió en el periódico intentar engañarlos iba a ser peor. Entonces, sí que tendría que inventarse algo para explicarlo. .

-Pero había una llamada que le parecía más importante: Brian, de Mujer Hoy, está tratando de localizarte.

A Savannah aquello le chocó. Sería mala suerte que Brian hubiese cambiado de opinión y decidiese publicar el artículo sobre Dexter ahora que era imposible. Ni siquiera iba a intentar convencer a Dexter de que el artículo que había escrito justo antes de conocerlo no podía estar incluido en la promesa.

Pero seguro que Brian tenía alguna otra cosa en mente. Quizá le iba a encargar otro trabajo.

-¿Qué tal va ese nuevo trabajo, nena? -le preguntó Connie entonces.

-No me tendrá ocupada mucho más tiempo -repuso ella, al tiempo que se preguntaba si la advertencia iba dirigida a su madre o a sí misma- Estaré en casa en una semana o dos.

-¡Qué pena! Debe de ser un trabajo estupendo si tienes tiempo de llamarme a estas horas un día de diario.

-Bueno, como no sé dónde voy a estar el domingo que viene he pensado que era mejor aprovechar y hacerlo ahora que sí puedo.

-Espero que tengas tiempo para disfrutar de los sitios que estés visitando -le dijo Connie-. Cuando vuelvas, tenemos que quedar un día para comer y que me cuentes todo lo que has visto.

-Claro -le contestó Savannah.

Su voz sonó vacía, aunque su madre no pareció advertirlo.

Tras terminar la conversación con su madre, Savannah se quedó deliberando si debía llamar a Brian o no. Finalmente, decidió que le convenía hacerlo. Era una de sus fuentes de trabajo e ingresos más seguras.

-¿Savannah, eres tú? -contestó Brian- ¿Dónde demonios estás? Ya empezaba a creer que te habías escondido a propósito.

Savannah se quedó helada. ¿Habría visto las fotos de los periódicos? Incluso aunque lo hubiera hecho, pensándolo bien, puede que no la hubiera ni reconocido. Había muchas chicas que podrían ser la de la borrosa foto.

-Te debo una disculpa -continuó Brian-. Es evidente que estabas en lo cierto en cuanto a Cassie y Dexter.

Debería haber confiado en ti...

A ella la invadió el pánico.

-Escucha, Brian, resulta que no puedes publicar ese artículo.

-Claro que no. Ahora las cosas han dado un giro. Si puedes descubrir la verdad sobre esa otra mujer ,aún podemos reformar y salvar tu artículo.

-Brian, no creo que...

-Savannah, no me digas que estás perdiendo confianza en tu talento. Si consigues averiguar y confirmarme que ese matrimonio se ha llevado a cabo, ese artículo vale el doble de su precio original.

-¿Sólo el doble? Eres un bandido, Brian -dijo ella sin pensárselo dos veces.

-¿Quieres decir que valdría más? ¿Por qué, Savannah? ¿Qué has descubierto?

-Nada que se pueda publicar.

Era verdad, aunque no en el sentido que Brian le daba. Estar junto a Dexter estaba alterando sus principios éticos. Aquella habilidad de él de decir una cosa que en realidad significaba otra estaba resultando contagiosa.

Brian aún estaba protestando porque no le daba más detalles cuando Savannah oyó que se abría la puerta principal. Ya ha llegado Dexter, pensó con tal mezcla de ilusión y alivio que la hizo sentirse casi mareada.

Al segundo siguiente una vocecita en su interior le dijo que, si la sorprendía hablando con la redacción de

una revista, su reacción no sería exactamente agradable.

-Tengo que dejarte, Brian -le dijo con firmeza.

Y colgó mientras éste aún le estaba preguntando dónde estaba y si podía ponerse en contacto con ella más tarde.

Corrió hacia la entrada sin considerar que no era buena idea que Dexter la viese tan ansiosa por recibirlo. Lo vio al otro lado del patio, colgando el abrigo.

-Hola -le dijo éste en un tono suave-, si no te conociera mejor, pensaría que tenías ganas de verme.

-Es por el asunto ése de la fiesta esta tarde. Tenía miedo de que me dejases plantada -dijo ella con la voz temblorosa a pesar de sus esfuerzos- Si no fuera por eso...

Él sonrió y se agachó para tomar su maletín y un envoltorio de celofán que había escondido tras él. Entonces, ella se dio cuenta de que le había llevado flores: un precioso ramo de flores amarillas, naranjas y escarlata. ¿Las habría comprado allí o en Newark? ¿Quería decir aquello que la había echado de menos?

Tonta, pensó. No es más que para la galería. Se supone que a un recién casado se le ocurriría llevarle algo a su mujer al volver de un

viaje. Y aunque Dexter se había olvidado de los anillos, seguro que tenía suficiente experiencia con las mujeres como para no olvidar comprar flores.

-También te he traído otra cosa -dijo sacando con dificultad un periódico del maletín- Y esta vez la foto es bastante mejor -le advirtió después,

Savannah la miró. Tenía razón: aquella sí se veía que era ella. Bueno, pensó con resignación, ese momento tenía que llegar. Siempre había sabido que no podría continuar siendo un misterio para siempre. Siempre había sabido que era un deseo absurdo.

Sin embargo, era curioso:en aquel momento, en la soleada escalera, con las flores entre las manos y Dexter tomándola por la cintura, no le importaba.

-El texto dice que no les dio tiempo a investigar quién eres porque estaban a punto de cerrar la edición, pero que la semana que viene hablarán sobre ti -comentó entonces Dexter.

«Lo dice casi con alegría», pensó Savannah. Entonces él se fijó en la mano izquierda y se la acercó a la cara para inspeccionarla.

-¿Has llevado por fin los anillos a limpiar?

-No, los he limpiado yo. No sabía si me dejarían salir.

-¿Dejarte? -le preguntó él con cara de curiosidad ¿Quieres decir que no has salido de casa en todo el tiempo que he estado fuera? No me extraña que estés tan pálida.

-Creía...

-¿Que eras mi prisionera? No, cariño.

Ella se quedó un instante reflexionando.

-¿Entonces confías en mí? -le preguntó casi sin voz.

-Digamos que confío en que tendrás en cuenta las consecuencias antes de actuar -murmuró él-o Además, alguien te hubiera seguido. Deja que me cambie y vamos a dar un paseo, si te apetece.

Savannah asintió.

-También te he traído un regalo de verdad –continuó él- pero era demasiado grande para cargar con él y lo traerán con el equipaje. Para cuando volvamos del paseo ya estará aquí.

Savannah volvió a asentir. Se negó a decide que el único regalo que necesitaba era su compañía. Sobre todo, porque era verdad.

¿Cómo era posible que el simple hecho de volver a verlo le provocase aquella sensación de dolor y deseo?

Él la miraba atentamente y al fin dijo:

-Te he echado de menos. ¿Y tú a mí?

Ella trató de darle alguna respuesta ingeniosa, de hacer una broma. Pero en vez de eso musitó:

-Sí.

Dexter le hizo levantar la barbilla con dos dedos y Savannah cerró los ojos para recibir aquel beso que llevaba dos días esperando. Fue un beso largo y profundo y, cuando acabó, Savannah para no romper aquella intimidad se quedó junto a él, aspirando el aroma de su colonia.

Entonces lo oyó decir volviendo la cabeza:

-Robinson, dile al chef que hoy vamos a cenar fuera después del cóctel.

Savannah escondió la cabeza para no mirar al mayordomo. Ni siquiera se había dado cuenta de que estuviese allí.

-¿Te da vergüenza? -le preguntó Dexter en un tono muy sensual- A mí no. Pero puede que dar un paseo sea mejor idea de lo que pensábamos. Nos hará el mismo efecto que una ducha fría. Bajo en diez minutos, ¿de acuerdo?

Y dicho esto, se alejó escaleras arriba. Savannah se quedó donde estaba diciéndose a sí misma que era absurdo sentirse tan vacía porque hubiera dejado de abrazada. Tenía que conservar la cabeza en su sitio.

Pero todo era en vano. Ya ni siquiera recordaba cuáles eran las buenas razones que tenía para mantener las distancias. Lo único que habitaba en su mente era el deseo. Lo único que le importaba era que lo amaba.

Aceptaría lo que él le quisiese dar en el tiempo que aún quedase y aprendería a ser feliz con eso.

Poco a poco, subió por la escalera de caracol y entró en su dormitorio. Nunca antes había abierto la puerta del vestidor que comunicaba con el de Dexter, aunque a menudo la curiosidad la había tentado.

Pero ahora no era la curiosidad lo que la impulsaba, sino otro sentimiento mucho más poderoso. Al abrir la puerta prácticamente no vio la masculina habitación ni el sobrio mobiliario: sólo tenía ojos para Dexter. Un Dexter medio desnudo al que contempló con una mirada tan íntima como una caricia.

Él advirtió su presencia al verla reflejada en el espejo y se detuvo. La miró alzando las cejas.

-¿Tienes cerillas? -le dijo ella, insegura- Me apetece jugar con fuego.

Durante una décima de segundo, Dexter la miró como si no pudiese creer lo que oía. Después cruzó la habitación hasta ella.

Entonces, la abrazó. Pero no había prisa en la forma en que la abrazó y la besó. Había pasión y calor y deseo, pero no había prisa.

Era como si tuviesen el resto de su vida para disfrutar el uno del otro.

La habitación pareció desvanecerse a su alrededor. Savannah apenas vio los negros muebles esmaltados de aire oriental antes de que los besos de Dexter anulasen sus sentidos.

Hacer el amor con él fue algo tan natural, tan fácil, que parecía que lo hubiesen hecho mil veces antes. Ella entendió entonces que no importaba cuántas veces compartieran aquellos momentos de intimidad: siempre sería un acto único. Cada caricia le hacía desear la siguiente hasta que todo su cuerpo vibró de deseo que sólo él podía aplacar.

Después, durante largo rato, ella se quedó tendida muy quieta, completamente exhausta y consciente sólo de el ritmo de sus dedos jugueteando con su pelo. Era como si estuvieran completamente solos en un mundo lejano y sin sonido, aroma o imagen alguna que pudiera romper el encanto.

Savannah casi no era consciente del paso del tiempo ni del ángulo cambiante de los rayos de sol que se filtraban por la ventana. Sin embargo, finalmente un recuerdo se abrió paso en su mente. Sí había una razón para que importase qué hora era.

Cuando se movió para buscar un reloj Dexter abrió perezosamente los ojos.

-¿Qué ocurre?

-Tengo que ver qué hora es -repuso ella.

-Son las cinco y media, ¿por qué?

Savannah se incorporó de un salto.

-¡Los invitados van a llegar a las seis!

Él bostezó y trató de tomarla de nuevo entre sus brazos.

-Me imagino que nos esperarán.

-¿ y qué crees que pensarán mientras esperan?

Él sonrió.

-Nada tan bonito como la verdad, si eso es lo que te preocupa. Quédate un rato más, Savannah.

Savannah estaba ya buscando la ropa.

-Para ti es muy sencillo: una ducha y estás listo. Pero yo tengo que arreglarme el pelo y maquillarme...

-Personalmente -murmuró Dexter-, yo creo que estás muchísimo mejor ahora mismo. Pero supongo que no te voy a convencer. Ya sabía yo que me arrepentiría de esto.

-¿Por qué das la fiesta, en cualquier caso?

-Porque Robinson me comentó que, desde que llegaste, los vecinos no paran de llamar a la puerta con cualquier excusa, pidiendo huevos, azúcar o cosas aún más raras. Y todo con intención de verte.

-¿De verdad?
La boca de Dexter se curvó ligeramente.
-Qué fácil es complacerte, cariño.
Ella no le explicó que no era el interés de los vecinos lo que la satisfacía, sino el hecho de que Dexter hubiera tenido en cuenta el comentario de Robinson y hubiera mostrado interés por sus problemas. Quizá, después de todo, no fuese un hombre tan distante de sus empleados.
Quizá, si era así, ella sí fuese el tipo de mujer que le podía interesar.
Pero, en aquel instante, no tenía tiempo de pensarlo. Voló a su dormitorio y tras una apresurada media hora descendió la escalera justo cuando daban las seis.
Dexter la esperaba sonriendo al pie de las escaleras. Estaba impresionante con aquel perfecto esmoquin. Ella le enderezó la pajarita más por aprovechar la oportunidad de tocarlo que por que estuviese torcida.
Él la tomó por las caderas y la acercó la distancia exacta para que su pecho rozase el delicado crepe del vestido de ella. Aquella caricia amenazaba con avivar de nuevo las llamas del deseo, pero Savannah no halló fuerzas para apartarse.
-Me extraña que no haya llegado nadie todavía -dijo ella.
-Me imagino que llegarán algo tarde para quedar bien. A menos que tengan tantas ganas de verte que no puedan esperar. Por cierto, ya está aquí tu regalo. ¿ Quieres verlo?
Ella estaba a punto de decir que no, pero él ya se había acercado al armario del vestíbulo.
-Te lo puedes poner esta noche cuando salgamos a cenar -le dijo al tiempo que le mostraba un abrigo de noche de terciopelo negro.
Ella ya se había olvidado de abrigo de visón, pero ahora, al recordarlo, le asomaron lágrimas a los ojos. Sabía que no había cambiado la opinión de Dexter sobre las pieles, pero aquello significaba que la había escuchado y que respetaba sus ideas. Y eso era mucho más importante.
El la envolvió en el abrigo y ella se deleitó en el suave tacto de la solapa en su mejilla.
-Dexter, hay algo que...
Sonó el timbre y Robinson se acercó a abrir sin prisa. Acto seguido, el grupo de gente ya estaba dentro y era demasiado tarde para decir nada.
Para Savannah aquellas personas eran como un borrón, un conjunto de caras todas iguales y de nombres que no recordaría. Sólo

veía a Dexter, que sonreía relajado y, de cuando en cuando, le anunciaba al mundo que era suya con una posesiva mano sobre el brazo de Savannah o alrededor de su cintura.

«Es tuyo», se dijo Savannah, «pero sólo por ahora». «Esto es todo lo que tienes y todo lo que importa».

En el cubierto patio resonaban las risas, la música y el tintineo de los vasos y de, improviso, se hizo el silencio y todas las cabezas se volvieron hacia la puerta como una ola que se acercase a la playa.

Automáticamente, Savannah levantó la cabeza para ver qué ocurría y contuvo una exclamación al ver a la mujer que permanecía en el umbral con Robinson impidiéndole la entrada. Era una mujer alta que tenía el pelo de un rojo tan vivo que no podía ser natural y llevaba un abrigo de visón blanco hasta los tobillos.

¿Qué hacía Cassie King en Winter Park?

Savannah recorrió con la vista la sala y no vio a Dexter por ninguna parte. Tomó aliento y comenzó a cruzar la habitación con una copa llena de champán en la mano.

-Yo me ocuparé de esto, Robinson -murmuró encarándose con la pelirroja- Tú debes de ser Cassie. Eres muy amable al venir a felicitamos -le dijo ofreciéndole la copa de champán añadiendo a media voz- No haga una escena, señorita King. No merece la pena hacer el ridículo.

-¡Qué considerada eres al preocuparte por mi imagen! -le respondió ésta con una sonrisa de desprecio-. Aunque estoy segura de que lo que te preocupa realmente es la tuya. Pues si esperas que colabore, olvídate. ¡Mira cuánto me importa como quedes ante esta gente, buscona!

A cada palabra iba alzando la voz. Junto a la puerta apareció en aquel instante un hombre que apuntó directamente a la cara a Savannah con una cámara y disparó antes de que ella pudiera reaccionar. Cegada por el flash, no vio que Cassie acercaba la mano a la copa que ella tenía y sólo se dio cuenta al sentir el frío líquido empapándole el escote.

El flash volvió a brillar. Un gesto de Robinson hizo acudir a varios camareros junto al fotógrafo y a la vez Dexter se acercó a Savannah y la ayudó a secarse un poco con su pañuelo. Cassie permanecía apoyada en la puerta con una expresión de satisfacción.

Desde el comedor llegó una voz de hombre:

-¡Señor Caine, tengo que hablar con usted! Savannah reconoció la voz. ¿Qué estaba haciendo allí Peter?

-Ahora no, Peter. Esto es una fiesta -le dijo Dexter entre dientes.

-Por eso precisamente tiene que ser ahora, señor Caine. Ahora

mismo, antes de seguir adelante, tiene usted que saber que es una impostora. Trabaja para esos periódicos, ya sabe. Fue ella la que escribió aquel artículo sobre Cassie que dio pie a todos los demás rumores.

Savannah deseó que se la tragase la tierra. No era posible. No lo sabía nadie, ni su madre, ni Brian, ni siquiera los editores del lnformant habían sabido cuál era su verdadero nombre.

-Uno de los periodistas del lnformant me llamó y me preguntó por ella -prosiguió Peter Powell-. Le dije que no sabía mejor que ellos quién demonios era esa Savannah Seabrooke. Entonces, comencé a hacer preguntas. Tenía mucho tiempo libre, ya que me había despedido usted.

-Ya te dije que hablaría -dijo Savannah más para sí misma que para Dexter.

-No, no hablé -repuso un indignado Peter-. Ese periodista me ha llamado hoy por cortesía para decirme quién es ella realmente. Usó un nombre falso para firmar aquello, Brooke Harper, pero el número de la seguridad social no se puede falsificar.

Savannah tuvo deseos de gritar. Peter tenía razón.

-En la edición de mañana van a publicar toda la historia, señor Caine, y he venido a advertírselo. Seguro que ha escrito ese artículo ella misma.

Todos los ojos estaban clavados en Savannah, pero a ella sólo le importaban los de Dexter. En ellos no había una mirada de condena, pero tampoco una de cálido apoyo. Estaba esperando, simplemente esperando. Y lo único que ella podía hacer era decir la verdad.

-Esa fue la única vez que he escrito algo para ese periodicucho. Necesitaba el dinero. No quería...

Observó el brillo de los ojos de Dexter convertirse en hielo y, al mismo tiempo, sintió que el corazón se le helaba a ella también.

CAPÍTULO 10

Dexter habló en voz baja y con calma.

-Has tenido mil oportunidades de contármelo.

Savannah tragó saliva.

-y debería haberlo hecho. Quería hacerlo...

Él meneó la cabeza, incrédulo, y se volvió. Ella lo tomó del brazo desesperadamente.

-Dexter, quería contártelo. Pero pensé que sólo nos traería complicaciones, que era mejor dejarlo correr.

-¿Mejor para quién?

-Para todos -susurró ella- Creía que jamás saldría a la luz.

-y sólo lo hubieras confesado en caso de que yo te creyeras que te iba a descubrir antes de que estuvieras a salvo de vuelta en casa.

Savannah se sintió como si le estuvieran arrancando el corazón a tiras.

-¿ y qué hay de lo que saldrá mañana en el lnformant hablando de tu colaboración con ellos? ¿Te lo has pasado bien escribiéndolo? ¿Es eso lo que Robinson envió por correo?

-No tengo nada que ver con ese artículo. Hace meses que no tengo contacto alguno con el lnformant y jamás he pertenecido a su plantilla. Escribí aquel maldito artículo, y eso fue todo.

-¡Qué pena, Dexter! Parece que la luna de miel se ha roto -intervino Cassie.

Dexter le lanzó una breve y cortante mirada y se volvió de nuevo a Savannah.

-Ya hablaremos de este asunto -le dijo secamente-Ahora tengo invitados a los que atender.

-y lo estás haciendo muy bien -murmuró Cassie.

-Ve a cambiarte, Savannah. Ya me encargaré de ti más tarde -le dijo Dexter.

En su voz no quedaba ni rastro del tierno amante que había sido unas horas antes, del hombre que había compartido con ella la maravilla de hacer el amor.

-Peter, espérame en la oficina hasta que vaya -añadió con frialdad.

Savannah se volvió. Todas las miradas la siguieron mientras cruzaba el patio y subía las escaleras y el único sonido que se escuchaba era el de sus tacones en el suelo de mármol.

Se sentó en el borde de la cama. Estaba demasiado afectada como para pensar en quitarse el empapado vestido. ¿Qué más daba? Ya no iba a volver a la fiesta, después de todo.

No quería tener que enfrentarse a él y explicarle lo inexplicable.

Aunque parecía inevitable: él insistiría en hablar en cuanto la fiesta terminase.

El verano anterior había tenido problemas de dinero. Cuando le hablaron de trabajar por libre para el Informant, hacer un trabajo fácil y bastante bien pagado, se lo pensó. Podría hacerlo con un nombre falso para no perder la buena reputación que tenía como periodista.

Así que les envió un proyecto de artículo, firmando como Brooke Harper, sobre Cassie King y la mujer a la que supuestamente había salvado. Al Informant no le interesó ese tema, pero sí le pidieron que escribiese algo sobre el repentino anuncio de matrimonio de Cassie.

Ella lo escribió y lo envió pero, más tarde, en la redacción lo cambiaron para hacerlo más sensacionalista, más a tono con el estilo del periódico. Cuando Savannah lo supo ya era demasiado tarde, ya estaba impreso.

Tras aquello, Savannah trató de olvidar todo aquel episodio y su ocasional relación con el Informant.

Y en todos aquellos días no se lo había contado a Dexter, a pesar de que se sentía culpable, porque creía sinceramente que sacándolo a la luz le haría daño a él y no le haría bien a nadie.

Aquella misma tarde, tras compartir la más absoluta intimidad con él, había empezado a creer en la posibilidad de crear algo duradero junto a él, y llegó a la conclusión de que ser absolutamente sincera era la mejor alternativa. Pero no había tenido tiempo de considerarlo y de explicárselo despacio. Pensaba hacerlo después, aquella misma noche, durante la cena...

Pero ya era demasiado tarde.

Se preguntó qué intenciones tendría él respecto a ella y llegó a la conclusión de que sería mucho mejor no quedarse a averiguarlo.

Se vistió con la ropa que llevaba el día que entró en la oficina de Dexter de la avenida Michigan. Metió en la bolsa el ordenador y sus cosas y ni siquiera echó una mirada a los maravillosos vestidos que él le había comprado. Prefería no llevarse ningún recuerdo de aquellas vacaciones.

Sin saber muy bien qué hacer con los anillos, entró en el dormitorio de Dexter y los dejó sobre la almohada.

Después bajó por la escalera trasera y se dirigió a la cocina. Tendría que pedir ayuda para salir de Winter Park.

Abrió la puerta y todos se quedaron callados mirándola con compasión.

Robinson se volvió al notar el sepulcral silencio que se había hecho y se dirigió hacia ella.

-¡Señorita Savannah! -dijo en un tono de auténtica sorpresa que a

Savannah le dio ganas de llorar.

-No quiero causar ningún problema, pero tengo que llegar de algún modo hasta Denver. ¿Puedes ayudarme?

Él la observó un instante.

-Creo que sí.

-Dile al señor Caine que me ayudaste porque amenacé con organizar un escándalo aún mayor y así no te culpará por haberlo hecho.

-Le diré la verdad, señorita Savannah -repuso el mayordomo con firmeza.

Hasta entonces, no se le había ocurrido que quizá Dexter mismo le hubiera dado instrucciones a Robinson para que la sacara de allí, y que la cara de sorpresa del anciano fue porque no esperaba que ella le fuese a facilitar el trabajo. Aquella posibilidad le hizo sentir escalofríos, aunque ya nada importaba.

-No puede irse así, necesita un abrigo -dijo bruscamente Robinson-. ¿Necesita también dinero, señorita

Savannah?

Ella negó con la cabeza.

-Mientras consiga llegar a Denver no hay ningún problema. Puedo pagar el billete de avión con la tarjeta, aún me queda un margen de crédito.

«Muy pequeño», se recordó a sí misma. Pero ya se preocuparía de eso al llegar a casa.

El mayordomo salió de la cocina y volvió a los cinco minutos, durante los cuales nadie le dirigió la palabra a Savannah. Era como si se hubiera vuelto invisible.

-Habrá un coche esperándola en la puerta trasera dentro de un momento, señorita -le dijo Robinson al tiempo que el entregaba una enorme trenka que Savannah se puso enseguida.

Era cómoda y sencilla. Evidentemente era de Robinson. Entonces, comprendió que el mayordomo no cumplía órdenes, sino que la ayudaba por propia iniciativa. Se metió las manos en los bolsillos y encontró un fajo de billetes.

-Robbie, voy a echarte de menos -le dijo con lágrimas en los ojos-. Te lo devolveré en cuanto pueda -añadió acercándose a besarle la mejilla.

Su única respuesta fue una triste sonrisa.

Aquella foto miraba a Savannah desde la estantería del supermercado. Una foto de sí misma en el momento en que Cassie King la bañaba en champán. Los titulares hablaban de cómo el supuesto matrimonio de Dexter Caine había hecho aguas y de ella

como una impostora. Compró un-ejemplar del periódico. Seguro que algún día todo aquello le parecía muy gracioso.

Hacía dos semanas que había vuelto de Winter Park, gracias a la ayuda del sobrino de Robinson que la había llevado hasta Denver. Por el camino le comentó lo satisfecho que estaba de poderle hacer aquel favor a Dexter y le relató todos los favores que había recibido de él, incluido el pago de su matrícula en la universidad. Y acto seguido le relató el resto.

Savannah comprendió entonces por qué los empleados de Dexter le eran tan fieles: él mostraba con ellos una generosidad sin límites.

Claro que si se hubiera enterado de que aquel joven lo contaba por ahí lo hubiese estrangulado.

Pero por boca Savannah no lo iba a saber, por supuesto.

En las dos semanas que habían transcurrido, Savannah había intentado volver a encarrilar su vida, lo cual le había costado bastante. Durante la primera semana, tuvieron periodistas acampados ante la puerta a todas horas del día. Hasta el santo de Jack había terminado por perder la paciencia.

Como era de esperar, al ver que ella no cooperaba, el tono de los artículos se había vuelto contra ella: la presentaban como una impostora y una tramposa. Pero aquello tampoco podía durar mucho, se consoló ella.

Mientras tanto, se las había arreglado para enviarle a Robinson un cheque y había empezado a trabajar de nuevo, aunque a menudo le costaba concentrarse y se quedaba pensando en Dexter.

Brian, por supuesto, había intentado convencerla de que publicase en su revista su versión de la historia. Savannah le dio las gracias por la oferta educadamente y salió de la redacción conteniendo la rabia.

Se sintió muy aliviada al llegar a su tranquilo y pequeño apartamento y ver que no había ningún periodista merodeando. Entró en la cocina para dejar la bolsa de la compra. Se sentaría a tomar una taza de té y a leer lo que contase el periódico sobre Dexter aquella semana.

Era la única manera de saber de él, porque él no había intentado siquiera ponerse en contacto con ella. Ni ella lo esperaba, claro.

En aquel instante, advirtió la silueta de un hombre ante la ventanita de la cocina y la bolsa se le cayó de las manos al reconocerlo.

-¿Dexter? ¿Cómo has entrado?

Él dio un paso hacia adelante y se agachó a recoger las cosas que habían salido de la bolsa.

-He tenido una agradable conversación con tu casero y me he

ofrecido a pagar el alquiler que le debías. Jack, se llama así, ¿no?, no me quería dejar entrar pero, le he hecho una oferta que no ha podido rechazar. Ahora que soy el dueño del edificio, no podía negarme la entrada.

Savannah recogió un cartón de huevos y lo metió en la nevera. La mitad estaban rotos, pero ya se ocuparía de eso más tarde.

-A ti te mandan a comprar el periódico por la mañana y vuelves siendo el dueño del New York Times -murmuró ella- O sea, que estabas empeñado en hablar conmigo, ¿no? Muy bien, ¿qué es lo que tienes que decirme?

-Te fuiste sin explicarme qué ocurrió.

-¿Me fui? Como si no hubiera quedado claro que no me querías por allí. Ni siquiera querías hablar conmigo. Además, ya te había contado lo fundamental y un chico listo como tú podía imaginarse el resto -se apartó de él para poner el pan en su sitio. Temblaba como una hoja.

-No fuiste tú quien escribió aquel artículo -le dijo él dulcemente- Si lo hubieras hecho tú, habrías presentado una imagen mejor de ti misma. ¿Por qué no lo hiciste, Savannah?

-¿ y a ti qué más te da? Además, no sé a qué has venido ahora que las cosas se han calmado un poco. ¿Acaso quieres que empiece otra vez?

-No. A Cassie la han descubierto y la prensa empieza a olvidarse de este asunto. Lo peor ya ha pasado. O al menos, eso creía hasta que hablé con mis abogados la semana pasada. Estaban al borde de un ataque de nervios.

-¿Por qué?

-¿Podemos sentamos? Voy a tardar un poco en explicártelo.

-Prefiero que no.

-Muy bien -repuso él, apoyándose en el fregadero y cruzando los brazos- Es un tema un tanto técnico. En el siglo pasado, cuando aún no se había fijado la frontera, la sociedad carecía de ciertos servicios...

-¿Qué es esto, una clase de historia?

-Espera... Y aunque los pioneros quisieran establecerse y formar una familia a veces no les era posible encontrar un párroco que les casase. Así que, se desarrolló el concepto del matrimonio de hecho. Si una pareja se declaraba casada ante un par de testigos, eso lo convertía en un matrimonio oficial. Hoy día casi nadie lo hace, pero en ciertos estados todavía es legal.

Savannah tomó una silla y se dejó caer sobre ella.

-¿ y Nevada es uno de ellos?

-No, pero Colorado sí. Mis abogados dicen que es una área legal en que hay mucha ambigüedad e insisten en que lo más prudente sería

poner las cosas claras.

-¿Pero no se supone que las dos partes tienen que declararlo libremente? Es verdad que tú hiciste ciertos comentarios sobre que era tu mujer, pero yo no. Yo jamás dije que estuviéramos casados.

-Pero llevaste el anillo de compromiso y el de casada -le dijo él casi en un susurro.

A Savannah el corazón le saltaba de alegría. ¿Sería posible que fuese realmente su mujer? Era absurdo pero la ley estaba llena de trucos y sorpresas como aquella.

Sin embargo, la actitud de Dexter era obvia. No estaba exactamente ilusionado con la idea y había ido allí a negociar para asegurarse de que ella le devolvía la libertad. Iba a tener que divorciarse de un hombre al que adoraba, con el que se hubiera casado por encima de cualquier cosa.

-Y prefieres cubrirte las espaldas -dijo ella en un tono ácido-. Si mal no recuerdo, ya te dije entonces que lo de los anillos no era buena idea.

Él se acercó y la tomó por los hombros. Ella quiso apartarse: le dolía inmensamente que la rozase. Le recordaba a la pasión que una vez compartieron.

-No voy a dejar que esto te perjudique, te lo prometo.

-¡Vamos! No querrás hacerme creer que soy yo quien te preocupa. Te has pillado los dedos, Dexter. Me estoy preguntando cuánto dinero de pensión te puedo exigir.

-No mucho, probablemente.

-Ya veremos -le dijo poniéndose en pie y volviéndose para mirarlo a la cara-. ¡Si no accedes a pagar el precio que diga puede que prefiera no divorciarme y vivir contigo!

Él dudó una décima de segundo.

-Muy bien, pues haz las maletas.

Durante un instante, se dejó llevar por la fantasía y se imaginó a sí misma volviendo con él a aquella maravillosa casa de Winter Park, o al hotel de Las Vegas. O a cualquier parte con tal de estar cerca de él. Pero entonces recordó ese momento de duda y supo que no quería que volviese con él. Que sólo era un farol, como si estuviera jugando al póker.

-Juegas mejor que yo, Dexter. Tú ganas. No quiero nada -se volvió para no verlo-. Que tus abogados me envíen los papeles del divorcio y los firmaré. Y tampoco hablaré. Yo tampoco quiero que esto se sepa.

-De acuerdo.

No parecía tener nada más que decir. ¿Por qué no se iba entonces?

-Por cierto, Robinson te envía un saludo -dijo él despacio- y te da

las gracias por esa camisa hawaiana tan horrorosa que le mandaste.

Savannah casi sonrió. Se la había enviado junto con el cheque y la trenka.

-¿Le gustó? Se me ocurrió que le vendría bien darle un poco de color a su vida.

El seguía sin moverse de allí.

-Te ha defendido mucho, ¿sabes? Me dijo que te había tratado fatal, cosa que yo ya sabía.

Savannah no quiso volverse a mirarlo. Le daba miedo romper a llorar como una niña en cualquier momento. Tragó saliva.

-Dexter, no quiero hablar de ese tema. Ocúpate del papeleo como te parezca mejor.

-Eso haré.

Ella escuchó sus pasos en el suelo de madera y se preparó para el horrible momento en que saliera por la puerta para no volver jamás. Entonces, él le susurró al oído:

-¿Hay alguna posibilidad de que consideres dejar las cosas como están?

Savannah casi se atragantó de la sorpresa. Debía de tener alucinaciones auditivas: ¡le estaba diciendo que quería seguir casado con ella!

Las manos de Dexter se posaron con cautela en sus hombros.

-Lo que Peter contó cayó como una bomba. Creía que te conocía y de improviso... Fue más tarde cuando comprendí que no habías tenido elección, que estabas entre la espada y la pared.

Ella alzó los ojos casi con miedo de lo que pudiese descubrir en los de él. ¿De verdad la comprendía y estaba dispuesto a perdonarla aquel error? Un rayo de esperanza se abrió paso en su corazón.

-Tenías miedo de destruir lo que había entre nosotros -continuó él-. Porque es verdad que hay algo entre nosotros, ¿no, Savannah? No es posible que me equivoque: nuestras mentes encajan como el mecanismo de un reloj y nuestros cuerpos... Lo que sucedió entre nosotros aquella tarde no le sucede a todo el mundo, ¿sabes?

-Sí, lo sé.

Ella abrió los brazos para recibido y, durante largo rato, no hicieron falta palabras. Cuando dejaron de besarse, fue para dirigirse al salón y sentarse en el sofá.

-Desde aquella primera noche, cuando te encontré en la suite del hotel y te abalanzaste sobre mí...

-¡Yo no hice nada de eso!

-Sí lo hiciste, Savannah. Mira, si prometo no contárselo a nuestros hijos, ¿reconocerás que empezaste tú?

-¿Nuestros hijos? -repitió ella con un nudo en la garganta.

Él le acariciaba el pelo como hipnotizado.

-y después, cuando aquel fotógrafo me preguntó tu nombre y te miré no sé cómo ocurrió: abrí la boca y lo que salió fue señora Caine.

-¿Así que no lo habías planeado?

-¿Te crees que estoy tan loco? Claro que no. Era un riesgo extra que no merecía la pena correr. Yo no confiaba en ti, ni tú me diste ninguna razón para que lo hiciera. Durante el resto de la semana, no perdiste ninguna oportunidad de recordarme que no tenías ninguna intención de mantener la promesa que hiciste.

-Sí tenía intención de mantener mi palabra -murmuró ella- Pero no quería que tú lo supieras. Me daba miedo que te dieses cuenta de que me importabas tú más que esa supuesta biografía. Si te lo hubiera dicho... .

Entonces alzó los ojos y le sonrió.

-Te quiero, Dexter.

Pasaron varios minutos hasta que volvieron a hablar.

-¿De verdad se atrevió Robinson a decirte que me habías tratado mal?

-Sí. y después, añadió que me estaba comportando como un oso con una pezuña herida y que los emplea dos de la casa de Sidney estaban tan hartos de mí que estaban intentando que me fuese.

-¿Sidney? ¿Has estado en Australia?

-y en Irlanda. Y podría haberme ido a Marte y no hubiera solucionado nada. Así que volví y hablé con los abogados.

-¿Hubieras venido de no ser por ese asunto legal?

-Sí, claro que sí.

En aquel instante, toda sombra de duda que quedase en el interior de Sayannah se disipó al ver cómo le brillaban los ojos.

Dexter le besó la sien y musitó:

-Creo que deberíamos ir esta tarde a Urbana, o si no mañana, para que me presentes a tu madre. Además, seguro que tiene algo que decir respecto a la organización de la boda.

Savannah tardó un instante en asimilar aquello y reaccionar.

-¿La organización de la boda? ¿Y qué hay de lo del matrimonio de hecho?

-Bueno, cuando les mencioné la posibilidad a los abogados...

-¿Fuiste tú quien sacó el tema?

-Sí, y tuve que insistir bastante. Pero, como ya te he dicho, es un punto muy ambiguo y por si acaso no hemos cumplido todos los requisitos prefiero dejarlo todo atado y bien atado. Con una licencia de matrimonio que después colgaremos a la cabecera de la cama.

-¿De todas las camas? Ni siquiera sé cuantas casas tienes...

-Muchas -repuso él, sonriendo-. Y no sé por qué no podemos poner una licencia enmarcada en cada una de ellas. Creo que me va a gustar estar casado contigo: será como una luna de miel constante. Ahora que Peter ha vuelto al trabajo, creo que puedo tomarme más tiempo libre. Sí... -musitó-. Eres la mujer perfecta para mí y tienes el trabajo perfecto: puedes escribir tus artículos desde dondequiera que estemos.

Savannah lo miró con picardía.

-¿Me dejarás escribir tu biografía después de todo?

El adoptó una expresión seria.

-¿Todavía quieres hacerlo?

-Sí, por supuesto. Aunque tendré que investigar bastante más antes de empezar a escribirla -le dijo al tiempo que sus manos le acariciaban el cuello-. Toda una vida, espero.

-Empezando ahora mismo, ¿no? -susurró él abrazándola más fuerte-. Me parece muy bien. ¿Por dónde empezamos?.